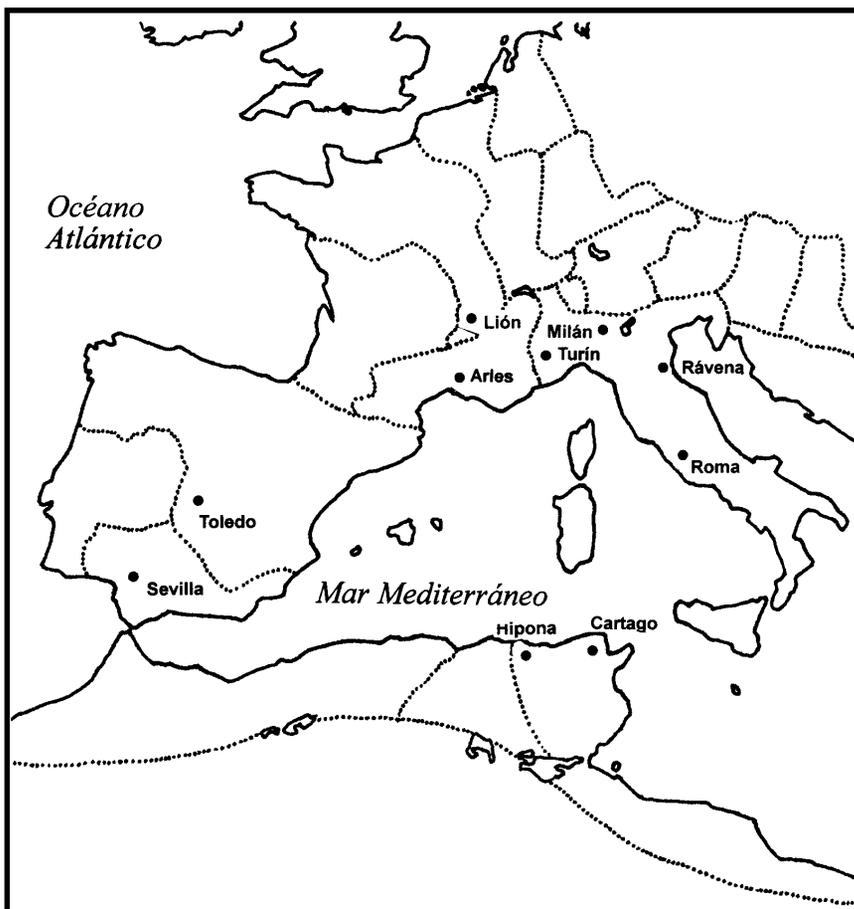


Caminar con los Padres de la Iglesia



*Lecturas espirituales
para el crecimiento en la fe*

*José Argüello
Equipo Teyocoyani*



PADRES Y ESCRITORES DE LA ZONA OCCIDENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Arles

S. Cesáreo (+543)

Cartago

Tertuliano (+225)

S. Cipriano (+258)

Lactancio (+317?)

Hipona

S. Agustín (+430)

Lión

S. Ireneo (+202)

Milán

S. Ambrosio (+397)

Rávena

S. Pedro Crisólogo (+458?)

Roma

S. Clemente (+101?)

S. Justino (+165)

S. Hipólito (+235)

S. Jerónimo (+420)

S. León Magno (+461)

Sevilla

S. isidoro (+636)

Turín

S. Máximo (+465?)

José Argüello

Caminar con los Padres de la Iglesia

*Lecturas espirituales
para el crecimiento en la fe*

Con notas biográficas, comentarios
de textos, índice de autores
y tabla de lecturas para tiempos litúrgicos.

*A los Delegados de la Palabra de Dios,
catequistas, coordinadores y líderes
comunitarios católicos
de Nicaragua.*

Equipo Teyocoyani

*Acción Ecuménica para la Capacitación
y Reflexión Teológica.*

De la Rotonda de Metrocentro 150 mts. abajo

Teléfono 2786438 e-mail: teyocoya@tmx.com.ni

Diagramación: Elida Herrera

Ilustraciones: Hermanitas de Jesús

Con licencia eclesiástica

de Mons. David Zywiec O.F.M. Cap.

Impreso en Ediciones Graphic Print, S.A.

1ra. edición: 1500 ejemplares, agosto 2006

Managua, Nicaragua

CONTENIDO

<i>Presentación de Monseñor David Zywiec</i>	9
<i>Palabras al lector. José Argüello</i>	11

1

En las fuentes de la palabra de Dios

1. Las Sagradas Escrituras nos manifiestan los misterios de Dios. <i>San Hipólito</i>	23
2. La palabra de Dios, fuente inagotable de conocimiento y de vida. <i>San Efrén</i>	25
3. Jesucristo es la Palabra viva del Padre <i>San Columbano</i>	27
4. Cómo leer y estudiar las Escrituras. <i>San Isidoro</i>	29

2

Dios nos sale al encuentro

1. Cristo es el cumplimiento de las promesas de Dios. <i>San Agustín</i>	35
2. Dios nos llama con su amor. <i>San Pedro Crisólogo</i>	37
3. El misterio de la Encarnación. <i>San León Magno</i>	39
4. La Misericordia de Dios se mostró en Jesucristo. <i>Carta a Diogneto</i>	42
5. En la humanidad de Cristo se nos muestra la misericordia del Padre. <i>San Bernardo</i>	44

3

Volver a Dios el corazón

1. Por la fe conocemos a Dios. <i>San Columbano</i>	49
---	----

2. ¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva!
San Agustín.....51
3. Te deseo, Dios mío y busco tu rostro. *San Anselmo*.....53

4

Saboreando la misericordia divina

1. Reconoce el mal que has hecho y recibe el Espíritu Santo.
Cirilo de Jerusalén59
2. El corazón arrepentido es la mejor ofrenda a Dios.
San Agustín.....61
3. Conviértanse a mí y encontrarán misericordia.
San Jerónimo63
4. Cinco caminos de penitencia. *San Juan Crisóstomo*.....66
5. Sobre las etapas del camino hacia Dios. *San Bernardo*.....69

5

Cristo es el camino

1. El camino para llegar a la vida verdadera.
Santo Tomás de Aquino73
2. Ser cristiano es asemejarse a Cristo. *San Gregoria de Nisa*.....74
3. El camino de la luz. *Carta de Bernabé*.....77
4. Ser sal y luz del mundo. *San Juan Crisóstomo*.....79

6

Consagrados por el bautismo

1. Cristo se sumerge en las aguas de nuestro bautismo.
San Máximo de Turín85
2. Si descendemos con Él al agua del bautismo
también subiremos con Él.
San Gregorio de Nacianzo87
3. El agua salvadora del bautismo es a la vez sepulcro y madre.

	<i>San Cirilo de Jerusalén</i>	89
4.	El ungüento bautismal nos da el Espíritu Santo. <i>San Cirilo de Jerusalén</i>	91
5.	Por el bautismo renacemos en Cristo. <i>San Justino</i>	93

7

Unidos en la Eucaristía

1.	Por la eucaristía nos hacemos portadores de Cristo. <i>Cirilo de Jerusalén</i>	99
2.	La eucaristía es el viático de nuestro camino. <i>Gaudencio de Brescia</i>	101
3.	Participamos en la eucaristía y compartimos nuestros bienes. <i>San Justino</i>	103
4.	La eucaristía es don de vida eterna. <i>San Ireneo de Lión</i>	105
5.	La dicha del matrimonio cristiano. <i>Tertuliano</i>	107

8

Un clamor confiado

1.	Más que nuestras palabras, escucha Dios el corazón cuando oramos. <i>San Cipriano</i>	111
2.	Oramos en común y unos por otros. <i>San Cipriano</i>	113
3.	Pedimos por el pan y el perdón de nuestros pecados. <i>San Cipriano</i>	115
4.	No alcanzaremos la misericordia divina sin perdonarnos mutuamente. <i>San Cipriano</i>	118
5.	Cantemos al Señor el cántico del amor. <i>San Agustín</i>	120

9

Tras las huellas de Jesús

1. Ámense unos a otros como yo les he amado.
San Agustín.....125
2. En mí producirán mucho fruto. *San Cirilo de Alejandría*.....127
3. El amor fraterno comparte los bienes espirituales.
San Juan Crisóstomo.....129
4. Ahora es cuando empiezo a ser discípulo.
San Ignacio de Antioquía.....130
4. Permitan que imite la pasión de mi Dios.
San Ignacio de Antioquía.....133

10

Honrar a Cristo en los pobres

1. Dios padece frío y hambre en los pobres.
San Cesáreo de Arlés137
2. Cristo quiere ser honrado en los pobres.
San Juan Crisóstomo.....139

11

Pastores del rebaño de Cristo

1. El buen pastor ama a sus ovejas y está dispuesto a dar la vida por ellas.
Santo Tomás de Aquino.....145
2. Pablo como ejemplo de buen pastor.
San Agustín.....147
3. ¡Ay de ustedes, pastores que se apacientan a sí mismos!
San Agustín.....149
4. Buscaré la oveja perdida, traeré a la descarriada.
San Agustín.....151

5.	Me voy a enfrentar con los pastores, les reclamaré mis ovejas. <i>San Agustín</i>	153
6.	En pastos jugosos apacentaré a mis ovejas. <i>San Agustín</i>	155
7.	Mis ovejas me siguen y yo les doy vida eterna. <i>San Agustín</i>	157
8.	Cómo hay que predicar. <i>San Vicente Ferrer</i>	161

12

¡Ay de ustedes los que están satisfechos!

1.	Te gusta el oro y no pones ante tus ojos el sufrimiento de los pobres. <i>San Basilio</i>	167
2.	Si cada uno tomara lo necesario no habría ricos, pero tampoco pobres. <i>San Basilio</i>	170
3.	En la misma medida en que abundes en riqueza, estarás falto de amor. <i>San Basilio</i>	173
4.	¿Guardas el dinero y desprecias al que muere por no tenerlo? <i>San Basilio</i>	176
5.	Ahí están tendidos mil Lázaros. <i>San Gregorio de Nisa</i>	180
6.	Si el Señor te ha concedido riquezas, es para que compartas con los necesitados. <i>San Juan Crisóstomo</i>	183
7.	¿Dónde podrás, rico, oír esto si no lo oyes de mi? <i>San Juan Crisóstomo</i>	184
8.	En el principio y raíz de toda riqueza hay injusticia. <i>San Juan Crisóstomo</i>	187
9.	Las riquezas no son para adornar iglesias, sino para que los pobres vivan dignamente. <i>San Juan Crisóstomo y San Ambrosio de Milán</i>	189
10.	Dios creó la tierra para que todos la disfruten. <i>Lactancio</i>	191
11.	La tierra es de todos, no sólo de los ricos. <i>San Ambrosio de Milán</i>	194

12.	Sin la misericordia, no aprovechan las demás virtudes. <i>San León Magno</i>	199
-----	---	-----

13

Inspirados por el Espíritu Santo

1.	La Iglesia habla en todas las lenguas. <i>Teólogo africano del siglo VI</i>	203
2.	El Espíritu Santo es como agua viva. <i>San Cirilo de Jerusalén</i>	205
3.	El Señor encomienda la humanidad al Espíritu Santo. <i>San Ireneo de Lión</i>	207
	<i>Índice de autores</i>	209
	<i>Tabla de lecturas para tiempos litúrgicos</i>	210

Presentación

Comemos a diario para renovar nuestras fuerzas y, si no lo hacemos, nuestros cuerpos se debilitan. Asimismo, si no alimentamos nuestro espíritu, lo más seguro es que nuestra relación con Dios poco a poco se enfríe. Un libro como éste viene a alimentar nuestra fe y fortalecer nuestra relación con Dios y por eso agradezco su publicación al Equipo Teyocoyani.

Nuestra Iglesia Católica tiene casi dos mil años de historia. Durante tan largo tiempo millones de hombres y mujeres bautizados en Cristo han vivido la nueva vida de la santidad. De entre ellos algunos han escrito sus reflexiones sobre nuestra fe y nuestra relación con Dios, y tales escritos y reflexiones constituyen un verdadero tesoro de la Iglesia. Y ahora, ¡usted tiene una hermosa porción de ese tesoro en sus manos!

Aquí encontrará usted los nombres de varios autores; algunos de ellos – como el de San Jerónimo- le resultará familiar, pero otros tal vez únicamente los haya visto en el almanaque o en el calendario litúrgico el día de sus fiestas – nombres como los de San León Magno, San Isidoro de Sevilla o San Gregorio de Nisa. Pero, ¿quiénes fueron? ¿Qué hicieron? ¿Qué enseñaron? Este libro proporciona una introducción a sus vidas y permite saborear algunos de sus escritos.

La mayor parte de estos autores vivieron en los primeros siglos de la Iglesia, ya hace más de mil años y pertenecen a los llamados *Padres de la Iglesia*. Son importantes por su ejemplo de vida cristiana y sus profundas reflexiones sobre la Palabra de Dios y las consecuencias que acarrea. Pueden por eso todavía animarnos y enseñarnos muchas cosas importantes.

Seguramente ya habremos experimentado que miembros de nuestras comunidades salen a veces con reflexiones bonitas y oraciones espontáneas que nos animan. Son el fruto del Espíritu Santo vivo en medio

de nosotros. Este mismo Espíritu ha estado siempre con la Iglesia de Cristo y al entrar ahora en contacto con las vidas y escritos de los santos Padres, podremos apreciarlo aún más.

¿Para quiénes es este libro? Se dirige a todo cristiano deseoso de profundizar su conocimiento de nuestra fe en Jesucristo. Este es un libro para cristianos que buscan un sólido alimento espiritual y desean mejorar su relación con nuestro buen Dios y dar testimonio de su Reino de vida, amor y justicia.

¿Cómo podría utilizarse este libro? En forma semejante a como usamos la Biblia: leyéndolo con frecuencia y en forma meditativa, dejándolo conducirnos a la oración. Nuestra oración nos llevará entonces a comprometernos más con Dios y con la misión de la Iglesia en nuestra sociedad nicaragüense. Así nos acercaremos más a Dios y Dios vendrá a nosotros y obtendremos frutos de vida y esperanza para Nicaragua.

La Biblia es la Palabra de Dios que nos conduce a Jesucristo y que nos guía a Dios Padre en el Espíritu Santo. Los escritos y las vidas de los santos Padres de la Iglesia nos llevarán a entender con mayor profundidad la Palabra de Dios y la vida según el Espíritu de Dios. Son como una fuente de agua clara y fresca en la montaña: ¡bebamos de ella con alegría, y, bebamos con frecuencia!

Monseñor David Zywiec, O.F.M.Cap.

**Bilwi, Región Atlántica Norte
13 julio de 2006, memoria de San Enrique, rey**

Palabras al lector

¿Quiénes son los “Padres de la Iglesia”?

Por medio de este libro que tienes en tus manos podrás escuchar la voz de los Padres de la Iglesia.

En el siglo II explicaba San Ireneo de Lión: *“Cuando alguien recibe la enseñanza de labios de otros, es llamado hijo de aquél que le instruye, y éste, a su vez, es llamado padre suyo”*.

A partir del siglo cuarto el título de *Padres* o *santos Padres*, se reservó sin embargo para ciertos maestros que no sólo habían enseñado fielmente el mensaje evangélico y apostólico, sino que vivieron santamente. Para ser reconocidos como *Padres de la Iglesia*, unieron en su persona la santidad de vida con la rectitud de doctrina y la antigüedad.

Como Pablo, ellos también tuvieron la dicha de engendrar pueblos enteros en Cristo: *“Aunque hayan tenido diez mil maestros en Cristo, no tendrán muchos padres, porque sólo yo les he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio”* (1 Cor 4, 15).

La época de los Padres de la Iglesia abarca los primeros siete siglos de la era cristiana; fueron mayoritariamente obispos, sacerdotes y monjes (aunque también hubo laicos importantes) que desarrollaron aspectos esenciales de la doctrina católica. *“Son ellos, en efecto, los que delinearon las primeras estructuras de la Iglesia junto con los contenidos doctrinales y pastorales que permanecen válidos para todos los tiempos... Son muchas veces especialistas de la vida espiritual, que comunican lo que han visto y gustado en su contemplación de las cosas divinas; lo que han conocido por la vía del amor”*¹

1.- Congregación para la Enseñanza Católica, *Instrucción sobre los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, 30-XI-1989, n. 18 y 39.

¿Cuál es el propósito de este libro?

De entre los abundantes y ricos escritos de los Padres de la Iglesia hemos seleccionado aquí algunas páginas sencillas, profundas y llenas de actualidad.

Para procurar una mayor comprensión, hemos adaptado su lenguaje a nuestra forma de hablar y expresarnos.

Nuestro propósito ha sido proveer a los laicos de Nicaragua interesados en profundizar su espiritualidad, con un libro de lecturas selectas de los Padres, que nutra y alimente su fe.

Nos guía el deseo pastoral de divulgar entre el mayor número posible de líderes comunitarios católicos este maravilloso tesoro que son los Padres de la Iglesia. Y confiamos en que esta obra llegue -a través de la red de Delegados y Delegadas de la Palabra de Dios- hasta los lugares más remotos de nuestro país.

Para nosotros, cristianos y cristianas, la Biblia es nuestro libro de cabecera y a ella recurrimos siempre que queremos entrar en contacto con Dios. Pero generalmente desconocemos las riquezas de la gran tradición de nuestra fe. Estas páginas te permitirán asomarte a un mundo nuevo, donde podrás meditar las palabras de algunos de los más grandes maestros que ha tenido la Iglesia Católica en su historia después de los apóstoles.

Los Padres de la Iglesia *“fueron, después de los apóstoles, como dijo justamente San Agustín, los sembradores, los regadores, los constructores, los pastores y los alimentadores de la Iglesia, la cual pudo crecer por su acción vigilante e incansable. Para que la Iglesia continúe creciendo es indispensable conocer a fondo su doctrina y su obra que se distingue por ser al mismo tiempo pastoral y teológica, catequética y cultural, espiritual y social en un modo excelente y, se puede decir, único con respecto a cuanto ha sucedido en otras épocas de la historia.”*²

2.- Congregación para la Enseñanza Católica, *Instrucción sobre los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, n. 47.

En este libro ofreceremos información básica sobre la vida de los Padres, para que podamos acercarnos humanamente a esos antiguos teólogos y maestros espirituales.

Orientaciones para su uso

Te ofrecemos aquí textos selectos de los santos Padres de la Iglesia en forma de *lecturas espirituales*, para cuando tengas un rato libre y desees recogerte en oración y meditación. Son textos breves, a lo sumo de tres páginas. Cuando los leas te sugerimos acompañarlos de la lectura bíblica señalada al principio, de forma que medites siempre cada pasaje seleccionado en referencia a la misma Sagrada Escritura.

Leer este libro será como hacer en tu propia casa un retiro espiritual. Los temas han sido ordenados en forma de capítulos y siguen una secuencia que podrás ir valorando a medida que avances en su lectura. Sus páginas son para que las saborees y rumies en actitud reposada y orante: podrás leerlas y releerlas a lo largo de tu vida, sacando siempre de ellas fruto y provecho, tal y como lo haces ya con las de la Sagrada Escritura.

Cada pasaje seleccionado se introduce por un breve comentario que sirve de puente entre el lejano pasado y nuestra situación actual: a veces simplemente refuerza lo dicho por un Padre de la Iglesia con explicaciones adicionales o referencias bíblicas, otras alude a situaciones del presente, que destacan la validez de estos antiguos textos; por último, también señala la continuidad existente entre el magisterio de los Padres de la Iglesia y el de los últimos Papas.

Al entrar en contacto directo con las palabras y enseñanzas de los Padres de la Iglesia, sentirás que te invade un fervor nuevo y experimentarás en tu corazón un ardiente deseo de seguir y amar a Jesucristo. Aprenderás asimismo a valorar la oculta corriente de gracia que atraviesa la vida sacramental de la Iglesia y querrás vivirla en forma de fraternidad cristiana.

San Benito, maestro de la Europa cristiana, de quien tomó su nombre Benedicto XVI, exhortaba: Quien tenga prisa por avanzar en su vida cristiana tiene a su disposición las enseñanzas de los santos Padres de la Iglesia, que, si se ponen en práctica, nos llevan a la madurez en Jesucristo.

¿De dónde sale este libro?

La mayoría de los textos recogidos en este libro fueron tomados de las lecturas propuestas por la Iglesia Católica a sus sacerdotes y religiosos para su meditación espiritual. Se trata de una selección de textos de los Padres de la Iglesia realizada después del Concilio Vaticano II por grandes especialistas y considerada la mejor hecha hasta hoy por nuestra Iglesia. Semejante riqueza rara vez llega sin embargo a manos de los laicos, e incluso aquellos mismos para quienes está destinada, no siempre la aprovechan.

Nuestro aporte personal ha consistido en seleccionar y ordenar algunas de esas magníficas páginas, dándole preferencia a aquellas que podían ser más significativas y relevantes de cara a la situación pastoral de Nicaragua.

Excepcionalmente incluimos también pasajes de maestros cristianos posteriores a la época de los Padres, tales como Tomás de Aquino, Anselmo de Canterbury o Bernardo de Claraval, por ser fieles continuadores de su espíritu.

Para cumplir su objetivo y lograr amplia divulgación, este libro debía ser no sólo breve, sino también quedar al alcance del bolsillo de quienes cuentan con muy poco dinero para libros. Por lo tanto tuvimos que concentrarnos en algunos aspectos esenciales, sin pretender abarcarlos todos.

El Vaticano II recomienda el estudio de los Padres de la Iglesia

El propio Concilio Vaticano II ha recomendado a los católicos *“acudir con mayor frecuencia a estas riquezas espirituales de los Padres de Oriente, que levantan a todo el ser humano a la contemplación de lo divino”*³

Tendrás ahora la maravillosa oportunidad de escuchar de viva voz a un Juan Crisóstomo, Basilio de Cesarea, Gregorio de Nisa, Gregorio de Nacianzo, Cirilo de Jerusalén ... Nombres que talvez lleguen a serte un día queridos, cuando leas y medites sus enseñanzas sobre la vida cristiana y admires la valentía con que defendieron a los pobres y testimoniaron su fe. Todos ellos vivieron en la parte oriental del Imperio romano; de ahí que sean conocidos también como Padres griegos, por haber hablado y escrito en esa antigua lengua.

En nuestra selección incluiremos también a un destacado Padre oriental de lengua siria: San Efrén.

El Vaticano II reconoce asimismo a los Padres de la Iglesia como intérpretes privilegiados de la Palabra divina y por ello recomienda su estudio: *“La esposa del Verbo encarnado, esto es, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza por llegar a una comprensión cada día más profunda de las Sagradas Escrituras a fin de alimentar a sus hijos con las palabras divinas; por eso fomenta también debidamente el estudio de los Santos Padres, de Oriente y Occidente...”*⁴

De los Padres de Occidente –aquellos que provenían de la otra mitad del Imperio romano, donde se hablaba el latín- te encontrarás aquí con figuras tan admirables como Agustín, Jerónimo, Cipriano, Ambrosio...

3.- Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el ecumenismo*, n. 15.

4.- Concilio Vaticano II, *Sobre la divina Revelación*, n. 23.

Llegarás a conocer también a los mártires Ignacio de Antioquía y Justino; el primero tuvo la dicha inestimable de asimilar su fe de los propios discípulos de los apóstoles.

Una teología y una piedad profundamente bíblicas

Leyendo a los Padres te darás cuenta de que siempre giran en torno a la Biblia y no hacen otra cosa sino explicar o desarrollar las Sagradas Escrituras. (En letra más fina te hemos puesto siempre las frases bíblicas intercaladas en sus textos, para que puedas así reconocerlas con facilidad).

La palabra de Dios estaba en el centro de sus enseñanzas y por esa misma razón su espiritualidad mantiene frescura y actualidad. *“La Sagrada Escritura era para ellos objeto de veneración incondicional, fundamento de la fe, tema constante de la predicación, alimento de la piedad, alma de la teología”*.⁵ Sin embargo, es justo mencionar también que desde la época de los Padres las ciencias bíblicas han realizado avances extraordinarios, afinando sus métodos y recursos, y a nosotros corresponde hoy servirnos de esos medios modernos del estudio bíblico, sin perder por ello *el espíritu* de los santos Padres.

Los Padres de la Iglesia no solamente fueron santos, sino también grandes teólogos y pastores. Desarrollaron su pensamiento en contacto directo con el pueblo, en las asambleas litúrgicas de sus comunidades, utilizando la predicación como medio de expresión favorito. Impartían personalmente la catequesis a sus fieles, por lo que promovieron un pueblo cristiano sólidamente formado; entonces como nunca floreció la catequesis en la Iglesia.

La teología de los Padres brotaba no sólo del estudio profundo de la Escritura y de la práctica pastoral diaria, sino también del trato íntimo con Dios.

5.- Congregación para la Enseñanza Católica, *Instrucción sobre los Padres de la iglesia en la formación sacerdotal*, n. 26.

Su predicación no se limitaba a los aspectos devocionales, sino que era abierta a lo que sucedía en el amplio mundo que les rodeaba. Sus denuncias de los grandes pecados de injusticia social únicamente pueden compararse a las de los profetas bíblicos. *“Si fuera posible castigar con justicia a los ricos -afirmaba un San Juan Crisóstomo- las cárceles estarían llenas de ellos”*. Los Padres no sólo corrigieron los pecados personales, sino también sus consecuencias sociales. Por eso los sufrimientos de los pobres ocupan un lugar central en su enseñanza cristiana. Ejercieron igualmente la crítica interna hacia dentro de la misma Iglesia, como podrás ver en el capítulo acerca de los pastores.

Su misma *piEDAD* fue profundamente bíblica y jamás se basó en fantasías o historias inventadas. Los Padres cultivaron una piedad sobria, intelectualmente sólida, nutrida de la Escritura e iluminada por la inteligencia de la fe, y siguen siendo un modelo vivo para nosotros.

La influencia de los Padres en el Concilio Vaticano II

Muchas de las grandes reformas implementadas por el Concilio Vaticano II se nutrieron de las sabias enseñanzas de los Padres de la Iglesia.

Examina por ejemplo este pensamiento de San Agustín, formulado hace ya 1600 años: *“Toda la Iglesia, todo el cuerpo, todos sus miembros, cada cual según la función propia que tiene asignada, deben seguir a Cristo”*. ¿No refleja nítidamente el espíritu del Vaticano II?

El Concilio fomentó el acercamiento fraterno entre las diferentes Iglesias cristianas y el diálogo con el mundo. Novedades cuyo espíritu inculcaba ya San Agustín a sus fieles, cuando por ejemplo les decía: *“Hermanos: les exhortamos vivamente a que tengan amor, no sólo para con ustedes mismos sino también para los de fuera, ya se trate de los paganos, que todavía no creen en Cristo, ya de los que están separados de nosotros, que reconocen a Cristo como cabeza, igual que nosotros, pero están divididos de su cuerpo”*.

Los Padres son un patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, pues su aporte es anterior a las grandes divisiones del cristianismo. Ellos nos transmiten *“tesoros comunes de espiritualidad y de doctrina; una mesa rica en la que los teólogos de diversas confesiones se pueden siempre encontrar. Los Padres son en efecto, Padres, sea de la ortodoxia oriental, sea de la teología latina católica, o de la teología de los protestantes y de los anglicanos, objeto común de estudio y veneración.”*⁶

Los Padres influyeron decisivamente en la reforma litúrgica que ha permitido a los católicos de todo el mundo celebrar la eucaristía en sus propias lenguas; influyeron también para que la Biblia recuperase el lugar central que le corresponde como fuente de nuestra espiritualidad; inspiraron además el diálogo con las religiones no-cristianas y anticiparon la opción preferencial por los pobres de la Iglesia latinoamericana.

Mirar a los Padres, mirando al futuro

Gracias a ellos la Iglesia de su tiempo conoció *“una vitalidad explosiva, un fervor misionero, un clima de amor que impulsaba las almas al heroísmo en la vida diaria personal y social, especialmente con las obras de misericordia, limosnas, cuidado de los enfermos, de las viudas, de los huérfanos, estima de la mujer y de toda persona humana, respeto y generosidad en el trato a los esclavos, libertad y responsabilidad frente a los poderes públicos, defensa y sostén de los pobres y oprimidos, y todas las formas del testimonio evangélico...llevado hasta el sacrificio supremo del martirio.”*⁷

De forma que volver la mirada hacia los Padres de la Iglesia es como contemplar un futuro soñado para nuestras propias comunidades. Pues como decía Jesús: *“Todo letrado que entiende del reinado de Dios se parece a un padre de familia que saca de su baúl cosas nuevas y viejas”* (Mt 13, 52).

6 y 7.- Congregación para la Enseñanza Católica, *Instrucción sobre los Padres de la iglesia en la formación sacerdotal*, n. 36 y n. 44.

Ojalá que sus escritos nos den inspiración y fortaleza para enfrentar los retos que tenemos hoy pendientes como Iglesia en Nicaragua.

A nosotros corresponde enfrentar los desafíos propios de nuestro tiempo con el auxilio del Espíritu Santo. Uno de los signos de los tiempos actuales es la nueva conciencia acerca de la dignidad y los derechos de la mujer. ¿Por qué entonces únicamente *Padres* y no también *Madres* de la Iglesia?

Por influencia de la cultura patriarcal, en los primeros siete siglos la teología estuvo exclusivamente en manos de varones y no podemos alterar los hechos históricos. Más tarde, sin embargo, en la Edad Media y el Renacimiento, el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia mujeres de la talla de una Catalina de Siena o Teresa de Ávila, que muy bien podríamos poner a la par de los santos Padres; en realidad, han sido puestas junto a ellos, al ser declaradas doctoras universales. En nuestra propia época contamos con una Santa Edith Stein, mística, filósofa y mártir. Y en este nuestro siglo XXI la teología ha pasado ya definitivamente también a manos femeninas.

Incluir páginas de esas grandes mujeres hubiera desbordado sin embargo el propósito de esta pequeña obra; es sin embargo una alegría que las bellas ilustraciones que la realzan, hayan sido elaboradas por manos femeninas. ¡Nuestro agradecimiento a la artista y las Hermanitas de Jesús!

Abrigamos la esperanza de que ***Caminar con los Padres de la Iglesia*** llegue a manos de dirigentes católicos de nuestro pueblo humilde y sencillo: aquellos hombres y mujeres a quienes rindió homenaje el propio Juan Pablo II, cuando destacó *“la labor incansable de los Delegados de la Palabra y de los Catequistas, los cuales han mantenido viva la fe del pueblo”*. Y añadió el Papa: *“Es necesario acompañarlos y ofrecerles una formación teológica y pastoral permanente.”*⁸ Esperamos que a ello contribuya esta obra.

José Argüello
Equipo Teyocoyani

8.- Discurso de Juan Pablo II a los Obispos de Nicaragua durante su visita a Roma.
21-IX-2001.

1. En las fuentes de la palabra de Dios



Las Sagradas Escrituras nos manifiestan los misterios de Dios

Del Tratado de San Hipólito, presbítero, Contra la herejía de Noeto.

Lectura bíblica: Jn 1, 1-18

San Hipólito (¿-235)

Desconocemos lugar y fecha de su nacimiento, aunque sabemos que fue discípulo de San Ireneo y compuso sus escritos entre los años 200 y 235 d.C. Es uno de los teólogos más antiguos de la Iglesia; fue presbítero en Roma y se opuso en asuntos doctrinales al Papa Calixto (217-222), a quien reprochaba excesiva indulgencia con los pecadores. Una comunidad rebelde lo eligió Obispo de Roma en contra de Calixto y la división se mantuvo durante los pontificados de Urbano y Ponciano, hasta que el emperador Máximo (235-238) deportó a Hipólito junto con Ponciano a Cerdeña, “la isla de la muerte”, donde ambos, condenados a trabajos forzados, renunciaron al papado y se reconciliaron. Hoy se les venera juntamente como mártires.

Comentario

Este pasaje de San Hipólito nos introduce de lleno en el misterio del Dios creador, visible en la historia humana por medio de su Hijo Jesucristo y que nos recrea por el Espíritu Santo. Para conocer a Dios debemos familiarizarnos con la Sagrada Escritura y por eso una de las principales tareas de nuestra vida cristiana es profundizar en su conocimiento. “La Iglesia –nos dice el Concilio Vaticano II- ha venerado siempre las Escrituras como al cuerpo mismo de Cristo” (DV 21), porque a través de ella recibimos el sacramento de su palabra de vida.

Hay un único **Dios**, hermanos, que **sólo puede ser conocido a través de las Escrituras santas. Por ello debemos esforzarnos por penetrar en todas las cosas que nos anuncian las divinas Escrituras y procurar profundizar en lo que nos enseñan.** Debemos conocer al

Padre como él desea ser conocido, debemos glorificar al Hijo como el Padre desea que lo glorifiquemos, debemos recibir al Espíritu Santo como el Padre desea dárnoslo. En todo debemos proceder no según nuestro capricho ni según nuestros propios sentimientos ni haciendo violencia a los deseos de Dios, sino según los caminos que el mismo Señor nos ha dado a conocer en las santas Escrituras.

Cuando sólo existía Dios y nada había aún que existiera con él, el Señor quiso crear el mundo. Lo creó por su inteligencia, por su voluntad y por su palabra; y el mundo llegó a la existencia tal como él lo quiso y cuando él lo quiso. **Nos basta, por tanto, saber que, al principio, nada existía junto a Dios, nada había fuera de él.** Pero Dios, siendo único, era también múltiple. Porque con él estaba su sabiduría, su razón, su poder y su consejo; todo esto estaba en él, y él era todas estas cosas. Y, cuando quiso y como quiso, y en el tiempo por él mismo fijado de antemano, manifestó al mundo su Palabra, por quien fueron hechas todas las cosas.

Y como Dios contenía en sí mismo a la Palabra, aunque ella fuera invisible para el mundo creado, cuando Dios hizo oír su voz, la Palabra se hizo entonces visible; así, **de la luz que es el Padre salió la luz que es el Hijo, y la imagen del Señor fue como reproducida en el ser de la criatura; de esta manera el que al principio era sólo visible para el Padre empezó a ser visible también para el mundo, para que éste, al contemplarlo, pudiera alcanzar la salvación.**

El sentido de todo esto es que, al entrar en el mundo, la Palabra quiso aparecer como Hijo de Dios; pues, en efecto, todas las cosas fueron hechas por el Hijo, pero él es engendrado Únicamente por el Padre.

Dios dio la ley y los profetas, impulsando a éstos a hablar movidos por el Espíritu Santo, para que, habiendo recibido la inspiración del poder del Padre, anunciaran su consejo y su voluntad.

La Palabra, pues, se hizo visible, como dice San Juan. Y repitió en resumen todo lo que dijeron los profetas, demostrando así que es realmente la Palabra por quien fueron hechas todas las cosas. Dice: *Ya al comienzo de*

las cosas existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios; por ella empezaron a existir todas las cosas, y ninguna de las que existen empezó a ser sino por ella. Y más adelante: El mundo empezó por ella a existir; pero el mundo no la reconoció. Vino a los suyos y los suyos no la recibieron.

La palabra de Dios, fuente inagotable de conocimiento y de vida

Del Comentario de San Efrén, diácono, sobre el *Diatessaron*

Lectura bíblica: Rm 11, 33-34; 1 Cor 2, 10

San Efrén (306-373)

De su inmensa obra teológica apenas nos quedan escasos fragmentos: escribió comentarios a todos los libros de la Sagrada Escritura y abundantes himnos litúrgicos. Poeta y teólogo, fue por excelencia el maestro de la Iglesia siria, de manera que se le llamó “profeta de los Sirios” y “arpa del Espíritu Santo”. Cuenta San Jerónimo que sus escritos se leían en las reuniones eucarísticas después de la Sagrada Escritura. Nació en Nísibis, al norte de Mesopotamia (hoy Irak) y se bautizó a los 18 años; pasó un tiempo dedicado a la oración entre los monjes del desierto y luego el obispo Jaime le ordenó de diácono, poniéndolo a cargo de su escuela teológica. Toda su vida se dedicó a la formación cristiana de adultos; murió en Edesa, donde fue consejero del obispo de aquella ciudad. En 1920 el Papa Benedicto XV le declaró Doctor de la Iglesia, constituyéndolo así en maestro de la Iglesia universal.

Comentario

Hay quienes, tras leer por encima las Sagradas Escrituras o apenas conocer unos cuantos pasajes de memoria, pretenden no encontrar ya nada nuevo en ellas. San Efrén nos muestra aquí la actitud interior con que tendríamos que acercarnos a la Biblia: llenos de espíritu de humilde y perseverante búsqueda, con asombro ante sus maravillas y gratitud por sus enseñanzas e iluminaciones.

¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le guste. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos en que concentrara su reflexión.

La palabra de Dios es el árbol de vida que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus lados, como aquella roca que se abrió en el desierto y manó de todos lados una bebida espiritual. *Comieron—dice el Apóstol- el mismo manjar espiritual y bebieron la misma bebida espiritual.*

Aquel, pues, que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie, sino que, considerando que no puede abarcarla toda, dé gracias por la riqueza que encierra. **Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente.** La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque, si tu sed queda saciada sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella; en cambio, si al saciarse tu sed se secará también la fuente, tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. **Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras.** Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni te desmotives por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco.

Jesucristo es la Palabra viva del Padre

De las Instrucciones de San Columbano, abad

Lectura bíblica: Jn 7, 37-39

San Columbano (540-615)

Nació en Irlanda hacia el año 540 y murió en Italia en el 615. Fue monje misionero enamorado de la Biblia y en su madurez fundó una serie de monasterios en Francia, que irradiaron cultura y espiritualidad. Se opuso a la corrupción de la corte y del clero de Borgoña y enfrentó la oposición de los obispos franceses, viéndose obligado a recurrir al Papa Gregorio I. El rey Teodorico II lo echó de su territorio en 610, teniendo que huir hacia Suiza, donde misionó a una tribu germánica aún pagana. Forzado nuevamente a abandonar su territorio de misión, se encaminó hacia Italia, donde entre los años 612 y 614 fundó su último monasterio en Bobbio. San Columbano fue maestro en la fe de una Europa que, tras la caída del imperio romano, había retrocedido a la barbarie.

Comentario

Esta página exhorta a un amor ferviente y apasionado por Jesucristo, fuente y pan de vida. Amor que cuanto más recibe, más anhela y desea. Amor que nunca se sacia y siempre está dispuesto a crecer. “Hemos de desear siempre, hemos de buscar y amar siempre a aquel que es la Palabra de Dios”.

Escuchen, amados hermanos, mis palabras; escúchenlas bien, como si se tratara de algo que les es muy necesario; vengan a saciar su sed con el agua de la fuente divina de la que les voy a hablar; deseen este agua y no dejen que su sed se acabe; beban y no se crean nunca saciados; nos está llamando el que es fuente viva, el que es la fuente misma de la vida nos dice: *El que tenga sed que venga a mí, y que beba.*

Entiendan bien de qué bebida se trata: escuchen lo que, por medio de Jeremías, les dice aquel que es la misma fuente: *Me han abandonado a mí, la fuente de aguas vivas -oráculo del Señor-*. El mismo Señor, **nuestro Dios Jesucristo, es la fuente de la vida**, por ello nos invita a sí como a una fuente para que bebamos de él. **Bebe de él quien lo ama, bebe de él quien se alimenta con su palabra**, quien lo ama debidamente, quien sinceramente lo desea, bebe de él quien se inflama en el amor de la sabiduría.

Consideren de dónde brota esta fuente: brota de aquel mismo lugar de donde descendió nuestro pan; porque uno mismo es nuestro pan y nuestra fuente, el Hijo único, nuestro Dios, **Cristo el Señor**, de quien estamos siempre hambrientos. Aunque nos alimentemos de él por el amor, aunque lo devoremos por el deseo, continuemos hambrientos deseándolo. **Bebamos de él como si se tratara de una fuente, bebámoslo con un amor que nos parezca siempre capaz de crecer, bebámoslo con toda la fuerza de nuestros deseos y deleitémonos con la suavidad de su dulzura.**

Pues el Señor es suave y es dulce; aunque lo hayamos comido y lo hayamos bebido, no dejemos de estar hambrientos y sedientos de él, pues este manjar jamás es totalmente comido, ni esta bebida jamás es agotada; aunque se le coma, jamás se consume; aunque se le beba, jamás se le agota, porque nuestro manjar es eterno y nuestra fuente perenne y siempre deliciosa. Por eso dice el profeta: *Los que estén sedientos, vengan a la fuente*, pues esta fuente es la fuente de los sedientos, no la de los que se sienten saturados; por ello, a aquellos que tienen hambre -que son aquellos mismos a quienes en otro lugar proclaman dichosos- los llama a sí y convoca a aquellos que nunca han quedado saciados de beber, sino que cuanto más beben, más sedientos se sienten. Por eso, **hermanos, hemos de desear siempre, hemos de buscar y amar siempre a aquel que es la Palabra de Dios, fuente de sabiduría, que tiene su asiento en las alturas**, en quien, como dice el Apóstol, *están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* y que no cesa de llamar a los que están sedientos de esta bebida.

Si estás sediento, bebe de esta fuente de vida; si tienes hambre, come de este pan de vida. Dichosos los que tienen hambre de este pan y sed de esta fuente; estos hambrientos y sedientos, por mucho que coman y beban, siempre buscan saciar aún más plenamente su hambre y su sed. Sin duda debe ser muy dulce aquel manjar y aquella bebida que por mucho que se coma y que se beba continúa aún deseándose y cuyo gusto no deja de excitar el hambre y la sed. Por ello dice el profeta rey: *Gusten y vean qué dulce, qué bueno es el Señor.*

Cómo leer y estudiar las Escrituras

De los Libros de las Sentencias de San Isidoro, obispo
Lectura bíblica: Pro 1, 20 – 2, 5

San Isidoro (560-636)

Nació en España y llegó a ser Arzobispo de Sevilla; fue una de las figuras más destacadas de su época y autor de muchísimos libros. Convocó y presidió varios concilios provinciales, de los que surgieron sabias orientaciones para la vida de la Iglesia.

Comentario

Esta densa página nos ofrece todo un sabio método de lectura bíblica: en primer lugar, aplicarnos a conocer y entender los textos sagrados; luego, meditarlos desde el corazón, buscando captar con todo nuestro ser su mensaje, y, por último, poner por obra sus enseñanzas. ¿De qué nos serviría leer y estudiar la Biblia, si no la ponemos en práctica? Tan sólo practicándola, podemos finalmente entenderla; necesitamos también “orarla”, pues sin el auxilio de Dios, su palabra permanece estéril.

La oración nos purifica, la lectura (*de la Escritura*) nos instruye; ambas cosas son buenas, si podemos practicarlas; si no podemos, hay que preferir la oración a la lectura.

El que quiera estar siempre unido a Dios debe orar y leer (la Escritura) con frecuencia. En efecto, cuando oramos, hablamos nosotros a Dios; cuando leemos, es Dios quien nos habla a nosotros.

De la lectura y la meditación deriva todo provecho. **Con la lectura aprendemos aquello que ignoramos, con la meditación lo conservamos.**

Una doble utilidad nos proporciona la lectura de la Sagrada Escritura: instruye nuestra mente y, además, nos aparta de las vanidades del mundo y nos conduce al amor de Dios.

Un doble objetivo hay que buscar en la lectura: en primer lugar, cómo hay que entender la Sagrada Escritura; en segundo lugar, cómo hay que predicarla a los demás con provecho y dignidad. Por esto, lo primero ha de ser el interés por entender lo que uno lee, para así estar en condiciones de comunicar lo que ha aprendido.

El lector prudente estará dispuesto a cumplir lo que lee, más que a saberlo, porque es menor la responsabilidad del que ignora a dónde se ha de dirigir, que la del que, sabiéndolo, no lo hace. Así como, al leer, nos esforzamos en saber, así también debemos poner por obra las cosas buenas que hemos aprendido leyendo.

Nadie puede conocer el sentido de la Sagrada Escritura si no se familiariza con ella, tal como está escrito: *Conquistala, y te hará noble; abrázala, y te hará rico.*

Cuanto más constante sea el trato con la palabra divina, más abundante será la comprensión de la misma; como la tierra, que, cuanto más se cultiva, tanto más fruto produce. Algunos tienen dotes naturales de inteligencia, pero descuidan la lectura sagrada; y así, por no dedicarse, se pierden todo lo que hubieran aprendido si se hubiesen dedicado a la lectura. Otros, en cambio, tienen el deseo de saber, pero se ven obligados a luchar con sus pocas luces naturales; éstos, con todo, por su constancia en la lectura, llegan a saber lo que aquellos otros, por su flojera, no conocen.

Así como el que tiene una inteligencia retardada recibe el premio de su buena intención y de su esfuerzo, así también el que desprecia los dones de inteligencia que Dios le ha otorgado se hace reo de culpa, por no apreciar debidamente el don de Dios y haberlo dejado inactivo por flojera.

La doctrina, sin la ayuda de la gracia, aunque resuene en los oídos, nunca penetra el corazón; hace ruido por fuera, pero en nada aprovecha interiormente. En cambio, cuando la gracia de Dios toca interiormente el alma y le abre la inteligencia, entonces es cuando la palabra de Dios pasa desde los oídos a lo más íntimo del corazón.

2. Dios nos sale al encuentro



Cristo es el cumplimiento de las promesas de Dios

De los Comentarios de San Agustín, obispo, sobre los salmos

Lectura bíblica: 2 Co 1, 18-22

San Agustín (354-430)

Se convirtió a la fe católica escuchando las predicaciones de San Ambrosio en Milán en el año 387; tras recibir de sus manos el bautismo, se consagró en adelante a la vida cristiana. Antes de su conversión tuvo que recorrer un tortuoso camino en búsqueda de la verdad. Hijo de padre pagano y madre católica, nació en Tagaste, pequeña ciudad del norte de África perteneciente al imperio romano; desde niño mostró gran talento y sus padres se esforzaron por ofrecerle la mejor educación posible. Después de su conversión regresó al Africa, donó sus bienes a los pobres y se retiró con un grupo de amigos suyos a una finca, para vivir con sencillez y dedicarse a la oración y al estudio de la Sagrada Escritura. Pero el pueblo católico de Hipona solicitó al obispo Valerio que lo ordenara sacerdote; después trabajó como asistente suyo y llegó a ser su sucesor. Pastorear su diócesis le exigía tiempo y sin embargo logró escribir innumerables obras teológicas de gran riqueza y profundidad. Es uno de los maestros de la Iglesia de mayor influencia en la historia del cristianismo.

Comentario

San Agustín abarca aquí de una sola mirada toda la historia de la salvación. Las promesas de Dios en el Antiguo Testamento se han cumplido en Jesucristo. Aguardamos ahora en esperanza la consumación de la creación. Los dones derramados sobre la humanidad en Cristo nos mueven al amor de Dios, pues el amor invita al amor.

Dios estableció el tiempo de sus promesas y la época de su cumplimiento. El periodo de las promesas abarcó desde el tiempo de los profetas hasta Juan Bautista; desde éste hasta el fin es el tiempo de su cumplimiento.

Fiel es Dios, que se constituyó en nuestro deudor; no porque haya recibido algo de nosotros, sino porque nos prometió tan grandes bienes. La promesa le pareció poco; por eso quiso obligarse por escrito, firmando, por decirlo así, un documento que atestiguara sus promesas, para que, cuando comenzara a cumplir las cosas que prometió, viésemos en ese escrito en qué orden se cumplirían. El tiempo de las profecías era, como muchas veces lo he afirmado, el del anuncio de las promesas.

Prometió la salvación eterna, la vida bienaventurada y sin fin en compañía de los ángeles, la herencia imperecedera, la gloria eterna, la dulzura de la contemplación de su rostro, su templo santo en los cielos y, como consecuencia de la resurrección, la ausencia total del miedo a la muerte. Ésta es, en cierto modo, su promesa final, hacia la que tienden todos nuestros cuidados, porque una vez que la hayamos alcanzado ya no buscaremos ni exigiremos ninguna otra cosa. También manifestó en qué orden se cumplirían sus promesas y profecías hasta alcanzar ese último fin.

Prometió la divinidad a los hombres, la inmortalidad a los mortales, la justificación a los pecadores, la glorificación a criaturas despreciables.

Sin embargo, hermanos, como a los hombres les parecía increíble la promesa de Dios de sacarlos de su condición mortal -de corrupción, bajeza, debilidad, polvo y ceniza- para asemejarlos a los ángeles, no sólo firmó una alianza con los hombres para moverlos a creer, sino que también estableció un mediador como garante de su fidelidad; y no estableció como mediador a cualquier príncipe o a un ángel o arcángel, sino a su Hijo único. Y por él nos mostró el camino que nos conduciría hacia el fin prometido.

Pero no bastó a Dios indicarnos el camino por medio de su Hijo: quiso que Él mismo fuera el camino, para que, bajo su dirección, tú caminaras por él. Por tanto, el Hijo único de Dios tenía que venir a los hombres, tenía que hacerse hombre y, en su condición de hombre, tenía que morir, resucitar, subir al cielo, sentarse a la derecha del Padre y cumplir

todas sus promesas en favor de las naciones. **Y, después del cumplimiento de estas promesas, cumplirá también la promesa de venir otra vez** para pedir cuentas de sus dones, para separar a los que se hicieron merecedores de su ira de quienes se hicieron merecedores de su misericordia, para castigar a los impíos, conforme lo había amenazado, y para recompensar a los justos, según lo había prometido.

Todo esto debió ser profetizado y anunciado de antemano para que no atemorizara a nadie si acontecía de repente, sino que, siendo objeto de nuestra fe, lo fuese también de una ardiente esperanza.

Dios nos llama con su amor

De los Sermones de San Pedro Crisólogo, obispo

Lectura bíblica: Ti 3, 3-7; 1 Jn 4, 8-11

San Pedro Crisólogo (¿-450)

De él sabemos apenas que fue arzobispo de Rávena al norte de Italia y famoso predicador (Crisólogo significa “palabra de oro”). Se conservan alrededor de 200 sermones suyos o atribuidos a él. Ejerció gran autoridad como obispo y estuvo muy unido al Papa León Magno (440-461).

Comentario

Hay católicos bautizados que alegan no haber descubierto al Dios del amor sino hasta abandonar nuestra fe para unirse a otra comunidad eclesial. Muchos creyentes viven aún temerosos de Dios y no han sido personalmente alcanzados por el mensaje liberador de su amor. San Pedro Crisólogo nos ayuda a corregir esa visión, mostrándonos que nunca ha habido otro Dios, sino el del amor.

Al ver al mundo oprimido por el temor, Dios procura continuamente llamarlo con amor; lo invita con su gracia, lo atrae con su caridad, lo abraza con su afecto.

Por eso lava con las aguas del diluvio a la tierra que se había pervertido y constituye a **Noé** padre de la nueva generación, le brinda su amistad, le habla amablemente, le indica lo que debe hacer y lo consuela, prometiéndole su favor para el futuro. Deja luego de darle órdenes y, tomando parte él mismo en la tarea, ayuda a encerrar en el arca a aquella descendencia que había de perdurar por todos los tiempos, **para que este amor**, que se manifestaba participando en aquel trabajo, **borrara todo temor, que es propio de la esclavitud**, y para que así esta comunidad de amor conservara lo que había sido salvado por el trabajo en común.

Por eso llama también luego a **Abrahán** de entre los paganos, engrandece su nombre, lo hace padre de la fe, lo acompaña en el camino, lo cuida durante su permanencia en un país extranjero, lo enriquece con toda clase de bienes, lo honra con triunfos, lo regala con promesas, lo libra de las injurias, lo consuela haciéndose su huésped y, contra toda esperanza, le concede milagrosamente un hijo; para que, colmado con tantos beneficios y atraído con tantas pruebas de la caridad divina, **aprenda a amar a Dios y no a temerlo, a rendirle culto por amor y no dominado por el terror.**

Por eso consuela en sueños a **Jacob** durante su huida, y a su regreso lo motiva a luchar y a trabarse con él en extraordinario combate; para que terminara amando, no temiendo, al autor de ese combate.

Por eso llama a **Moisés**, revelándose como el Dios de sus antepasados, le habla con amor de padre y lo urge a que libere a su pueblo de la opresión de Egipto. Ahora bien, **por todo lo que acabamos de evocar que manifiesta cómo la llama de la divina caridad encendió los corazones de los hombres y cómo Dios derramó en sus sentidos la abundancia de su amor, los hombres, que estaban privados de la visión de Dios a causa del pecado, comenzaron a desear ver su rostro.**

Pero la mirada del hombre, tan limitada, ¿cómo podría abarcar a Dios, a quien el mundo no puede contener? La fuerza del amor no mide las posibilidades, ignora las fronteras. El amor no discierne, no reflexiona, no conoce razones. El amor no se resigna ante la imposibilidad, no se

amedrenta ante ninguna dificultad. Si el amor no alcanza el objeto de sus deseos, llega hasta a ocasionar la muerte del amante; va, por lo tanto, hacia donde es impulsado, no hacia donde parece lógico que deba de ir. El amor engendra el deseo, se enciende cada vez más y tiende con mayor vehemencia hacia lo que no consigue alcanzar. Y ¿qué más diré?

El amor no descansa mientras no ve lo que ama; por eso a los santos les parecía poco cualquier recompensa, mientras no viesan a Dios.

Por eso el amor que ansía ver a Dios se ve impulsado, por encima de todo juicio sensato, por el deseo ardiente de encontrarse con él. Por eso Moisés se atrevió a decir: *Si he obtenido tu favor; muéstrate a mí.* Por eso también se dice en otro lugar: *Déjame ver tu figura.* Y hasta los mismos paganos en medio de sus errores se fabricaron ídolos para poder ver con sus propios ojos el objeto de su culto.

El misterio de la Encarnación

De las Cartas de San León Magno, papa

Lectura bíblica: Col 1, 15-20

San León Magno (¿-461)

Electo obispo de Roma y sucesor del apóstol Pedro en el año 440, convenció en 452 al temible rey de los Hunos, Atila, para que desocupara los territorios que había conquistado; tres años más tarde persuadió también a Genserico, rey de los Vándalos, para que no saqueara Roma. El Papa salvó así de la destrucción la gran herencia cultural de Grecia y Roma. Como pontífice defendió la fe católica ante diversas herejías y reafirmó la potestad del sucesor de Pedro como cabeza de la Iglesia universal. El texto suyo que a continuación ofrecemos fue leído en el Concilio de Calcedonia (451) y los obispos allí reunidos solemnemente exclamaron: “Esta es la fe de los Padres, esta es la fe de los apóstoles; así lo creemos. San Pedro ha hablado por boca de León”. Se conservan 125 cartas doctrinales y administrativas suyas y 97 sermones.

Comentario

Este pasaje refleja un punto de maduración en la doctrina sobre Jesucristo: el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se manifestó de manera indirecta a través de los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, hasta encarnarse definitivamente en la Virgen María por la fuerza del Espíritu Santo. Uniendo en sí la naturaleza humana y la divina y participando nosotros por el bautismo del misterio de Cristo, renacemos por el Espíritu Santo para ser liberados de las fuerzas del mal que nos oprimen.

De nada nos serviría afirmar que nuestro Señor, el Hijo de la Virgen María, es hombre verdadero y perfecto si no creyésemos además que es hombre perteneciente a aquella línea de antepasados mencionada en el Evangelio.

Mateo, en efecto, dice: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán*; y sigue el orden de su generación humana hasta llegar a José, con quien estaba desposada la Madre del Señor.

Lucas, en cambio, siguiendo un orden inverso, se remonta al origen del género humano, para mostrar que el primer Adán y el nuevo Adán tienen una misma naturaleza.

El Hijo de Dios, en su poder sin límites, hubiera podido manifestarse, para instruir y justificar a los hombres, como se había manifestado a los patriarcas y profetas, es decir, bajo diversas apariencias humanas, como, por ejemplo, cuando entabló una lucha o mantuvo una conversación, o cuando no rechazó la hospitalidad que le ofrecían y tomó el alimento que le presentaban. **Todas estas figuras eran como profecía y anuncio misterioso de aquel hombre que debía asumir, de la descendencia de esos mismos patriarcas, una verdadera naturaleza humana.** Pero todas estas figuras no podían realizar aquel misterio de nuestra reconciliación prefijado antes de los tiempos, porque el Espíritu Santo no había descendido aún sobre la Virgen ni el poder del Altísimo la había aún cubierto con su sombra; solamente cuando la Sabiduría eterna, edificándose una casa en el

seno purísimo de la Virgen, se hizo hombre pudo tener cumplimiento este admirable designio; y, **uniéndose la naturaleza humana y la divina en una sola persona, el Creador del tiempo nació en el tiempo**, y aquel por quien fueron hechas todas las cosas empezó a contarse entre las criaturas.

Pues si el nuevo hombre, sometido a una existencia semejante a la de la carne de pecado, no hubiera llevado sobre sí nuestros pecados, si el que es Dios como el Padre no se hubiera dignado tomar la condición humana de una madre y si libre de todo pecado no hubiera unido a sí nuestra naturaleza, la cautividad humana continuaría sujeta al yugo del demonio; y tampoco podríamos gloriarnos de la victoria del Vencedor si ésta hubiera sido obtenida en una naturaleza distinta a la nuestra.

El sacramento de la renovación de nuestro ser nos ha hecho partícipes de estos admirables misterios, por cuanto **el mismo Espíritu, por cuya virtud fue Cristo engendrado, ha hecho que también nosotros volvamos a nacer con un nuevo nacimiento espiritual.**

Por eso el evangelista dice, refiriéndose a los creyentes: *Ellos traen su origen no de la sangre ni del deseo carnal ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios.*

La misericordia de Dios se mostró en Jesucristo

De la Carta a Diogneto

Lectura bíblica: Rm 3, 21-26

La Carta a Diogneto

Desconocemos el autor de esta famosa carta, probablemente del siglo tercero, dirigida a un importante personaje del mundo pagano y que despliega las razones por las que vale la pena ser cristiano.

Comentario

El argumento de este pasaje de la Carta a Diogneto se hace eco de la epístola de Pablo a los romanos: sin mérito ni razón de nuestra parte, sino tan sólo por su inexplicable bondad, Dios nos ha concedido una vida nueva en Jesucristo. El autor saborea hasta el fondo la profunda novedad de su fe cristiana y se siente movido a gratitud, esperanza y alegría. ¿Podrá este antiguo autor contagiarnos con su fresca sensibilidad para apreciar tan grande don?

Nadie jamás ha visto ni ha conocido a Dios, pero él ha querido manifestarse a sí mismo. Se manifestó a través de la fe, que es la única a la que se le concede ver a Dios. Porque **Dios, Señor y Creador** de todas las cosas, que todo lo hizo y todo lo dispuso con orden, **no sólo amó a los hombres, sino que también fue paciente con ellos. Siempre lo fue, lo es y lo será: bueno, benigno, exento de toda ira, veraz; más aún: él es el único bueno.** Después de haber concebido un designio grande, incapaz de ser expresado con palabras humanas, se lo comunicó a su único Hijo.

Mientras mantenía oculto **su sabio designio** y lo reservaba para sí, parecía abandonarnos y olvidarse de nosotros. Pero, cuando **lo reveló por medio de su amado Hijo** y manifestó lo que había establecido desde el principio,

nos dio juntamente todas las cosas: participar de sus beneficios y ver y comprender sus designios. **¿Quién de nosotros hubiera esperado jamás tanta generosidad?**

Dios, que todo lo había dispuesto junto con su Hijo, permitió que hasta el tiempo anterior a la venida del Salvador viviéramos desviados del camino recto, atraídos por los deleites y placeres deshonestos, y nos dejáramos arrastrar por nuestros impulsos desordenados. No porque se complaciera en nuestros pecados, sino que los toleraba. Ni es tampoco que Dios aprobara aquel tiempo de maldad, sino que estaba preparando el tiempo actual de justicia, a fin de que, demostrada nuestra culpabilidad **en aquel tiempo en que por nuestras propias obras éramos indignos de la vida, fuéramos hechos dignos de ella por la bondad de Dios, reconociendo así que por nosotros mismos no podíamos entrar en el reino de los cielos, pero que esto se nos concedía como un don de Dios.**

Pues cuando nuestra maldad había colmado la medida y se hizo plenamente manifiesto que por ella merecíamos el castigo y la muerte, llegó en cambio el tiempo establecido por Dios para manifestar su bondad y su poder **¡oh inmenso amor de Dios a los hombres!** y no nos odió ni nos rechazó ni se vengó de nuestras ofensas, sino que nos soportó con grandeza de ánimo y paciencia, apiadándose de nosotros y cargando él mismo con nuestros pecados. Nos dio a su propio Hijo como precio de nuestra redención: entregó al que es santo para redimir a los impíos, al inocente por los malos, al justo por los injustos, al incorruptible por los corruptibles, al inmortal por los mortales. Y ¿qué otra cosa hubiera podido encubrir nuestros pecados sino su justicia? Nosotros que no amamos a Dios ni al prójimo y somos malos, ¿en quién hubiéramos podido ser justificados sino únicamente en el Hijo de Dios?

¡Oh admirable intercambio, mediación incomprensible, beneficios inesperados: que la impiedad de muchos sea encubierta por un solo justo y que la justicia de un solo hombre justifique a tantos impíos!

En la humanidad de Cristo se nos muestra la misericordia del Padre

De los Sermones de San Bernardo, abad.

Lectura bíblica: Fil 2, 1-11

San Bernardo (1090-1153)

Este santo francés vivió en el siglo doce y tuvo gran impacto en su época. A sus 22 años ingresó en un monasterio cisterciense y arrastró tras de sí a varios primos y amigos suyos, que también se hicieron monjes. Enamorado de la Escritura, el silencio y la oración, renunció sin embargo a la tranquilidad de su retiro para luchar incansablemente por la reforma de la Iglesia, que atravesaba un periodo turbulento, pues dos Papas se disputaban el liderazgo. Intervino en los grandes conflictos políticos y religiosos de su tiempo y se opuso a los abusos de Papas, obispos y autoridades eclesiásticas. Antes de su muerte había fundado 68 monasterios. Su espiritualidad se caracteriza por un amor muy tierno a la humanidad del Señor y una ferviente devoción mariana.

Comentario

Esta maravillosa página de San Bernardo es una profunda meditación sobre la Encarnación. En la humanidad del Señor asume Dios nuestra frágil condición humana y, cuanto más hondo desciende en el dolor y la muerte, tanto más resplandece su amor y misericordia por nosotros.

Dios, nuestro Salvador; hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres. Demos gracias a Dios, pues por él abunda nuestro consuelo en esta nuestra peregrinación, en éste nuestro destierro, en ésta vida tan llena aún de miserias.

Antes de que apareciera la humanidad de nuestro Salvador, la misericordia de Dios estaba oculta; existía ya, sin duda, desde el principio, pues la misericordia del Señor es eterna, pero al hombre le era imposible conocer su magnitud. Ya había sido prometida, pero el mundo aún no la había

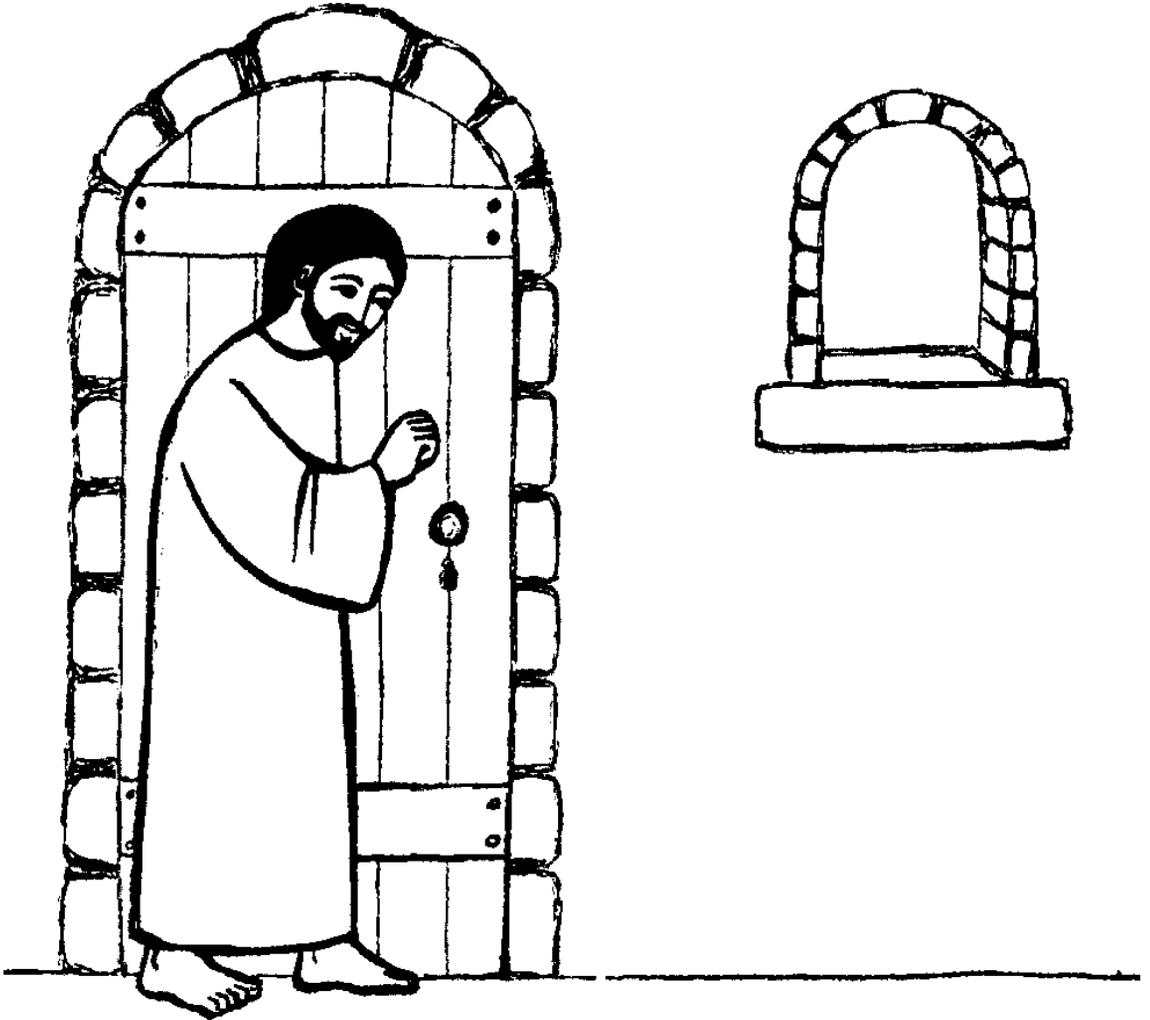
experimentado y por eso eran muchos los que no creían en ella. *Dios había hablado, ciertamente, de muchas maneras por ministerio de los profetas.* Y había dicho: *Sé muy bien lo que pienso hacer con ustedes: designios de paz y no de aflicción.* Pero, con todo, ¿qué podía responder el hombre, que únicamente experimentaba la aflicción y no la paz? “¿Hasta cuándo - pensaba- irán anunciando: «Paz, paz», cuando no hay paz”? Por ello los mismos *mensajeros de paz lloraban amargamente,* diciendo: *Señor, ¿quién ha dado fe a nuestra predicación? Pero ahora, en cambio, los hombres pueden creer, por lo menos, lo que ya contemplan sus ojos; ahora los testimonios de Dios se han hecho sobremanera dignos de fe,* pues, para que este testimonio fuera visible, incluso a los que tienen la vista enferma, el Señor *le ha puesto su tienda al sol.*

Ahora, por tanto, nuestra paz no es prometida, sino enviada; no es retrasada, sino concedida; no es profetizada, sino realizada: el Padre ha enviado a la tierra algo así como un saco lleno de misericordia; un saco, diría, que se romperá en la pasión, para que se derrame aquel precio de nuestro rescate, que él contiene; un saco que, si bien es pequeño, está totalmente lleno. En efecto, *un niño se nos ha dado,* pero en este niño *habita toda la plenitud de la divinidad.* Esta plenitud de la divinidad se nos dio después que hubo llegado la plenitud de los tiempos. **Vino en la carne para mostrarse a los que eran de carne y, de este modo, bajo los velos de la humanidad, fue conocida la misericordia divina; pues, cuando fue conocida la humanidad de Dios, ya no pudo quedar oculta su misericordia. ¿En qué podía manifestar mejor el Señor su amor a los hombres sino asumiendo nuestra propia carne?** Pues fue precisamente nuestra carne la que asumió, y no aquella carne de Adán que antes de la culpa era inocente.

¿Qué cosa manifiesta tanto la misericordia de Dios como el hecho de haber asumido nuestra miseria? ¿Qué amor puede ser más grande que el del Verbo de Dios, que por nosotros se ha hecho como la hierba débil del campo? *Señor, ¿qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él? Que comprenda, pues, el hombre hasta qué punto Dios cuida de él; que reflexione sobre lo que Dios piensa y siente de*

él. No te preguntes ya, oh hombre, por qué tienes que sufrir tú; pregúntate más bien por qué sufrió él. **De lo que quiso sufrir por ti puedes concluir lo mucho que te estima; a través de su humanidad se te manifiesta el gran amor que tiene para contigo.** Cuanto menor se hizo en su humanidad, tanto mayor se mostró en el amor que te tiene, cuanto más se abajó por nosotros, tanto más digno es de nuestro amor. *Dios, nuestro Salvador -dice el Apóstol-, hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres.* ¡Qué grande y qué manifiesta es esta misericordia y este amor de Dios a los hombres! Nos ha dado una grande prueba de su amor al querer que el nombre de Dios fuera añadido al título de hombre.

3. Volver a Dios el corazón



Por la fe conocemos a Dios

De las Instrucciones de San Columbano, abad
Lectura bíblica: Is 40, 21-31; Sab 11, 21 – 12, 1.

San Columbano (ver p. 27)

Comentario

Dios mismo ha salido de sí para comunicársenos en su amor y de nosotros espera como respuesta la fe. El verdadero conocimiento de Dios consiste en volver hacia Él nuestro corazón para vivir según sus mandatos. Tan sólo viviendo según Dios conoceremos a Dios con todo nuestro ser.

Dios está en todas partes, es inmenso y está cerca de todos, según atestigua de sí mismo: *Yo soy -dice- un Dios cercano, no lejano. El Dios que buscamos no está lejos de nosotros, ya que está dentro de nosotros, si somos dignos de esta presencia.* Habita en nosotros como el alma en el cuerpo, a condición de que seamos miembros sanos de él, de que estemos muertos al pecado. Entonces habita verdaderamente en nosotros aquel que ha dicho: *Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos.* Si somos dignos de que él esté en nosotros, entonces somos realmente vivificados por él, como miembros vivos suyos: *Pues en él - como dice el Apóstol- vivimos, nos movemos y existimos.*

¿Quién, me pregunto, será capaz de penetrar en el conocimiento del Altísimo, si tenemos en cuenta lo indecible e incomprensible de su ser? ¿Quién podrá investigar las profundidades de Dios? ¿Quién podrá gloriarse de conocer al Dios infinito que todo lo llena y todo lo rodea, que todo lo penetra y todo lo supera, que todo lo abarca y todo lo trasciende? *A Dios ningún hombre vio ni puede ver.* Nadie, pues, tenga la arrogancia de preguntarse sobre lo indescifrable de Dios, qué fue, cómo fue, quién fue. Éstas son cosas inexpresables, inescrutables, impenetrables; **límitate a creer con sencillez, pero con firmeza, que Dios es y será tal cual fue, porque no cambia.**

¿Quién es, por tanto, Dios? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. No intentes averiguar más acerca de Dios; porque los que quieren saber las profundidades sin fondo deben antes considerar las cosas de la naturaleza. En efecto, el conocimiento de la Trinidad divina se compara, con razón, a la profundidad del mar, según aquella expresión del Eclesiastés: *Profundo quedó lo que estaba profundo: ¿quién lo alcanzará?* Porque, del mismo modo que la profundidad del mar es impenetrable a nuestros ojos, así también la divinidad de la Trinidad escapa a nuestra comprensión. Y por esto, insisto, **si alguno se empeña en saber lo que debe creer, no piense que lo entenderá mejor haciendo sabias reflexiones que creyendo;** al contrario, al ser buscado, el conocimiento de la divinidad se alejará más aún que antes de aquel que pretenda conseguirlo.

Busca, pues, el conocimiento supremo, no con alegatos ni discusiones, sino con la perfección de una buena conducta; no con palabras, sino con la fe que procede de un corazón sencillo y que no es fruto de una argumentación basada en una sabiduría irreverente. Por tanto, si buscas mediante el discurso de tu inteligencia al que es indecible, *estará lejos de ti*, más de lo que estaba; pero, si lo buscas mediante la fe, *la sabiduría estará a la puerta*, que es donde tiene su morada, y allí será contemplada, en parte por lo menos. Y también podemos realmente alcanzarla un poco cuando creemos en aquel que es invisible, sin comprenderlo; porque Dios ha de ser creído tal cual es, invisible, aunque el corazón puro pueda, en parte, contemplarlo.

*¡Tarde te amé,
Hermosura tan antigua y tan nueva!*

De las Confesiones de San Agustín, obispo

Lectura bíblica: Sab 13, 1- 5; Rom 7, 14- 25

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Captan entre nosotros la atención tantos relatos de conversiones escuchados en programas radiales y asambleas cristianas, centrados por lo general más en las sombras supuestamente abandonadas que en el descubrimiento del propio Dios. No sucede así en esta maravillosa página de las Confesiones de San Agustín, cuyo tema es precisamente la novedad interior experimentada en el encuentro con Dios.

Señor, ¿dónde te hallé para conocerte (porque ciertamente no estabas en mi memoria antes que te conociese), dónde te hallé, pues, para conocerte, sino en ti mismo, lo cual estaba muy por encima de mis fuerzas? Pero esto fue independientemente de todo lugar, pues nos apartamos y nos acercamos, y, no obstante, esto se lleva a cabo sin importar el lugar. ¡Oh Verdad!, tú presides en todas partes a todos los que te consultan y, a un mismo tiempo, respondes a todos los que te interrogan sobre las cosas más diversas. Tú respondes claramente, pero no todos te escuchan con claridad. Todos te consultan sobre lo que quieren, mas no todos oyen siempre lo que quieren. **Excelente servidor tuyo es el que no atiende tanto a oír de ti lo que él quisiera, cuanto a querer aquello que de ti escuchare.**

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. **Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y**

clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti.

Cuando yo me apegue a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será realmente viva, llena toda de ti. Tú, al que llenas de ti, lo elevas, mas, como yo aún no me he llenado de ti, soy todavía para mí mismo una carga. Están en lucha mis alegrías, dignas de ser lloradas, con mis tristezas, dignas de ser aplaudidas, y no sé de qué parte está la victoria.

¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! Están en lucha también mis tristezas malas con mis gozos buenos: y no sé a quién se ha de inclinar el triunfo. ¡Ay de mí, Señor! ¡Ten misericordia de mí! Yo no te oculto mis llagas. Tú eres médico, y yo estoy enfermo; tú eres misericordioso, y yo estoy necesitado.

*¿Acaso no está el hombre en la tierra cumpliendo un servicio militar? ¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Tú mandas aguantarlos, no amarlos. Nadie ama lo que aguanta, aunque ame el aguantarlo. Porque, aunque goce en aguantarlo, más quisiera, sin embargo, que no hubiese nada que aguantar. En las cosas adversas deseo las prósperas, en las cosas prósperas temo las adversas. ¿Qué lugar intermedio hay entre estas cosas, en el que la vida humana no sea una lucha? ¡Ay de las prosperidades del mundo, pues están continuamente amenazadas por el temor de que sobrevenga la adversidad y desaparezca la alegría! ¡Ay de las adversidades del mundo, una, dos y tres veces, pues están continuamente aguijoneadas por el deseo de la prosperidad, siendo dura la misma adversidad y poniendo en peligro la paciencia! ¿Acaso no está el hombre en la tierra cumpliendo sin interrupción un servicio militar? Pero **toda mi esperanza descansa sólo en tu muy grande misericordia. ¡Dame lo que me pides y pídemelo que quieras!***

Te deseo, Dios mío y busco tu rostro

Del libro *Proslogion* de San Anselmo, obispo

Lectura bíblica: Mt 6, 5- 8; Sal 130

San Anselmo (1033-1109)

Nacido en Aosta al norte de Italia, desde jovencito se sintió atraído por la vida de los monjes benedictinos. Su madre pertenecía a una rica familia terrateniente y su padre tenía ambiciones políticas para él, pero cuando las aspiraciones del joven chocaron con la dura oposición de su padre, en 1057 abandonó la casa paterna y partió hacia Francia. Allí se formó como monje benedictino. Su educación fue esmerada y aprendió a utilizar el latín con precisión y claridad; se distinguía por una notable inteligencia y una profunda piedad. Durante sus años en Francia, San Anselmo publicó obras teológicas que marcarían el rumbo del pensamiento católico posterior y cuyo lema era: “la fe en busca de entendimiento”. Nombrado arzobispo de la ciudad inglesa de Canterburgo en 1093, enfrentó serios conflictos con el rey Guillermo II y su sucesor, por defender a viento y marea la independencia de la Iglesia en los nombramientos episcopales. La mayor parte de su tiempo como arzobispo lo pasó por eso exiliado en Roma, donde influyó en el concilio de Bari (1098). Un acuerdo de última hora le permitió regresar a su diócesis y vivir en paz los dos últimos años de su vida.

Comentario

El ruido que por todas partes hoy nos rodea nos impide el encuentro con nosotros mismos en el silencio. Al perder el contacto con nuestra propia profundidad, nos volvemos incapaces de entrar en sintonía con Dios. Buscar el rostro vivo de Dios requiere penetrar en nuestro propio recinto interior, pues tan sólo en ese encuentro íntimo de corazón a corazón podremos alcanzar el sentido pleno de nuestra vida. El texto implora la gracia de conocer a Dios, sabiendo que por nuestras propias fuerzas seríamos incapaces de alcanzarlo.

Deja un momento tus ocupaciones habituales, contempla tu pequeñez, entra un instante en ti mismo, apartándote del tumulto de tus pensamientos. Arroja lejos de ti las preocupaciones agobiantes y aparta de ti las inquietudes que te oprimen. Reposa en Dios un momento, descansa siquiera un momento en él.

Entra en lo más profundo de tu alma, aparta de ti todo, excepto Dios y lo que puede ayudarte a alcanzarlo; cierra la puerta de tu habitación y búscalo en el silencio. Di con todas tus fuerzas, di al Señor: «Busco tu rostro; *tu rostro busco, Señor.*»

Y ahora, Señor y Dios mío, enséñame dónde y cómo tengo que buscarte, dónde y cómo te encontraré.

Si no estás en mí, Señor, si estás ausente, ¿dónde te buscaré? Si estás en todas partes, ¿por qué no te veo aquí presente? Es cierto que tú habitas en una luz inalcanzable, ¿pero dónde está esa luz inalcanzable?, ¿cómo me aproximaré a ella?, ¿quién me guiará y me introducirá en esa luz para que en ella te contemple? ¿Bajo qué signos, bajo qué aspecto te buscaré? Nunca te he visto, Señor y Dios mío, no conozco tu rostro.

Dios altísimo, ¿qué hará este desterrado, lejos de ti?, ¿qué hará este servidor tuyo, sediento de tu amor, que se encuentra alejado de ti? Desea verte y tu rostro está muy lejos de él. Anhela acercarse a ti y tu morada es inalcanzable. Arde en deseos de encontrarte e ignora dónde vives. No suspira más que por ti y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, tú eres mi Señor y nunca te he visto. **Tú me creaste y me redimiste, tú me has dado todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. He sido creado para verte, y todavía no he podido alcanzar el fin para el cual fui creado.**

Y tú, Señor, ¿hasta cuándo nos olvidarás, hasta cuándo dejarás de apartar tu rostro? ¿Cuándo volverás tu mirada hacia nosotros? ¿Cuándo nos

escucharás? ¿Cuándo iluminarás nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro?
¿Cuándo harás caso a nuestros deseos?

Míranos, Señor, escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Llena a plenitud nuestros deseos y seremos felices; sin ti todo es aburrimiento y tristeza. Ten piedad de nuestros trabajos y de los esfuerzos que hacemos por llegar hasta ti, ya que **sin ti nada podemos.**

Enséñame a buscarte, muéstrame tu rostro, porque si tú no me lo enseñas no puedo buscarte. No puedo encontrarte si tú no te haces presente. **Te buscaré deseándote, te desearé buscándote; amándote te encontraré, encontrándote te amaré.**

4. Saboreando la misericordia divina



Reconoce el mal que has hecho y recibe el Espíritu Santo

De las Catequesis de San Cirilo de Jerusalén, obispo

Lectura bíblica: Mt 25, 31-46; Jn 3, 1-8

Cirilo de Jerusalén (315-387)

Defensor de la divinidad de Cristo, fue obispo de Jerusalén entre los años 348 y 386. Tres veces tuvo que salir expulsado de su diócesis por influencia de los arrianos, secta que obtuvo el favor del emperador Valente y sostenía una manera incompleta de entender a Jesucristo. Sobresalió en el segundo concilio ecuménico de Constantinopla (381), que ratificó sus enseñanzas sobre la Santísima Trinidad. Sus sermones se conservaron gracias a un oyente que los copió. Entre los años 348 y 350 instruyó en la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén a los candidatos al bautismo con sus famosas Catequesis, cuya belleza y sencillez las acreditan como uno de los tesoros de la antigüedad cristiana. Ha sido declarado Doctor (maestro) de la Iglesia.

Comentario

La exhortación de San Cirilo a sus aspirantes al bautismo se nos aplica tanto más a nosotros hoy, bautizados que aún no nos entregamos definitivamente a Cristo. Nuestra conversión está a mano si respondemos humilde y decididamente ante la misericordia de Dios.

Si hay aquí alguno que esté esclavizado por el pecado, que se disponga por la fe al nuevo nacimiento que nos hace hijos adoptivos y libres; y así, liberado de la pésima esclavitud del pecado y sometido a la dichosa esclavitud del Señor, será digno de poseer la herencia celestial. **Despójense, por la confesión de sus pecados, del hombre viejo, viciado por engañosos y desordenados deseos, y vístense del hombre nuevo que se va renovando según el conocimiento de su creador.** Adquieran, mediante su fe, las prendas del Espíritu Santo, para

que puedan ser recibidos en la mansión eterna. Acérquense a recibir el sello sacramental (del bautismo), para que puedan ser reconocidos favorablemente por aquel que es el dueño de ustedes. Agréguese al santo y sensato rebaño de Cristo, para que un día, separados a su derecha, posean en herencia la vida que les está preparada.

Porque los que conserven pegada la aspereza del pecado, a manera de una piel peluda, serán colocados a la izquierda, por no haberse querido beneficiar de la gracia de Dios, que se obtiene por Cristo a través del baño del nuevo nacimiento. Me refiero no a un renacimiento corporal, sino al nuevo nacimiento del alma. Los cuerpos, en efecto, son engendrados por nuestros padres terrenos, pero las almas renacen por la fe, porque el *Espíritu sopla donde quiere*. Y así entonces, si te has hecho digno de ello, podrás escuchar aquella voz: *Bien, siervo bueno y fiel*, esto es, si tu conciencia es hallada limpia y sin falsedad.

Pues, si alguno de los aquí presentes tiene la pretensión de poner a prueba la gracia de Dios, se engaña a sí mismo e ignora la realidad de las cosas. Procura, oh hombre (oh mujer), tener un alma sincera y sin engaño, porque Dios penetra el interior del ser humano.

El tiempo presente es tiempo de reconocer nuestros pecados. **Reconoce el mal que has hecho, de palabra o de obra, de día o de noche. Reconócelo ahora que es el tiempo favorable, y en el día de la salvación recibirás el tesoro celestial.**

Limpia tu recipiente, para que sea capaz de una gracia más abundante, porque el perdón de los pecados se da a todos por igual, pero el don del Espíritu Santo se concede a proporción de la fe de cada uno. Si te esfuerzas poco, recibirás poco, si trabajas mucho, mucha será tu recompensa. Corres en provecho propio; mira, pues, tu conveniencia.

Si tienes algo contra alguien, perdónalo. **Vienes para alcanzar el perdón de los pecados: es necesario que tú también perdones al que te ha ofendido.**

**El corazón arrepentido
es la mejor ofrenda
a Dios**

De los Sermones de San Agustín, obispo

Lectura bíblica: Mt 7, 1 – 5; Sal 51

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Experimentado en la culpa, San Agustín nos conduce aquí por los senderos del arrepentimiento. No se trata de sacrificar animales ni de hacer ofrendas a Dios para lograr su favor, como en la Antigua Alianza, sino de reconocer con el salmista nuestro propio pecado. San Agustín sabe que siempre es más fácil señalar los pecados ajenos que aceptar los propios. La superación de la injusticia y corrupción de nuestra propia sociedad pasa también por ese humilde acto de arrepentimiento personal. ¿Habremos acaso contribuido con nuestros actos, decisiones y omisiones a fortalecer ese entramado de pecado que agobia a nuestro país?

Yo reconozco mi culpa, dice el salmista. Si yo la reconozco, dignate tú perdonarla. No nos vanagloriemos en modo alguno como si viviéramos rectamente y sin pecado. **Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras culpas. Las personas sin remedio son aquellas que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de las demás.** No buscan lo que hay que corregir, sino en qué pueden morder. Y, al no poderse excusar a sí mismos, están siempre dispuestos a acusar a los demás. No es así cómo nos enseña el salmo a orar y dar a Dios satisfacción, ya que dice: *Pues yo reconozco mi culpa, tengo presente mi pecado.* El que así ora no atiende a los pecados ajenos, sino que se examina a sí mismo, y no de manera superficial, como quien toca por encima, sino profundizando en su interior. No se perdona a sí mismo, y por esto precisamente puede atreverse a pedir perdón.

¿Quieres lograr el favor de Dios? Conoce lo que has de hacer contigo mismo para que Dios te sea favorable. Atiende a lo que dice el mismo salmo: *Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías*. Por tanto, ¿es que has de dejar de lado el sacrificio? ¿Significa esto que podrás aplacar a Dios sin ninguna oblación? ¿Qué dice el salmo? *Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto, no lo querrías*. Pero continúa y verás que dice: *Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias*. Dios rechaza los antiguos sacrificios, pero te enseña qué es lo que has de ofrecer. Nuestros padres ofrecían víctimas de sus rebaños, y éste era su sacrificio. *Los sacrificios no te satisfacen, pero quieres otra clase de sacrificios*.

Si te ofreciera un holocausto -dice-, no lo querrías. Si no quieres, pues, holocaustos, ¿vas a quedar sin sacrificios? De ningún modo. *Mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias*. Éste es el sacrificio que has de ofrecer. No busques en el rebaño, no prepares navíos para navegar hasta las más lejanas tierras a buscar perfumes. **Busca en tu corazón la ofrenda grata a Dios. El corazón es lo que hay que quebrantar**. Y no temas perder el corazón al quebrantarlo, pues dice también el salmo: *¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro*. **Para que sea creado este corazón puro, hay que quebrantar antes el impuro**.

Sintamos disgusto de nosotros mismos cuando pecamos, ya que el pecado disgusta a Dios. Y, ya que no estamos libres de pecado, por lo menos parezcámonos a Dios en nuestro disgusto por lo que a él le disgusta. Así tu voluntad coincide en algo con la de Dios, en cuanto que te disgusta lo mismo que odia tu Hacedor.

Conviértanse a mí y encontrarán misericordia

Del Comentario de San Jerónimo, presbítero,
sobre el libro del profeta Joel

Lectura bíblica: Jl 2, 12-17; Ez 18, 21-23; Sal 103, 8-14

San Jerónimo (340-420)

Nació en Dalmacia, una de las provincias del imperio y estudió en Roma, la capital, donde recibió una excelente formación literaria y llevó la vida de un joven de su tiempo. Era apasionado del arte de la palabra y de los grandes escritores de la antigüedad. En la noche de Pascua del año 366 recibió el bautismo. A continuación se consagró por varios años al estudio de la Escritura y a la oración. En 373 partió hacia Antioquía, donde aprendió griego y hebreo y continuó sus estudios teológicos. Vivió durante tres años como monje en el desierto y en 379 fue ordenado sacerdote. Acompañando a su obispo Paulino llegó a Constantinopla, donde escuchó las lecciones bíblicas de San Gregorio Nacianceno (379-381). De allí regresa a Roma y el Papa Dámaso le nombra su secretario (385), encargándole mejorar la versión de la Biblia al latín que entonces circulaba. Durante esos años Jerónimo se rodea de un grupo de señoras entusiastas y deseosas de conocer la Biblia y vivir más a fondo su fe cristiana. Con sus críticas enfrenta al clero romano por su estilo de vida lujoso y superficial, y cuando muere su protector el Papa Dámaso, tiene que abandonar Roma. Parte hacia Tierra Santa. Los últimos 34 años de su vida los pasa retirado en Belén, dedicado por completo a comentar y traducir las Sagradas Escrituras. Su nueva traducción de la Biblia, más tarde conocida como La Vulgata o del pueblo, se implantó apenas en un lento proceso de cinco siglos y sólo a partir del siglo décimo adquirió máxima autoridad, convirtiéndose a partir de entonces en la Biblia oficial del catolicismo hasta el Concilio Vaticano II. El principal aporte de San Jerónimo a la vida de la Iglesia fue su nueva y fiel traducción de las Sagradas Escrituras. "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo", sostenía este apasionado biblista, cuyo lema era "seguir desnudo al Cristo desnudo".

Comentario

Nadie debe desalentarse por los pecados su vida pasada para salir al encuentro del Dios rico en misericordia. En el amor divino nos aguarda un perdón sin fronteras. Sin embargo, cabe la pregunta del apóstol Pablo: “¿Te aprovechas de Dios y su inmensa bondad, paciencia y comprensión, y no reconoces que esa bondad te quiere llevar a una conversión?” (Rm 2, 4). La misericordia divina nos invita a abrazar sin tardanzas los caminos del Señor.

Conviértanse a mí de todo corazón, y que su penitencia interior se manifieste por medio del ayuno, del llanto y de las lágrimas; así, ayunando ahora, serán luego saciados; llorando ahora, podrán luego reír; lamentándose ahora, serán luego consolados. Y, ya que la costumbre tiene establecido rasgar los vestidos en los momentos tristes y adversos -como nos lo cuenta el Evangelio, al decir que el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras para dar a entender la grandeza del crimen del Salvador, o como nos dice el libro de los Hechos que Pablo y Bernabé rasgaron sus túnicas al oír las palabras blasfematorias-, así yo les digo que no rasguen sus vestiduras, sino sus corazones repletos de pecado; pues el corazón, a la manera de los odres, no se rompe nunca espontáneamente, sino que debe ser rasgado por la voluntad. **Cuando, pues, hayan rasgado de esta manera su corazón, vuelvan al Señor, su Dios, de quien se habían apartado por sus antiguos pecados, y no duden del perdón, pues, por grandes que sean sus culpas, la grandeza de su misericordia perdonará, sin duda, la enormidad de sus muchos pecados.**

Pues **el Señor** es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; él no se complace en la muerte del malvado, sino en que el malvado cambie de conducta y viva; él **no es impaciente como el hombre, sino que espera sin prisas nuestra conversión** y sabe retirar su malicia de nosotros, de manera que, si nos convertimos de nuestros pecados, él retira de nosotros sus castigos y aparta de nosotros sus amenazas, cambiando ante nuestro cambio. Cuando aquí el profeta dice que el Señor sabe retirar su malicia, por malicia no debemos entender lo que es contrario a la virtud, sino las desgracias con que nuestra vida está

amenazada, según aquello que leemos en otro lugar: *Bástale a cada día su desgracia*, o bien aquello otro: *¿Sucede una desgracia en la ciudad que no la mande el Señor?*

Y, porque dice, como hemos visto más arriba, que *el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad* y que *sabe retirar su malicia*, a fin de **que la grandeza de su clemencia no nos haga descuidados en el bien**, añade el profeta: *Quizá se arrepienta y nos perdone y nos deje todavía su bendición*. Por eso, dice, yo, **por mi parte, exhorto a la penitencia y reconozco que Dios es infinitamente misericordioso**, como dice el profeta David: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa*.

Pero, como sea que no podemos conocer hasta dónde llega el abismo de las riquezas y sabiduría de Dios, prefiero ser discreto en mis afirmaciones y decir sin presunción: *Quizá se arrepienta y nos perdone*. Al decir *quizá*, ya está indicando que se trata de algo o bien imposible o por lo menos muy difícil.

Habla luego el profeta de *ofrenda y brindis para nuestro Dios*: con ello, quiere significar que, **después de habernos dado su bendición y perdonado nuestro pecado, nosotros debemos ofrecer a Dios nuestros dones**.



Cinco caminos de penitencia

De las Homilias de San Juan Crisóstomo, obispo

Lectura bíblica: Lc 18, 9-14; Mt 6, 14-15

San Juan Crisóstomo (347-407)

Nació en Antioquia, donde recibió el bautismo cuando tenía aproximadamente 20 años. Huérfano de padre -un alto oficial del ejército imperial- fue educado por su madre Antusa, una cristiana ejemplar. Se formó con excelentes profesores y se graduó de abogado, pero luego dejó la carrera para dedicarse por entero a la teología. Se retiró por seis años a vivir como monje en el desierto. Regresó a Antioquia a causa de una enfermedad y se ordenó primero de diácono (380) y después de sacerdote (386) y durante los próximos doce años ejerció como párroco y predicador en su ciudad natal. Predicaba sin descanso y se mostraba cercano a sus feligreses en sus tristezas y alegrías. Su fama se extendió hasta la propia capital imperial Constantinopla, donde, tras la muerte del arzobispo Nectario, fue electo su sucesor. Como Patriarca de Constantinopla se destacó San Juan Crisóstomo por su amor a los pobres, creando varias instituciones a su servicio. Se preocupó también por los inmigrantes godos e hizo que tuvieran un clero propio y celebraran la liturgia en su lengua. Se opuso a la corrupción del clero y vivió con gran sencillez. En sus sermones denunciaba las injusticias de los ricos y se ganó por eso el odio de la emperatriz Eudoxia, quien hábilmente se alió con el Patriarca Teófilo de Alejandría; éste conquistó el apoyo de otros 36 obispos para destituirlo de su cargo. Deportado al Cáucaso, falleció el 14 de septiembre del año 407. Su modelo cristiano era San Pablo. Fue un maestro de la interpretación bíblica, fiel a los textos e incansable para desentrañar sus riquezas. Comentó línea a línea y en profundidad el Génesis, los Evangelios de Mateo y Juan, Hechos de los Apóstoles y las cartas completas de Pablo. Se conservan casi 1500 sermones suyos. Fue el más grande predicador del Oriente cristiano y de ahí su sobrenombre “Crisóstomo” o “boca de oro”. Sus restos mortales descansan hoy en día en la Basílica de San Pedro en Roma.

Comentario

San Juan Crisóstomo nos propone aquí todo un programa práctico de renovación espiritual a través de sus cinco caminos de penitencia: reconocer las propias faltas, perdonar las ofensas recibidas, perseverar en la oración interior, compartir generosamente con los necesitados (el verdadero sentido de la limosna en la Biblia) y proceder con humildad. Nadie que quiera seguir a Jesús estará excusado de recorrer esos caminos.

¿**Q**uieren que les recuerde los diversos caminos de penitencia? Hay ciertamente muchos, distintos y diferentes, y todos ellos conducen al cielo.

El primer camino de penitencia consiste en **la acusación de los pecados**: *Confiesa primero tus pecados, y serás justificado*. Por eso dice el profeta: *Propuse: «Confesaré al Señor mi culpa», y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. Condena, pues, tú mismo, aquello en lo que pecaste, y esta confesión te obtendrá el perdón ante el Señor*, pues, quien condena aquello en lo que faltó, con más dificultad volverá a cometerlo; haz que tu conciencia esté siempre despierta y sea como tu acusador doméstico, y así no tendrás quien te acuse ante el tribunal de Dios.

Éste es un primer y magnífico camino de penitencia; hay también otro, no inferior al primero, que consiste en **perdonar las ofensas** que hemos recibido de nuestros enemigos, de tal forma que, poniendo a raya nuestra ira, olvidemos las faltas de nuestros hermanos; obrando así, obtendremos que Dios perdone aquellas deudas que ante él hemos contraído; he aquí, pues, un segundo modo de expiar nuestras culpas *Porque si ustedes perdonan al prójimo sus faltas -dice el Señor-, también su Padre celestial perdonará las de ustedes*.

¿Quieres conocer **un tercer camino de penitencia**? Lo tienes en **la oración ferviente y continuada**, que brota de lo íntimo del corazón.

Si deseas que te hable aún de **un cuarto camino**, te diré que **lo tienes en la limosna**: ella posee un grande y extraordinario poder.

También, si eres humilde y obras con modestia, en este proceder encontrarás, no menos que en cuanto hemos dicho hasta aquí, **un modo de destruir el pecado**: De ello tienes un ejemplo en aquel publicano, que, si bien no pudo recordar ante Dios su buena conducta, en lugar de buenas obras presentó su humildad y se vio descargado del gran peso de sus muchos pecados.

Te he recordado, pues, cinco caminos de penitencia: primero, la acusación de los pecados; segundo, el perdonar las ofensas de nuestro prójimo; tercero, la oración; cuarto, la limosna; y quinto, la humildad.

No te quedes, por tanto, ocioso, antes procura caminar cada día por la senda de estos caminos: ello, en efecto, resulta fácil, y no te puedes excusar alegando tu pobreza, pues, aunque vivieres en gran penuria, podrías renunciar a tu ira y mostrarte humilde, podrías orar de manera constante y confesar tus pecados; la pobreza no es obstáculo para dedicarte a estas prácticas. Pero, ¿qué estoy diciendo? La pobreza no impide de ninguna manera el andar por aquel camino de penitencia que consiste en seguir el mandato del Señor, distribuyendo los propios bienes -hablo de la limosna- pues esto lo realizó incluso aquella viuda pobre que dio sus dos pequeñas monedas.

Ya que has aprendido con estas palabras a sanar tus heridas, decídate a usar de estas medicinas, y así, recuperada ya tu salud, podrás acercarte confiado a la mesa santa y salir con gran gloria al encuentro del Señor, rey de la gloria, y alcanzar los bienes eternos por la gracia, la misericordia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Sobre las etapas del camino hacia Dios

De los Sermones de San Bernardo, abad

Lectura bíblica: Sal 130

San Bernardo (ver p. 44)

Comentario

Si el conocimiento de nuestras culpas nos humilla y exhorta a la conversión, el conocimiento de Dios devuelve la alegría y esperanza a nuestro corazón. San Bernardo muestra cuatro etapas a seguir en el ascenso hacia Dios: abrazar a Cristo, reconocernos pecadores, implorar su gracia y elevarnos encima de nosotros mismos hacia “la voluntad divina en sí misma”. ¿Pero cuál es esa voluntad? ¿dónde y cómo encontrarla? Ciertamente, en el Reino de Dios vivido y proclamado por Jesús de Nazaret en las bienaventuranzas. A sus seguidores no nos basta con alejarnos del mal, sino que aspiramos a la comunión con Dios y a orientar nuestra vida según los grandes valores del Reino: la misericordia, el amor, la justicia, la verdad, la no-violencia y la paz... Valores por los que Jesús de Nazaret entregó su vida y fue crucificado.

Refugiémonos en Cristo, nuestra fortaleza, y aferrémonos con todas nuestras fuerzas al Señor, la roca sólida y siempre firme, y podremos decir con el profeta, como está escrito: *Afianzó mis pies en la roca y aseguró mis pasos*. Consolidados así y afianzados podremos contemplar y escuchar lo que él nos diga y sabremos cómo responder cuando él nos reprenda.

El primer grado de esta contemplación, amados hermanos, consiste en considerar atentamente cuál sea la voluntad del Señor y qué es lo aceptable a sus ojos. Y, **como todos pecamos con frecuencia y nuestro orgullo ofende muchas veces su santísima voluntad y no se apega ni conforma a lo que el Señor desea, es necesario que nos humillemos bajo la poderosa mano del Dios altísimo y procuremos con empeño**

presentarnos ante él con espíritu humilde, diciendo: *Sáname, Señor; y quedaré sano, sálvame y quedaré a salvo.* Y también aquello otro: *Señor; ten misericordia, sáname, porque he pecado contra ti.*

Cuando estos pensamientos hayan ya purificado la mirada de nuestro corazón, en vez de andar según la amargura de nuestro espíritu nos dejaremos llevar del Espíritu de Dios y viviremos alegres, sin preocuparnos ya de cuál sea la voluntad de Dios sobre nosotros, sino interesándonos más bien sobre cuál sea la voluntad divina en sí misma.

Y, ya que *en su voluntad está la vida*, no podemos dudar lo más mínimo de que nada encontraremos que nos sea más útil y provechoso que aquello que concuerda con el querer divino. Por tanto, si en verdad queremos conservar la vida de nuestra alma, **procuremos con solicitud no desviarnos en lo más mínimo de la voluntad de Dios.**

Y, cuando hayamos ya progresado algún tanto en la vida espiritual, guiados por el Espíritu Santo, que escudriña los más altos misterios de Dios, dediquémonos a contemplar cuán suave es el Señor y cuán bueno es en sí mismo; y con el profeta supliquémosle que nos manifieste cuál sea su voluntad, para que pongamos nuestra mansión no en nuestro pobre corazón humano, sino en su santo templo; así podremos repetir con el mismo profeta: *Mi alma se acongoja, te recuerdo.*

Pues hay que advertir que la plenitud de nuestra vida espiritual se encuentra en estas dos cosas: en aquella reflexión sobre nosotros mismos, que nos turba y entristece de cara a la conversión, y en la contemplación de Dios, que nos llena del gozo y del consuelo del Espíritu Santo; lo primero engendra en nosotros el temor y la humildad, lo segundo alumbra en nuestro interior el amor y la esperanza.

5. Cristo es el camino



El camino para llegar a la vida verdadera

Del Comentario de Santo Tomás de Aquino, presbítero,
sobre el evangelio de San Juan

Lectura bíblica: Jn 14, 6-7

Santo Tomás de Aquino (1224-1274)

Aunque descendía de la clase social más alta de su tiempo, ingresó como fraile a la Orden de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán, que hacía su apostolado entre los más pobres. Para cumplir su ideal enfrentó y venció la resistencia de su familia. Estudió en Italia, Alemania y Francia. En la ciudad alemana de Colonia fue discípulo de San Alberto Magno. Enseñó teología en la famosa Universidad de París y asimiló al cristianismo las ideas del gran pensador griego Aristóteles (384-322 a.C.), que recién se divulgaban entonces en Europa y constituían una gran novedad. Por tal innovación tres años después de su muerte el obispo de París condenó su doctrina, pero cincuenta años después la Iglesia rectificó y pasó a considerar a Tomás de Aquino como uno de sus teólogos más profundos y geniales. El Papa León XIII (1878-1903) presentó su doctrina como fundamento de la teología y el pensamiento católico. Su gigantesca obra está escrita en lenguaje sencillo y preciso, y resume y profundiza el saber teológico acumulado hasta entonces por la Iglesia. Detrás de su estilo reflexivo palpita una profunda piedad. Tomás de Aquino, además de teólogo, era un místico que vivía en profunda e íntima comunión con Dios.

Comentario

En estos párrafos de Santo Tomás de Aquino se expresa el predicador dominico abordando uno de sus temas preferidos: “Yo soy el camino”. ¿Hacia dónde dirigir nuestra búsqueda? ¿Dónde encontrar el bien y la verdad que anhelamos y nos hagan felices? Ante tantas falsas promesas de felicidad como hoy nos rodean, sigue siendo válida la respuesta cristiana de todos los tiempos: en Jesucristo, camino, verdad y vida.

Si buscas por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque él es el camino: *Éste es el camino, caminen por él.* Y San Agustín dice: «Camina a través del hombre y llegarás a Dios.» **Es mejor andar por el camino, aunque sea cojeando, que caminar rápidamente fuera de camino.** Porque el que va cojeando por el camino, aunque adelante poco, se va acercando a la meta; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre, tanto más se va alejando de la meta.

Si buscas a dónde has de ir, aférrate a Cristo, porque él es la verdad a la que deseamos llegar: *Mi paladar repasa la verdad.* Si buscas dónde has de quedarte, aférrate a Cristo, porque él es la vida: *quien me alcanza encuentra la vida y obtiene el favor del Señor.*

Aférrate, pues a Cristo, si quieres vivir seguro; es imposible que te desvíes, porque él es el camino. Por esto, los que a él se agarran no van descaminados, sino que van por el camino recto. Tampoco pueden verse engañados, ya que él es la verdad y enseña la verdad completa, pues dice: *Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para declarar, como testigo, a favor de la verdad.* Tampoco pueden verse decepcionados, ya que él es la vida y dador de vida, tal como dice: *Yo he venido para que tengan vida, y que la tengan en abundancia.*

Ser cristiano es asemejarse a Cristo

Del Tratado de San Gregorio de Nisa, obispo,
Sobre el perfecto modelo del cristiano

Lectura bíblica: 2 Co 13, 5 - 6; Ef 4, 17- 5, 1

San Gregorio de Nisa (335-394)

Hermano menor de San Basilio de Cesarea y de Santa Macrina, poseía una inteligencia penetrante y un corazón ardiente. Durante su juventud estudió por su cuenta a los grandes pensadores griegos y aprendió a expresarse con elegancia y belleza. Recibió el bautismo ya adulto y se

casó con Teosebia, fina mujer que compartía sus mismas inclinaciones espirituales y moriría pronto. Pasó varios años de retiro en el Ponto, dedicado a la oración y el estudio de la Sagrada Escritura. Obligado por las circunstancias a abandonar esa forma de vida tan acorde a sus inclinaciones, aceptó el cargo de obispo de la pequeña ciudad de Nisa en Cesarea (371). De su diócesis fue expulsado por intrigas de sus enemigos y volvió triunfalmente a ella en 381. Participó en Constantinopla en el segundo concilio ecuménico (381), donde impartió el discurso inaugural. Su “Vida de Moisés” describe el ascenso del alma hacia Dios y su “Gran Catecismo” expone ordenadamente la doctrina cristiana. Junto con su hermano Basilio contribuyó decisivamente a desarrollar la doctrina católica de la Santísima Trinidad, por lo que ha tenido una influencia enorme.

Comentario

¿Será posible mayor brevedad al describir el objetivo de la vida cristiana? Conformar nuestros pensamientos, palabras y obras a los de Cristo. De esa norma básica y fundamental extrae San Gregorio el criterio de discernimiento para nuestra propia conducta: todo aquello que nos acerque a Cristo es bueno, y malo lo que nos aleje de él.

Hay tres cosas que manifiestan y distinguen la vida del cristiano: la acción, la manera de hablar y el pensamiento. De ellas, ocupa el primer lugar el pensamiento; viene en segundo lugar la manera de hablar, que descubre y expresa con palabras el interior de nuestro pensamiento; en este orden de cosas, al pensamiento y a la manera de hablar sigue la acción, con la cual se pone por obra lo que antes se ha pensado. Siempre, pues, que nos sintamos impulsados a obrar, a pensar o a hablar, **debemos procurar que todas nuestras palabras, obras y pensamientos tiendan a conformarse con la norma divina del conocimiento de Cristo**, de manera que no pensemos, digamos ni hagamos cosa alguna que se aparte de esta regla suprema.

Todo aquel que tiene el honor de llevar el nombre de Cristo debe necesariamente examinar con diligencia sus pensamientos, palabras

y obras, y ver si tienden hacia Cristo o se apartan de él. Este exámen puede hacerse de muchas maneras. Por ejemplo, toda obra, pensamiento o palabra que vayan mezclados con alguna perturbación no están, de ningún modo, de acuerdo con Cristo, sino que llevan el sello del adversario, el cual se esfuerza en mezclar con las perlas el lodo de la perturbación, con el fin de afejar y destruir el brillo de la piedra preciosa.

Por el contrario, todo aquello que está limpio y libre de toda turbia impresión tiene por objeto al autor y príncipe de la tranquilidad, que es **Cristo**; él es la fuente pura e incorrupta, de manera que **el que bebe y recibe de él sus impulsos y afectos internos ofrece una semejanza con su principio y origen**, como la que tiene el agua nítida del cántaro con la fuente de la que procede.

En efecto, es la misma y única nitidez la que hay en Cristo y en nuestras almas. Pero con la diferencia de que Cristo es la fuente de donde nace esta nitidez, y nosotros la tenemos procedente de esta fuente. Es Cristo quien nos comunica el adorable conocimiento de sí mismo, para que como humanos, tanto en lo interno como en lo externo, nos ajustemos y adaptemos, por la moderación y rectitud de nuestra vida, a este conocimiento que proviene del Señor, dejándonos guiar y mover por él. **En esto consiste (a mi parecer) la perfección de la vida cristiana: en que, hechos partícipes del nombre de Cristo por nuestro apelativo de cristianos, pongamos de manifiesto, con nuestros sentimientos, con la oración y con nuestro género de vida, el poder de este nombre.**

El camino de la luz

De la llamada Carta de Bernabé

Lectura bíblica: Tob 4, 5-11.14-19

Carta de Bernabé

Comentario

En la antigüedad se atribuyó por error al apóstol Bernabé, compañero de Pablo en sus viajes misioneros. En realidad no sabemos quién la escribió, pero sí que es un escrito de los tiempos apostólicos, divulgado entre comunidades cristianas de origen judío. El pasaje seleccionado aborda el tema del camino de la luz, opuesto al de las tinieblas. Tanto el Salmo 1 como los consejos de Tobit a su hijo Tobías claramente indican que se trata de un tema muy popular, proveniente del Antiguo Testamento. Para la Carta de Bernabé el camino de la luz pasa ahora por el acontecimiento salvador de Jesucristo. Caminar por el sendero de la luz es ya parte del seguimiento de Cristo. Sus recomendaciones pertenecieron desde un inicio al ideal cristiano de vida y mantienen plena actualidad.

El camino de la luz es como sigue: el que quiera llegar al lugar señalado de antemano ha de esforzarse al hacerlo con sus obras. Ahora bien, se nos ha dado a conocer cómo debemos andar este camino. Ama a Dios, que te creó; venera al que te formó; glorifica al que te redimió de la muerte; sé sencillo de corazón y rico en el espíritu; no te juntes a los que van por el camino que lleva a la muerte; aborrece todo aquello que desagrada a Dios; aborrece toda simulación; no olvides los mandamientos del Señor. No te ensalces a ti mismo, sé humilde en todo; no te arroges la gloria a ti mismo. No maquines el mal contra tu prójimo; guarda tu alma de la arrogancia.

Ama a tu prójimo más que a tu propia vida. No cometas aborto, ni mates tampoco al recién nacido. No descuides la educación de tu hijo o hija, sino enséñales desde su infancia el temor de Dios. No desees los bienes de tu prójimo ni seas avaro; tampoco te juntes de buen grado con los soberbios, antes procura frecuentar el trato de los humildes y justos.

Cualquier cosa que te suceda recíbela como un bien, consciente de que nada pasa sin que Dios lo haya dispuesto. No seas inconstante ni hipócrita, porque la hipocresía es un lazo mortal.

Comparte todas las cosas con tu prójimo y no tengas nada como tuyo, pues **si todos comparten y son a la vez dueños de los bienes incorruptibles, ¿cuánto más no deben compartir los corruptibles?** No seas precipitado en el hablar, porque la boca es un lazo mortal. Procura al máximo la castidad (*o dominio de la propia sexualidad*), en bien de tu alma. No seas fácil en abrir tu mano para recibir y en cerrarla para dar. **A todo el que te comunica la palabra de Dios ámalo como a las niñas de tus ojos.**

Recuerda día y noche el día del juicio y busca constantemente la presencia de los santos, ya sea argumentando, exhortando y meditando con qué palabras podrás salvar un alma, ya sea trabajando con tus manos para obtener la redención de tus pecados.

No seas indispuesto para dar, ni des de mala gana, sino ten presente cuán bueno es el que te ha de premiar por tu generosidad. Conserva la doctrina recibida, sin añadirle ni quitarle nada. El malo ha de serte siempre odioso. Juzga con justicia. No seas causa de enfrentamientos, antes procura reconciliar a los que pelean entre sí. Confiesa tus pecados. No vayas a la oración con mala conciencia. Éste es el camino de la luz.

Ser sal y luz del mundo

De las Homilias de San Juan Crisóstomo, obispo,
sobre el evangelio de San Mateo

Lectura bíblica: Mt 5, 13-16

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

He aquí un botón de muestra de la predicación de San Juan Crisóstomo, en que lo vemos perseguir sin tregua las palabras evangélicas hasta extraerles su riqueza. Claramente sitúa aquí al cristiano en el amplio horizonte del mundo, sin limitar su tarea a la esfera personal y familiar. La renovación que trae Cristo debe abarcar al mundo entero. Debemos “ordenar todo el universo hacia Cristo” diría en nuestro tiempo el Concilio Vaticano II (AL 2).

Ustedes son la sal de la tierra. Es como si les dijera: «El mensaje que se les comunica no va destinado a ustedes solos, sino que han de transmitirlo a todo el mundo. **Porque no los envío a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera los envío a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo por cierto muy mal dispuesto.**» Porque al decir: *Ustedes son la sal de la tierra*, enseña que todos los hombres han perdido su sabor y están corrompidos por el pecado. Por ello, exige sobre todo de sus discípulos aquellas virtudes que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás. En efecto, la mansedumbre, la moderación, la misericordia, la justicia son unas virtudes que no quedan limitadas al provecho propio del que las posee, sino que son como unas fuentes muy conocidas que manan también en provecho de los demás. Lo mismo podemos afirmar de la pureza de corazón, del amor a la paz y a la verdad, ya que el que posee estas cualidades las hace rebosar en utilidad de todos.

«No piensen -viene a decir- que el combate al que se los llama es de poca importancia y que la causa que se les encomienda es escasa: *Ustedes son las sal de la tierra.*» ¿Significa esto que ellos restablecieron lo que estaba podrido? En modo alguno. De nada sirve echar sal a lo que ya está podrido. Su labor no fue ésta; lo que ellos hicieron fue echar sal y conservar, así, lo que el Señor había antes renovado y liberado de la podredumbre, se lo encomendó después a ellos. **Porque liberar de la podredumbre del pecado fue obra del poder de Cristo; pero el no recaer en aquella podredumbre era obra de la diligencia y esfuerzo de sus discípulos.** ¿Te das cuenta de cómo va enseñando gradualmente que éstos son superiores a los profetas? No dice, en efecto, que hayan de ser maestros de Palestina, sino de todo el mundo.

«No les extrañe, pues -viene a decirles-, si, dejando ahora de lado a los demás, les hablo a ustedes solos y les enfrento a tan grandes peligros. Consideren a cuántas y cuán grandes ciudades, pueblos, naciones les he de enviar en calidad de maestros. Por esto, no quiero que sean ustedes solos prudentes, sino que hagan también prudentes a los demás. y muy grande ha de ser la prudencia de aquellos que son responsables de la salvación de los demás, y muy grande ha de ser su virtud, para que puedan comunicarla a los otros. Si no es así, ni tan siquiera podrán bastarse a ustedes mismos.

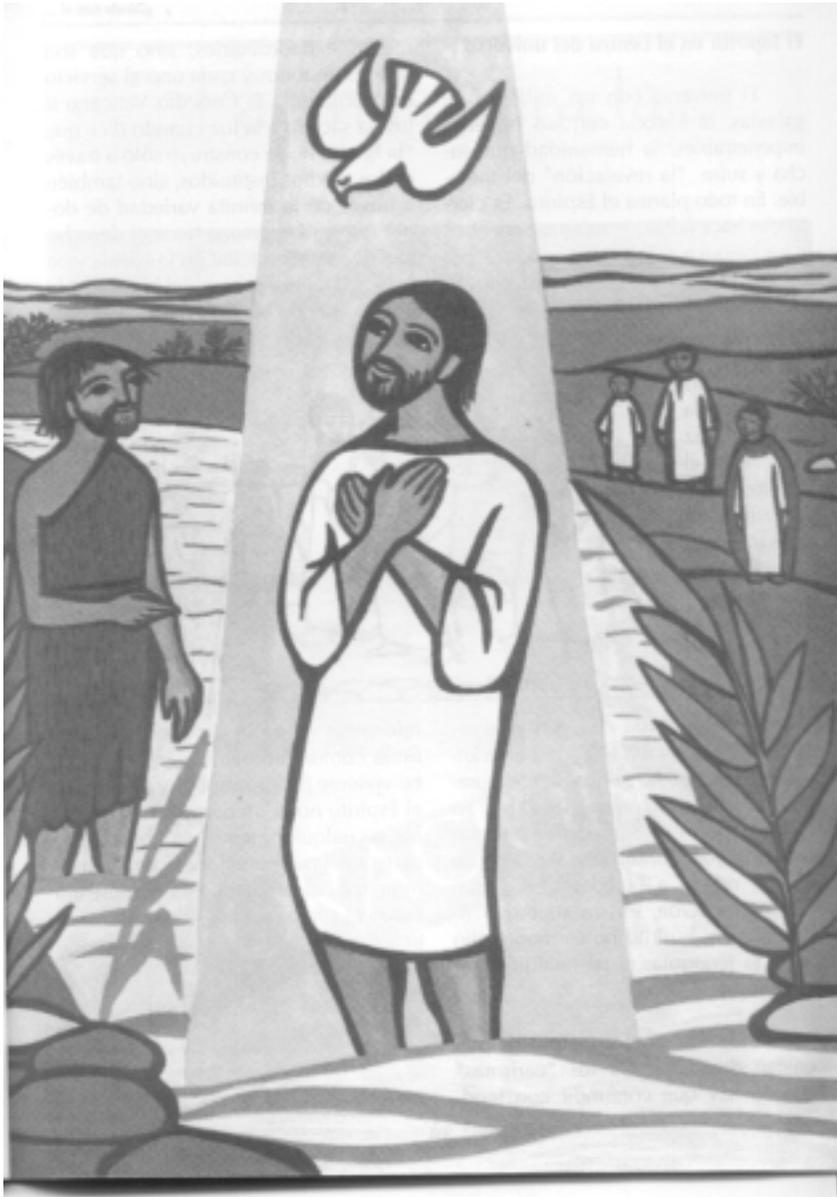
En efecto, si los otros han perdido el sabor, pueden recuperarlo por el ministerio de ustedes; pero si son ustedes los que se vuelven insípidos, arrastrarán también a los demás con su perdición. Por esto, cuanto más importante es el asunto que se les encomienda, más grande debe ser su solicitud.» y así, añade: *Si la sal pierde su sabor; ¿con qué la van a salar? No vale para otra cosa, sino para tirarla fuera y que la pise la gente.* Para que no teman lanzarse al combate, al oír aquellas palabras: *Cuando los insulten y persigan y divulguen contra ustedes toda clase de calumnias,* les dice de igual modo: «Si no están dispuestos a tales cosas, en vano han sido elegidos. **Lo que hay que temer no es el mal que digan contra ustedes, sino la simulación de parte de ustedes; entonces sí que perderían su sabor y serían pisoteados.** Pero si

ustedes no aflojan en presentar el mensaje con toda su claridad, si después oyen hablar mal de ustedes, alégrense. Porque lo propio de la sal es morder y arder a los que llevan una vida fácil.

Por tanto, estas habladurías son inevitables y en nada les perjudicarán, antes serán prueba de su firmeza. Mas si, por temor a ellas, ceden en el ardor conveniente, peor será su sufrimiento, ya que entonces todos hablarán mal de ustedes y todos los despreciarán; en esto consiste el ser pisoteado por la gente.»

A continuación, propone una comparación más elevada: *Ustedes son la luz del mundo*. De nuevo se refiere al mundo, no a una sola nación ni a veinte ciudades, sino al orbe entero; **luz que, como la sal de que ha hablado antes, hay que entenderla en sentido espiritual, luz más excelente que los rayos de este sol que nos ilumina. Habla primero de la sal, luego de la luz, para que entendamos el gran provecho que se sigue de una predicación clara, de unas enseñanzas tan exigentes.** Esta predicación, en efecto, es como si nos atara, impidiendo nuestra dispersión, y nos abre los ojos al enseñarnos el camino de la virtud. *No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto del monte; ni se enciende una lámpara para meterla bajo el celemín.* Con estas palabras, **insiste el Señor en la perfección de vida que han de llevar sus discípulos y en la vigilancia que han de tener sobre su propia conducta, ya que ella está a la vista de todos, y el ruedo en que se desarrolla su combate es el mundo entero.**

6. Consagrados por el bautismo



Cristo se sumerge en las aguas de nuestro bautismo

De los Sermones de San Máximo de Turín, obispo

Lectura bíblica: Lc 3, 21-22

San Máximo de Turín (380-465)

Fue el primer obispo de la ciudad italiana de Turín, donde adquirió fama de gran predicador. Existe una colección de magníficos sermones suyos, breves y de gran contenido teológico.

Comentario

Con frecuencia nos preguntamos porqué tuvo que bautizarse Jesús si no tenía pecado y cuál es el sentido de su bautismo. San Máximo avanza una respuesta: debía consagrar las aguas en las que luego todos y todas seríamos renovados. Su bautismo, como el nuestro, fue un renacimiento, porque en el Jordán quedó manifiesto que Jesús era el Hijo de Dios. La fiesta del bautismo del Señor se celebra pocos domingos después de la Navidad, por ser como otro nacimiento.

El Evangelio nos explica que el Señor fue al río Jordán para ser bautizado en él, y que allí quiso ser consagrado con celestiales misterios. No sin razón celebramos esta festividad después del día de Navidad -aunque ambos hechos están separados por varios años-, ya que en cierto modo también esta fiesta viene a ser como un nacimiento.

El día de Navidad nació para los hombres, hoy renace por los sagrados misterios; entonces fue dado a luz por la Virgen, hoy es engendrado por obra de unos signos celestiales. Al nacer según la naturaleza humana, su madre María lo abrazó en su seno; ahora, al ser engendrado místicamente, es como si Dios Padre lo abrazara afectuosamente con aquella voz: *Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, escúchenlo.* María mece suavemente al recién nacido en sus rodillas, el padre atestigua con su voz su afecto para con su

Hijo; la madre lo ofrece a los magos para que lo adoren, el Padre lo da a conocer a todos los hombres para que le rindan culto.

Así, pues, el Señor Jesús viene para ser bautizado y quiere que su cuerpo santo sea lavado en las aguas del Jordán.

Alguien dirá quizás: «Si era santo, ¿por qué quiso ser bautizado?» Escucha, pues, lo siguiente: Cristo es bautizado no para ser él santificado por las aguas, sino para que las aguas sean santificadas por él, y para purificarlas con el contacto de su cuerpo. Más que de una consagración de Cristo, se trata de una consagración de la materia del bautismo.

Desde el momento en que Cristo se sumerge en el agua, toda ella queda limpia con miras a nuestro bautismo, y es purificada la fuente para que los pueblos venideros puedan recibir la gracia bautismal. Cristo, pues, marcha él primero al bautismo, para que los cristianos sigan confiadamente tras él.

En esto adivino yo un significado misterioso: también la columna de fuego iba por delante en el mar Rojo, para que los israelitas siguieran decididamente tras ella; ella penetró la primera en las aguas para preparar el camino a los que irían en pos de ella. Este hecho, como dice el Apóstol, era un símbolo del bautismo. Y fue ya en cierto modo como un bautismo en el que los hombres eran cubiertos por la nube y llevados por las aguas.

Todo ello es obra de Cristo el Señor, pues era él quien precedía entonces en el mar a los israelitas, en la columna de fuego, y es él quien precede ahora al pueblo cristiano en el bautismo, en la columna de su cuerpo. **La misma columna que entonces iluminaba los pasos de los que la seguían proporciona ahora su luz a los corazones de los creyentes; entonces abrió en medio de las olas un camino firme, ahora, en el baño bautismal, robustece los pasos del creyente.**

**Si descendemos con Él al agua del bautismo
también subiremos con Él**

De las Disertaciones de San Gregorio Nacianceno, obispo
Lectura bíblica: Mt 3, 13-17

San Gregorio de Nacianzo (329-390)

Hijo de un obispo católico casado (costumbre aún vigente en la Iglesia de aquel entonces, según 1 Tim 3, 2), recibió su formación cristiana en Cesarea y Alejandría; posteriormente estudió 10 años en la famosa Universidad de Atenas, donde estrechó amistad con su paisano San Basilio. En 357 recibió el bautismo y se retiró a vivir como monje. Su padre le presionó para que aceptara ser ordenado sacerdote en 362; entre tanto, San Basilio ahora era arzobispo de Cesarea y batallaba tenazmente en varios frentes, por lo que necesitó de su apoyo y le nombró obispo de Sásima en 371. Pero Gregorio se resistía a ocupar su pequeña e insignificante diócesis y la dejó vacante. Su propio padre tuvo que exhortarle para que al menos regresara a Nacianzo y le sirviera allí de obispo auxiliar. Cuando murió su padre de casi 100 años, asumió por corto tiempo como su sucesor. Luego se retiró otra vez, en contra del parecer de todos los obispos vecinos. Finalmente fue llamado con urgencia a la capital Constantinopla en el año 379, para pastorear a la debilitada comunidad católica de la capital. Los católicos sufrían entonces el embate de los arrianos, secta que había conquistado al emperador Valente y gran número de obispos. Gregorio tuvo enorme éxito con sus sermones: no sólo fortaleció a su comunidad, sino que atrajo incluso a quienes se habían alejado. San Jerónimo fue su oyente en esa etapa. En 381, con el apoyo del nuevo emperador Teodosio -que se opuso a los arrianos y apoyó al catolicismo- resultó electo Patriarca de la capital por el concilio de Constantinopla, pero renunció ante las mezquinas intrigas de los obispos egipcios. Regresó brevemente a Nacianzo y luego se retiró definitivamente a la finca de Arianzo, donde había nacido. Murió en 390. Fue un gran orador y brillante teólogo. Contribuyó a establecer la doctrina de la Santísima Trinidad. Era ante todo poeta, pensador y místico.

Comentario

Por nuestro propio bautismo participamos también del bautismo de Cristo y del don del Espíritu. Él ha sido iluminado en el Jordán y su luz resplandece ahora sobre nosotros. Esa luz es plena ya en Cristo y parcial en nosotros, hasta que alcancemos la fuente de toda luz en la eternidad. Estamos mientras tanto llamados a unirnos cada vez más íntimamente al Señor para ser junto con Él luz del mundo.

Cristo es hoy iluminado, dejemos que esta luz divina nos penetre también a nosotros; Cristo es bautizado, bajemos con él al agua, para luego subir también con él.

Juan está bautizando, y Jesús acude a él; posiblemente para santificar al mismo que lo bautiza; con toda seguridad para sepultar en el agua a todo el viejo Adán; antes de nosotros y por nosotros, el que era espíritu y carne santifica el Jordán, para así iniciarnos por el Espíritu y el agua en los sagrados misterios.

El Bautista se resiste, Jesús insiste. *Soy yo quien debo ser bautizado por ti*, le dice la lámpara al Sol, la voz a la Palabra, el amigo al Esposo, el más grande entre los nacidos de mujer al Primogénito de toda criatura, el que había saltado de gozo ya en el seno materno al que había sido adorado también en el seno de su madre, el que lo había precedido y lo precederá al que se había manifestado y se manifestará. *Soy yo quien debo ser bautizado por ti*; podía haber añadido: «y por causa de ti.» Él, en efecto, sabía con certeza que recibiría más tarde el bautismo del martirio y que, como a Pedro, le serían lavados no sólo los pies, sino todo su cuerpo.

Pero, además, Jesús sube del agua; lo cual nos recuerda que hizo subir al mundo con él hacia lo alto, porque en aquel momento ve también cómo el cielo se rasga y se abre, aquel cielo que Adán había cerrado para sí y para su descendencia, como había hecho que se le cerrase la entrada al paraíso con una espada de fuego.

El Espíritu atestigua la divinidad de Cristo, acudiendo a él como a su igual; y una voz bajó del cielo, ya que del cielo procedía aquel de quien testificaba esta voz; y el Espíritu se apareció en forma corporal de una paloma, para honrar así el cuerpo de Cristo, que es también divino por su excepcional unión con Dios. Muchos siglos atrás fue asimismo una paloma la que anunció el fin del diluvio.

Honremos hoy, pues, el bautismo de Cristo y celebremos como es debido esta festividad.

Procuren una limpieza de espíritu siempre en aumento. **Nada agrada tanto a Dios como la conversión y salvación de la persona humana, ya que para ella tienen lugar todas estas palabras y misterios; sean como lumbreras en medio del mundo, como una fuerza vital para las demás personas;** si así lo hacen, llegarán a ser luces perfectas en la presencia de aquella gran luz, impregnados de sus resplandores celestiales, iluminados de un modo más claro y puro por la Trinidad, de la cual han recibido ahora, con menos plenitud, un único rayo proveniente de la única Divinidad, en Cristo Jesús, nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

El agua salvadora del bautismo es a la vez sepulcro y madre

De las Catequesis de San Cirilo de Jerusalén

Lectura bíblica: Rom 6, 3 - 5

San Cirilo de Jerusalén (ver p. 59)

Comentario

El pasaje nos trae a la memoria el antiguo rito bautismal de Jerusalén, por el que los fieles se sumergían por entero en el agua para simbolizar el paso de la muerte a la vida. El agua simboliza a la vez muerte (inundaciones, huracanes) y vida (lluvia que hace renacer a la naturaleza). Por el bautismo participamos sacramentalmente de la crucifixión y resurrección de Cristo, obteniendo así el don de la salvación.

Ustedes fueron conducidos a la sagrada piscina bautismal, del mismo modo que Cristo fue llevado desde la cruz al sepulcro preparado.

Y se les preguntó a cada uno personalmente si creían en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y, después de haber hecho esta saludable profesión de fe, fueron sumergidos por tres veces en el agua, y otras tantas sacados de ella; y con ello expresaron de un modo simbólico los tres días que estuvo Cristo en el sepulcro.

Porque, así como nuestro Salvador estuvo tres días con sus noches en el vientre de la tierra, así ustedes imitaron al salir del agua por primera vez el primer día que estuvo Cristo en el sepulcro, y al introducirse en el agua imitaron la primera noche. Pues, del mismo modo que de noche no vemos nada y, en cambio, de día nos hallamos en plena luz, así también cuando estaban sumergidos nada veían, como si fuera de noche, pero al salir del agua fue como si salieran a la luz del día. **Y, así, en un mismo momento murieron y nacieron, y aquella agua salvadora fue para ustedes, a la vez, sepulcro y madre.**

Y lo que Salomón decía, en otro orden de cosas, a ustedes les viene admirablemente; decía, en efecto: *tiene su tiempo el nacer y su tiempo el morir*. Pero con ustedes sucedió al revés: tiempo de morir y tiempo de nacer; un mismo instante realizó en ustedes ambas cosas: la muerte y el nacimiento.

¡Ah qué cosa nueva y nunca oída! No hemos muerto, ni hemos sido sepultados físicamente, ni hemos resucitado después de ser crucificados en el sentido material de estas palabras, sino que hemos llevado a cabo unas acciones que eran imagen e imitación de estas cosas, obteniendo con ello una salvación real y verdadera.

Cristo verdaderamente fue crucificado, fue sepultado y resucitó; y todo esto se nos ha dado a nosotros como un don y regalo, para que, siendo por la imitación partícipes de sus dolores, adquiramos, de un modo real, nuestra salvación!

¡Oh amor tan abundante para con los hombres! Cristo recibió los clavos en sus inmaculados pies y manos, y experimentó el dolor; y a mí, sin dolor ni esfuerzo alguno, se me da como regalo la salvación por la comunicación de sus dolores.

Nadie piense, pues, que el bautismo consiste únicamente en el perdón de los pecados y en la gracia de la adopción como era el caso del bautismo de Juan, que otorgaba tan sólo el perdón de los pecados, sino que, como bien sabemos, **el bautismo de Cristo no sólo nos purifica de nuestros pecados y nos concede el don del Espíritu Santo, sino que también es modelo y signo sensible de su pasión.** En este sentido exclamaba el apóstol Pablo: *Cuantos en el bautismo fuimos sumergidos en Cristo Jesús fuimos sumergidos en su muerte. Por nuestro bautismo fuimos, pues, sepultados con él, para participar de su muerte.*

El unguento bautismal nos da el Espíritu Santo

De las Catequesis de San Cirilo de Jerusalén

Lectura bíblica: Gál 3, 26 – 29; Rom 8, 15 – 17; Ef 1, 13 – 14

San Cirilo de Jerusalén (ver p. 59)

Comentario

Continúa la catequesis de San Cirilo reflexionando ahora sobre la unción bautismal. Si Cristo ha sido ungido directamente por el Espíritu Santo, nosotros lo somos a través del aceite con que se nos unge en el bautismo. Así como el pan eucarístico, tras la invocación del Espíritu, se transforma en el cuerpo de Cristo, el aceite, transformado por el mismo Espíritu, posee la gracia de santificarnos. Mas esa gracia es como una semilla que sólo da frutos si la cultivamos.

Bautizados en Cristo y habiéndose revestidos de Cristo, han adquirido una condición semejante a la del Hijo de Dios. Pues Dios, que nos destinó

de antemano a la adopción de hijos suyos, nos hizo conformes al cuerpo glorioso de Cristo. Por esto, hechos partícipes de Cristo (que significa Ungido), no sin razón son ustedes llamados ungidos; y refiriéndose a ustedes dijo el Señor: *No toquen a mis ungidos.*

Fueron hechos cristos (o ungidos) cuando recibieron el signo del Espíritu Santo, todo se realizó en ustedes en imagen, ya que son imagen de Cristo. Él, en efecto, al ser bautizado en el río Jordán, salió del agua, después de haberle comunicado a ella el oloroso aroma de su divinidad, y entonces bajó sobre él el Espíritu Santo en persona, y se posó sobre él como sobre su semejante.

De manera similar ustedes, después que subieron de la piscina bautismal, recibieron el crisma, símbolo del Espíritu Santo con que fue ungido Cristo. Respecto a lo cual, Isaías, en una profecía relativa a sí mismo, pero en cuanto que representaba al Señor, dice: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido; me ha enviado para dar la buena noticia a los pobres.*

Cristo no fue ungido por los hombres con aceite o ungüento material, sino que el Padre, al señalarlo como salvador de todo el mundo, lo ungió con el Espíritu Santo. Como dice Pedro: *Dios ungió a Jesús de Nazaret con poder del Espíritu Santo;* y en los salmos de David hallamos estas palabras: *Tu trono, ¡oh Dios!, permanece para siempre; cetro de rectitud es tu cetro real; has amado la justicia y odiado la impiedad: por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido con aceite de júbilo entre todos tus compañeros.*

El Señor fue ungido con un aceite de júbilo espiritual, esto es, con el Espíritu Santo, el cual es llamado aceite de júbilo porque es el autor del júbilo espiritual; pero **ustedes, al ser ungidos materialmente, han sido hechos partícipes de la naturaleza de Cristo.**

Por lo demás, **no pienses que es éste un ungüento común y corriente.**

Pues, del mismo modo que el pan eucarístico, después de la invocación del Espíritu Santo, no es pan corriente, sino el cuerpo de Cristo, así también este santo unguento, después de la invocación, ya no es un unguento simple o común, sino el don de Cristo y del Espíritu Santo, ya que realiza, por la presencia de la divinidad, aquello que significa! Tu frente y los sentidos de tu cuerpo son ungidos simbólicamente y, por esta unción visible de tu cuerpo, el alma es santificada por el Espíritu Santo, dador de vida.

**Por el bautismo
renacemos en Cristo**

De la Apología primera de San Justino, mártir, a favor de los cristianos
Lectura bíblica: Ti 3, 3 – 7; He 18, 7 - 8

San Justino (¿ - 167)

Nació en Flavia Neápolis, una ciudad romana de Palestina situada donde antes quedaba la antigua Siquem; sus padres fueron paganos y él se dedicó al estudio de los grandes pensadores griegos de la antigüedad. Fue un intelectual consagrado a la búsqueda de la verdad. El heroísmo de los mártires cristianos provocó su conversión al cristianismo. A partir de ahí, puso sus grandes conocimientos al servicio de la fe. En Roma fundó una escuela en tiempos del emperador Marco Aurelio (138-161). De sus numerosos escritos apenas se conservan dos libros suyos en defensa de la fe cristiana, uno dirigido a los paganos y otro a los judíos. Trata de aprovechar todo lo valioso que encuentra en los antiguos pensadores, poetas e historiadores griegos, en quienes descubre destellos de la Verdad de Cristo. “Cuanto de bueno está dicho en todos ellos nos pertenece a nosotros los cristianos”, argumentaba San Justino, pues para él la Verdad era una sola y encontraba su plenitud en Cristo. Por maquinaciones de un adversario tuvo que comparecer ante el Prefecto de Roma y por el delito de confesar su fe cristiana fue condenado a muerte con otros seis compañeros suyos. Este importante Padre del siglo II fue un laico. Sus obras las compuso en griego.

Comentario

Este precioso testimonio del siglo segundo trae a nuestra memoria aquella primera etapa de la Iglesia, en la que los aspirantes al bautismo se acercaban a las aguas bautismales tan sólo después de asimilar una sólida catequesis y haber dado señales de conversión. Tras de la conversión venía el bautismo, como sello de un compromiso cristiano definitivo. En una situación tan diferente como es la de hoy, en que los mismos bautizados necesitan de conversión, valga al menos recordar la recomendación del Catecismo de la Iglesia Católica: “El Bautismo de niños exige un catecumenado posterior al bautismo. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción que siga al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona.” (1231) En cuanto bautizados nos toca por tanto vivir la gracia bautismal, haciendo un continuo esfuerzo de conversión personal y profundización en los contenidos fundamentales de la fe.

Vamos ahora a explicar cómo nos consagramos a Dios los renovados por Cristo. A todos los que han aceptado como verdadero lo que les hemos enseñado y explicado, y se han comprometido a vivir según estas enseñanzas, se los exhorta a que pidan perdón a Dios de los pecados cometidos, con oraciones y ayunos, y nosotros nos unimos también a sus oraciones y ayunos.

Después los conducimos hasta el lugar donde se halla el agua bautismal, y allí son regenerados del mismo modo que lo fuimos nosotros, es decir, recibiendo el baño de agua en el nombre del Padre, Dios y Señor de todos, y de nuestro salvador Jesucristo y del Espíritu Santo.

Jesucristo dijo, en efecto: *El que no nace de nuevo no podrá entrar en el reino de los cielos.* Y para todos es evidente que no es posible que, una vez nacidos, volvamos a entrar en el seno materno.

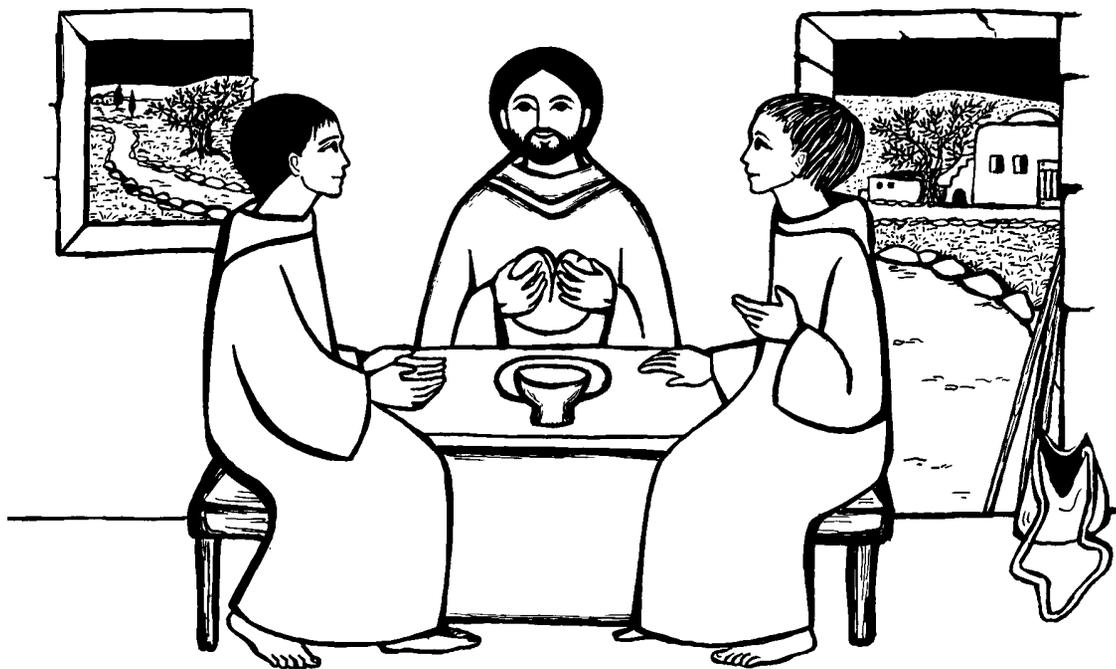
También el profeta Isaías nos enseña de qué manera apartan de sí el pecado los que han faltado y se arrepienten. He aquí sus palabras: *Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Dejen de obrar mal, aprendan a obrar bien; busquen lo que es justo, hagan justicia al oprimido, defiendan al huérfano, protejan a la viuda. Entonces, vengan, y arreglaremos cuentas dice el Señor: Aunque sus pecados sean colorados, blanquearán como la nieve; aunque sean rojos como púrpura, se volverán como lana blanca. Pero, si no saben obedecer; la espada los comerá. -Lo ha dicho el Señor-*.

Los apóstoles nos explican la razón de todo esto. En nuestro primer nacimiento, fuimos engendrados de un modo inconsciente por nuestra parte y por una ley natural y necesaria, por la acción del germen paterno en la unión de nuestros padres, y sufrimos la influencia de costumbres malas y de una instrucción desviada. **Mas, para que tengamos también un nacimiento, no ya fruto de la necesidad natural e inconsciente, sino de nuestra libre y consciente elección, y consigamos por el agua el perdón de los pecados anteriormente cometidos, se pronuncia sobre aquel que quiere ser regenerado y está arrepentido de sus pecados el nombre del Padre, Señor y Dios de todos;** y éste es el único nombre que aplicamos a Dios, al llevar a la piscina bautismal al que va a ser bautizado.

Nadie hay, en efecto, que pueda llamar por su nombre propio al Dios inefable, y, si alguien se atreviese a decir que puede ser capaz de ello, daría pruebas de una locura sin remedio.

Este baño se llama iluminación, porque son iluminadas las mentes de los que aprenden estas cosas! Pero, además, el que es iluminado es también lavado en el nombre de Jesucristo (que fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilato), **y en el nombre del Espíritu Santo**, que anunció de antemano, por boca de los profetas, todo lo referente a Jesús.

7. Unidos en la Eucaristía



Por la eucaristía nos hacemos portadores de Cristo

De las Catequesis de San Cirilo de Jerusalén

Lectura bíblica: Lc 22, 14 – 20

Cirilo de Jerusalén (ver p. 59)

Comentario

Contrariamente a lo que tantas veces nos inculcan, de que comulgando Cristo viene a nuestro corazón –explicación que fácilmente reduce la eucaristía a un acontecimiento puramente íntimo- San Cirilo destaca que somos nosotros quienes al comulgar nos transformamos en Cuerpo y Sangre de Cristo, volviéndonos portadores suyos en el mundo. Esa perspectiva sitúa a la eucaristía en el horizonte del testimonio público y del seguimiento. No se trata ya simplemente de participar en un rito y experimentar una intensa emoción religiosa. “No tiene efecto (la eucaristía) sino en aquellos que se unen a la Pasión de Cristo por medio de la fe y el amor”, dice Santo Tomás de Aquino.

Jesús, el Señor; en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de pronunciar la Acción de Gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, y dijo: «Tomen y coman, esto es mi cuerpo.» y tomando el cáliz, después de pronunciar la Acción de Gracias, dijo: «Tomen y beban, ésta es mi sangre.» Por tanto, si él mismo afirmó del pan: *Esto es mi cuerpo*, ¿quién se atreverá a dudar en adelante? Y si él mismo afirmó: *Esta es mi sangre*, ¿quién podrá nunca dudar y decir que no es su sangre? Por esto hemos de recibirlos con la firme convicción de que son el cuerpo y sangre de Cristo. Se te da el cuerpo del Señor bajo el signo de pan, y su sangre bajo el signo de vino; **de modo que al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo tu cuerpo pasa a ser parte de su cuerpo y tu sangre de la suya. Así, pues, nos hacemos portadores de Cristo, al distribuirse por nuestros miembros su cuerpo y sangre.**

Así, como dice San Pedro, nos hacemos participantes de la naturaleza divina.

En otro tiempo, Cristo, discutiendo con los judíos, decía: *Si no comen mi carne y no beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes*. Pero, como ellos entendieron estas palabras en un sentido material, retrocedieron escandalizados, pensando que los exhortaba a comer su carne.

En la antigua alianza había los panes de la proposición; pero, como eran algo exclusivo del Antiguo Testamento, ahora ya no existen. Pero en el Nuevo Testamento hay un pan celestial y una bebida de salvación, que santifican el alma y el cuerpo. Pues, del mismo modo que el pan es apropiado al cuerpo, así también la Palabra encarnada concuerda con la naturaleza del alma.

Por lo cual, el pan y el vino eucarísticos no han de ser considerados como meros y comunes elementos materiales, ya que son el cuerpo y la sangre de Cristo, como afirma el Señor; pues, aunque los sentidos nos sugieren lo primero, hemos de aceptar con firme convencimiento lo que nos enseña la fe.

Adoctrinados e imbuidos de esta fe tan cierta, **debemos creer que aquello que parece pan no es pan, aunque su sabor sea de pan, sino el cuerpo de Cristo; y que lo que parece vino no es vino, aunque así le parezca a nuestro paladar, sino la sangre de Cristo**; respecto a lo cual hallamos la antigua afirmación del salmo: *El pan da fuerzas al corazón del hombre y el aceite da brillo a su rostro*. Da, pues, fuerzas a tu corazón, comiendo aquel pan espiritual, y da brillo así al rostro de tu alma.

Ojalá que con el rostro descubierto y con la conciencia limpia, contemplando la gloria del Señor como en un espejo, vayamos de gloria en gloria, en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea el honor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

La eucaristía es el viático de nuestro camino

De los Tratados de San Gaudencio de Brescia, obispo

Lectura bíblica: Jn 6, 48 – 50; 1 Co 10, 14 - 17

Gaudencio de Brescia (¿ - c. 406)

Obispo de Brescia al norte de Italia, fue enviado por el papa Inocencio I a Constantinopla (404) para interceder ante la corte del emperador Arcadio a favor del perseguido arzobispo San Juan Crisóstomo, a quien conoció personalmente. Fue amigo personal de San Ambrosio. Se conservan 21 sermones suyos.

Comentario

Así como el grano de trigo debe ser amasado y la uva exprimida para obtener de ellos el pan y el vino, así también Cristo se inmoló y derramó su sangre en la cruz, para unirnos a su pasión por la eucaristía. Comulgando nos unimos en Cristo y recibimos la gracia liberadora de su pasión. San Gaudencio resume además brevemente la doctrina eucarística: ella es don de la nueva alianza, prenda de la presencia del Señor entre nosotros y viático que nos fortalece y reanima en la peregrinación de nuestra vida.

El sacrificio celestial instituido por Cristo es verdaderamente el **don de su nueva alianza** que nos dejó en herencia, como **prenda de su presencia entre nosotros**, la misma noche en que iba a ser entregado para ser crucificado. **Éste es el viático de nuestro camino, con el cual nos alimentamos y nutrimos durante el peregrinar de nuestra vida presente, hasta que salgamos de este mundo y lleguemos al Señor;** por esto decía el mismo Señor: *Si no comen mi carne y no beben mi sangre, no tendrán vida en ustedes.*

Quiso, en efecto, que sus beneficios permanecieran en nosotros, quiso que las almas redimidas con su sangre preciosa fueran

continuamente santificadas por el sacramento de su pasión, por esto mandó a sus fieles discípulos, a los que instituyó también como primeros sacerdotes de su Iglesia, que celebraran incesantemente estos misterios de vida eterna, que todos los sacerdotes deben continuar celebrando en las Iglesias de todo el mundo, hasta que Cristo vuelva desde el cielo, de modo que, tanto los mismos sacerdotes como los fieles todos, teniendo cada día ante nuestros ojos y en nuestras manos el memorial de la pasión de Cristo, recibéndolo en nuestros labios y en nuestro pecho, conservemos el recuerdo imborrable de nuestra redención.

Además, puesto que el pan, compuesto de muchos granos de trigo reducidos a harina, necesita, para llegar a serlo, de la acción del agua y del fuego, nuestra mente descubre en él una figura del cuerpo de Cristo, el cual, como sabemos, es un solo cuerpo compuesto por la muchedumbre de todo el género humano y unido por el fuego del Espíritu Santo.

Jesús, en efecto, nació por obra del Espíritu Santo y, porque así convenía para cumplir la voluntad salvífica de Dios, penetró en las aguas bautismales para consagrarlas, y volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo, que había descendido sobre él en forma de paloma, como atestigua el evangelista San Lucas: *Jesús regresó de las orillas del Jordán, lleno del Espíritu Santo.*

Asimismo, también el vino que es su sangre, resultante de la unión de muchos granos de uva, de la viña por él plantada, fue exprimido en el lagar de la cruz, y fermenta, por su propia virtud, en el espacio recipiente de los que lo beben con espíritu de fe.

Todos nosotros, los que hemos escapado de la tiranía de Egipto y del diabólico Faraón, debemos recibir, con toda la avidez de que es capaz nuestro religioso corazón, este sacrificio de la Pascua salvadora, para que **nuestro Señor Jesucristo, al que creemos presente en sus sacramentos, santifique nuestro interior**; él, cuya inestimable eficacia perdura a través de los siglos.

Participamos en la eucaristía y compartimos nuestros bienes

De la Apología primera de San Justino, mártir, a favor de los cristianos
Lectura bíblica: Hch 2, 42 - 47

San Justino (ver p. 93)

Comentario

Este pasaje de San Justino describe una celebración eucarística alrededor del año 150 d. C. y de ahí su gran valor testimonial. Fijémonos en la permanente continuidad entre aquellas celebraciones y las nuestras, pero también en el hecho de que la eucaristía entonces resultaba inseparable de la solidaridad con los pobres. En la antigüedad existía una viva conciencia de que, al compartir el Cuerpo y la Sangre del Señor, los cristianos nos hacemos parte del mismo Cristo y debemos ser solícitos unos con otros. Quienes tenían pues bienes económicos se disponían a compartir generosamente con los necesitados. “No es una orden...(es) para que demuestren la sinceridad de su amor fraterno. Bien conocen la generosidad de Cristo Jesús, nuestro Señor. Por ustedes se hizo pobre, siendo rico, para hacerlos ricos con su pobreza” (2 Co 8, 8 - 9), había señalado el mismo apóstol Pablo a los cristianos de Corinto. Fijémonos también en que los diáconos se encargaban de llevar la comunión a los ausentes, tal y como lo hacen hoy en nuestras propias comunidades los ministros extraordinarios de la eucaristía.

Sólo pueden participar de la eucaristía los que admiten como verdaderas nuestras enseñanzas, han sido lavados en el baño del nuevo nacimiento y del perdón de los pecados **y viven tal y como Cristo nos enseñó.**

Porque el pan y la bebida que tomamos no los recibimos como pan y bebida corrientes, sino que así como Jesucristo, nuestro salvador, se encarnó por la acción del Verbo de Dios y tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que aquel alimento sobre el cual se ha pronunciado la acción de gracias, usando de la plegaria que contiene

sus mismas palabras, y del cual, después de transformado, se nutre nuestra sangre y nuestra carne, es la carne y la sangre de Jesús, el Hijo de Dios encarnado.

Los apóstoles, en efecto, en sus comentarios llamados Evangelios, nos enseñan que así lo mandó Jesús, ya que él, tomando pan y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: *Hagan esto en memoria mía; éste es mi cuerpo*; del mismo modo, tomando el cáliz y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: *Ésta es mi sangre*, y se lo entregó a ellos solos. **A partir de entonces, nosotros celebramos siempre el recuerdo de estas cosas; y, además, los que tenemos alguna posesión socorremos a todos los necesitados, y así estamos siempre unidos.** Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos alabamos al creador de todo, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo.

Y, el día llamado del sol, nos reunimos en un mismo lugar, tanto los que habitamos en las ciudades como en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles o los escritos de los profetas, en la medida que el tiempo lo permite.

Después, cuando ha acabado el lector, el que preside exhorta y amonesta con sus palabras a la imitación de tan luminosos ejemplos. Luego nos ponemos todos de pie y elevamos nuestras preces; y, como ya hemos dicho, cuando hemos terminado las preces, se trae pan, vino y agua; entonces el que preside eleva, fervientemente, oraciones y acciones de gracias, y el pueblo aclama: *Amén*. Seguidamente tiene lugar la distribución y participación, a cada uno de los presentes, de los dones sobre los cuales se ha pronunciado la acción de gracias, y **los diáconos los llevan a los ausentes.**

Los que poseen bienes en abundancia, y desean ayudar a los demás, dan, según su voluntad, lo que les parece bien, y **lo que se recoge se pone a disposición del que preside, para que socorra a los huérfanos y a las viudas y a todos los que, por enfermedad u otra causa cualquiera, se hallan en necesidad, como también a los que están encarcelados y a los viajeros de paso entre nosotros: en una palabra, se ocupa de atender a todos los necesitados.**

Nos reunimos precisamente el día del sol porque éste es primer día de la creación, cuando Dios empezó a obrar sobre las tinieblas y la materia, y también porque es también **el día en que Jesucristo, nuestro salvador, resucitó de entre los muertos**. Lo crucificaron, en efecto, la vigilia del día de Saturno, y a la mañana siguiente de ese día, es decir, en el día del sol, fue visto por sus apóstoles y discípulos a quienes enseñó estas mismas cosas que hemos puesto a consideración de ustedes.

La eucaristía es don de vida eterna

Del Tratado de San Ireneo, obispo, Contra las herejías

Lectura bíblica: Jn 6, 25 – 27

San Ireneo de Lión (c.140- c.202)

Fue discípulo del obispo mártir Policarpo de Esmirna, quien a su vez había sido discípulo directo del apóstol Juan. Ireneo es sin duda el teólogo más importante de la Iglesia en el siglo II, por su gran obra “En contra de los Herejes”; ésta fue la primera exposición de conjunto de la teología cristiana. Aunque provenía de Asia Menor, fue obispo de una colonia griega cristiana en la Galia, del 177 al 178. Sucedió en esa sede al obispo mártir Fotino en tiempos del emperador romano Marco Aurelio. Cuando el Papa Víctor I excomulgó a las Iglesias de Asia por celebrar la Pascua en una fecha diferente a la de Roma, Ireneo –ejerciendo audazmente su corresponsabilidad eclesial- escribió al Papa, persuadiéndole a restaurar la unidad y tolerar las diferentes tradiciones. Víctor I recapacitó y retiró la excomunión.

Comentario

Es propio de San Ireneo destacar que nuestra carne mortal también participa de la salvación y que por lo tanto resucitaremos con ella. La eucaristía nos dispone para la resurrección, pues “ella es comida que permanece y con la cual uno tiene vida eterna” (Jn 6, 27). “La Pascua de Cristo -ha dicho Juan Pablo II en consonancia con San Ireneo- incluye también su resurrección. Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo

hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la eucaristía pan de vida (Jn 6, 51)” (De la Iglesia nace la Eucaristía 14). Y es participando de ella que participamos de la gloria de Cristo resucitado.

Si no fuese verdad que nuestra carne es salvada, tampoco lo sería que el Señor nos redimió con su sangre, ni que el cáliz eucarístico es comunión de su sangre y el pan que partimos es comunión de su cuerpo. La sangre, en efecto, procede de las venas y de la carne y de todo lo demás que pertenece a la condición real del hombre, condición que el Verbo de Dios asumió en toda su realidad para redimirnos con su sangre, como afirma el Apóstol: *Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.*

Y, porque somos sus miembros, nos sirven de alimento los bienes de la creación; pero él, que es quien nos da estos bienes creados, haciendo salir el sol y haciendo llover según le place, afirmó que aquel cáliz, fruto de la creación, era su sangre, con la cual da nuevo vigor a nuestra sangre, y aseveró que aquel pan, fruto también de la creación, era su cuerpo, con el cual da vigor a nuestro cuerpo.

Por tanto, si el cáliz y el pan, cuando sobre ellos se pronuncian las palabras sacramentales, se convierten en la sangre y el cuerpo eucarísticos del Señor, con los cuales nuestra parte corporal recibe un nuevo incremento y consistencia, **¿cómo podrá negarse que la carne es capaz de recibir el don de Dios, que es la vida eterna, si es alimentada con la sangre y el cuerpo de Cristo, del cual es miembro?**

Cuando el Apóstol dice en su carta a los Efesios: *Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*, no se refiere a alguna clase de hombre espiritual e invisible -*ya que un espíritu no tiene carne ni huesos-*, sino al hombre tal cual es en su realidad concreta, que consta de carne, nervios y huesos, que es alimentado con el cáliz de la sangre de Cristo, y que recibe vigor de aquel pan que es el cuerpo de Cristo.

Y del mismo modo que la rama de la vid plantada en tierra da fruto a su tiempo, y el grano de trigo caído en tierra y disuelto sale después multiplicado por el Espíritu de Dios que todo lo abarca y lo mantiene unido, y luego el hombre, con su habilidad, los transforma para su uso, y al recibir las palabras de la consagración se convierten en el alimento eucarístico del cuerpo y sangre de Cristo; del mismo modo **nuestros cuerpos, alimentados con la eucaristía, después de ser sepultados y disueltos bajo tierra, resucitarán a su tiempo, por la resurrección que les otorgará aquel que es el Verbo de Dios, para gloria de Dios Padre**, que rodea de inmortalidad a este cuerpo mortal y da como regalo la incorrupción a este cuerpo corruptible, ya que la fuerza de Dios se muestra perfecta en la debilidad.

La dicha del matrimonio cristiano

De la carta de Tertuliano a su esposa

Lectura bíblica: Gén 2, 20-25; Ef 5, 31-33

Tertuliano (155-225)

Ejerció en Roma como abogado y se convirtió al cristianismo allá por el año 193. Nacido en Cartago, fue el primer escritor eclesiástico que escribió en lengua latina y el más importante antes de San Agustín. Como teólogo fue brillante y ejerció una gran influencia en la doctrina sobre Jesucristo y la Santísima Trinidad. Escribió un tratado sobre la oración y otro sobre la penitencia. Su obra más conocida es el Apologético, en que defiende a los cristianos frente a los ataques de la propaganda imperial. Al final de su vida se separó del catolicismo y se unió a la secta montanista, que negaba la penitencia a los cristianos que habían cometido pecado mortal después del bautismo; los montanistas se oponían también a un segundo matrimonio y a la conducción de la Iglesia por los obispos. El aporte de Tertuliano durante su etapa católica fue tan valioso, que hasta el día de hoy se le sigue estudiando y admirando. San Cipriano de Cartago lo tuvo siempre en alta estima y le llamaba “el maestro”.

Comentario

Tertuliano se entusiasma exaltando la unión entre un varón y una mujer que practican juntos su fe cristiana, atribuyéndole gran importancia a la eucaristía en la santificación de su matrimonio. Este texto fue escrito aún en tiempos de las persecuciones, cuando las devociones se practicaban clandestinamente. Nótese la importancia que da Tertuliano al ejercicio de la solidaridad con los pobres.

¿Cómo podré expresar la felicidad de aquel matrimonio que ha sido contraído ante la Iglesia, reforzado por la ofrenda eucarística, sellado por la bendición, anunciado por los ángeles y ratificado por el Padre? Porque, en efecto, tampoco en la tierra los hijos se casan recta y justamente sin el consentimiento del padre. ¡Qué yugo el que une a dos fieles en una sola esperanza, en la misma práctica religiosa, en idéntica servidumbre! Son como hermanos y colaboradores, no hay distinción entre carne y espíritu. Más aún, son verdaderamente dos en una sola carne, y donde la carne es única, único es el espíritu. Juntos rezan, juntos se arrodillan, juntos practican el ayuno. Uno enseña al otro, uno honra al otro, uno sostiene al otro.

Unidos en la Iglesia de Dios, se encuentran también unidos en el banquete divino, unidos en las angustias, en las persecuciones, en los gozos. Ninguno tiene secretos con el otro, ninguno se aparta del otro, ninguno es gravoso para el otro. Libremente hacen visitas a los necesitados y sostienen a los indigentes. Las limosnas que reparten, no les son reprochadas por el otro; los sacrificios que cumplen no se les echan en cara, ni se les ponen dificultades para servir a Dios cada día con empeño. No hacen a escondidas la señal de la cruz, ni las acciones de gracias son temerosas, ni las bendiciones han de permanecer mudas. El canto de los salmos y de los himnos resuena a dos voces, y los dos entablan una competencia para cantar mejor a su Dios. Al ver y oír esto, Cristo se llena de gozo y envía sobre ellos su paz.

8. *Un clamor confiado*



**Más que nuestras palabras,
escucha Dios el corazón
cuando oramos**

Del Tratado de San Cipriano, obispo y mártir, Sobre la oración del Señor
Lectura bíblica: 1 Sam 9- 17; Lc 18, 9 - 14

San Cipriano (200-258)

Cecilio Tascio Cipriano provenía de una importante familia de Cartago, al norte de Africa. Recibió una excelente educación y fue maestro de elocuencia en su misma ciudad natal. Bajo el influjo del sacerdote Cecilio se convirtió al cristianismo. Tras recibir el bautismo, vendió todos sus bienes y repartió el dinero a los pobres. Ordenado sacerdote, fue elegido obispo de Cartago por aclamación popular en el año 248. (“Viene de origen divino el elegir al obispo en presencia del pueblo, para que todos lo aprueben” diría más tarde San Cipriano. Y también señalaría que el pueblo tiene el deber de apartarse de los obispos pecadores, pues tiene “poder para elegir obispos dignos y rechazar a los indignos”). Siguieron tiempos muy duros: externamente sufría la Iglesia violentas persecuciones e internamente estaba dividida. Durante la sangrienta persecución del emperador Decio en el 249, que se ensañó con los obispos para descabezar a las comunidades, San Cipriano pasó a la clandestinidad y escribió 13 cartas dándoles ánimo frente a la persecución. Tal actitud le acarreó incomprendimientos. Más tarde, en otra persecución, San Cipriano derramó su sangre por Cristo el 14 de septiembre del año 258.

Comentario

San Cipriano recuerda cómo hay que orar. Basta elevar el corazón ante la presencia de Dios y expresarle con sencillez nuestra plegaria. No tenemos necesidad de grandes ni de muchas palabras. “No es el grito de los labios, sino el deseo ardiente del espíritu el que hiere –como voz penetrante- los oídos de Dios” dirá luego, siguiéndole, Erasmo de Róterdam. En el mismo silencio es posible orar, siempre y cuando mantengamos puesta en Dios la mirada del espíritu (Mt 6, 7 - 8). Lleva más

lejos un balbuceo humilde y sincero, como el del publicano, que la arrogancia y palabrerío del fariseo.

Las palabras de quien ora han de ser bien medidas y llenas de tranquilidad y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Debemos agradar a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz. Porque, así como es propio del maleducado hablar a gritos, así, por el contrario, es propio de la persona respetuosa orar con un tono de voz moderado. El Señor, cuando nos adoctrina acerca de la oración, nos manda hacerla en secreto, en lugares escondidos y apartados, en nuestro mismo aposento, lo cual concuerda con nuestra fe, cuando nos enseña que Dios está presente en todas partes, que nos oye y nos ve a todos y que, con la plenitud de su majestad, penetra incluso los lugares más ocultos, tal como está escrito: *¿Soy yo Dios sólo de cerca, y no soy Dios también de lejos? Si alguno se esconde en su escondrijo, ¿acaso no lo veo yo? ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra?* y también: *En todo lugar los ojos de Dios observan a malos y buenos.*

Y, cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de Dios, no debemos olvidar este respeto y moderación ni ponernos a ventilar continuamente sin ton ni son nuestras peticiones, deshaciéndonos en un torrente de palabras, sino encomendarlas humildemente a **Dios**, ya que él **escucha no las palabras, sino el corazón, ni hay que convencer a gritos a aquel que penetra nuestros pensamientos**, como lo demuestran aquellas palabras suyas: *¿Por qué piensan tan mal?* Y en otro lugar: *Así conocerán todas las Iglesias que yo soy quien escudriña las entrañas y los corazones.*

De este modo oraba Ana, como leemos en el primer libro de Samuel, ya que ella no rogaba a Dios a gritos, sino de un modo silencioso y respetuoso, en lo escondido de su corazón. Su oración era oculta, pero manifiesta su fe; hablaba no con la boca, sino con el corazón, porque sabía que así el Señor la escuchaba, y, de este modo, consiguió lo que pedía, porque lo pedía con fe. Esto nos lo recuerda la

Escritura, cuando dice: *Hablaba interiormente, y no se oía su voz, aunque movía los labios, y el Señor la escuchó.* Leemos también en los salmos: *Reflexionen en el silencio de su lecho.* Lo mismo nos sugiere y enseña el Espíritu Santo por boca de Jeremías, con aquellas palabras: *Hay que adorarte en lo interior, Señor.*

Quien ora, hermanos muy amados, no debe ignorar cómo oraron el fariseo y el publicano en el templo. Este último, sin atreverse a levantar sus ojos al cielo, sin atreverse a levantar sus manos, tanta era su humildad, se daba golpes de pecho y confesaba los pecados ocultos en su interior, implorando el auxilio de la divina misericordia, mientras que el fariseo oraba satisfecho de sí mismo; y fue justificado el publicano, porque, al orar, no puso la esperanza de la salvación en la convicción de su propia inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró confesando humildemente sus pecados, y aquel que perdona a los humildes escuchó su oración.

Oramos en común y unos por otros

Del Tratado de San Cipriano, obispo y mártir, Sobre la oración del Señor
Lectura bíblica: Mt 6, 9 – 13; Hch 1, 12 - 14

San Cipriano (ver p. 111)

Comentario

“En la Santa Iglesia –decía Gregorio Magno, otro santo Padre- cada uno sostiene a los demás y los demás le sostienen a él”. Ello se expresa a plenitud en el Padrenuestro, la oración de Jesús para sus discípulos. Todas sus peticiones son en común. Oramos por nosotros mismos, orando a la vez por toda la comunidad. Y cada comunidad, por pequeña y pobre que sea, es manifestación de la Iglesia de Cristo.

Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual

rogara sólo por sí mismo. No decimos: «Padre mío, que estás en los cielos», ni: «Dame hoy mi pan de cada día» , ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedimos para cada uno en particular que no caigamos en la tentación y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo.

El Dios de la paz y el Maestro de la unión fraterna, que nos enseñó a vivir en unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo modo que él incluyó a todos los hombres en su persona. Aquellos tres jóvenes encerrados en el horno de fuego observaron esta norma en su oración, pues oraron a una sola voz y en unidad de espíritu y de corazón; así lo atestigua la sagrada Escritura que, al enseñarnos cómo oraron ellos, nos los pone como ejemplo que debemos imitar en nuestra oración: *Entonces -dice- los tres, a una sola voz, se pusieron a cantar; glorificando y bendiciendo a Dios.* Oraban los tres a una sola voz, y eso que Cristo aún no les había enseñado a orar.

Por eso fue eficaz su oración, porque agradó al Señor aquella plegaria hecha en paz y sencillez de espíritu. Del mismo modo vemos que oraron también los apóstoles, junto con los discípulos, después de la ascensión del Señor. *Todos ellos -dice la Escritura- perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María, la madre de Jesús, y de los hermanos de éste.* Perseveraban con un mismo espíritu en la oración, manifestando con esta constancia y unidad de corazones de su oración que *Dios, que hace habitar de buen acuerdo en la casa,* sólo admite en la casa divina y eterna a los que oran unidos en un mismo espíritu.

¡Cuán importantes, cuántos y cuán grandes son, hermanos muy amados, los misterios que encierra **la oración del Señor**, tan breve en palabras y tan rica en eficacia espiritual! **Ella, a manera de resumen, nos ofrece una enseñanza completa de todo lo que hemos de pedir en nuestras oraciones.** *Vuestra oración -dice el Señor- ha de ser así: «Padre nuestro, que estás en el cielo.»*

El hombre nuevo, nacido de nuevo y restituido a Dios por su gracia, dice en primer lugar: Padre, porque ya ha empezado a ser hijo. La Palabra vino a los suyos -dice el Evangelio- y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, a los que creen en su nombre, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios. Por esto, el que ha creído en su nombre y ha llegado a ser hijo de Dios debe comenzar por declarar, lleno de gratitud, su condición de hijo de Dios, llamando Padre suyo al Dios que está en el cielo.

Por tanto, hermanos muy amados, debemos recordar y saber que, pues llamamos Padre a Dios, tenemos que obrar como hijos suyos, a fin de que él se complazca en nosotros, como nosotros nos complacemos de tenerlo por Padre.

Sea nuestra conducta tal y como conviene a nuestra condición de templos de Dios, para que se vea de verdad que Dios habita en nosotros. Que nuestras acciones no sean indignas del Espíritu.

***Pedimos por el pan
y el perdón de nuestros pecados***

Del Tratado de San Cipriano, obispo y mártir, Sobre la oración del Señor
Lectura bíblica: Jn 6, 48 - 59; Lc 11, 2 - 4

San Cipriano (ver p. 111)

Comentario

En la segunda parte del Padrenuestro, Jesús nos invita a pedir por nuestro pan de cada día y por el perdón de nuestros pecados. San Cipriano interpreta la petición del pan en sentido espiritual, como anhelo de la eucaristía, aunque esté consciente de que también podría interpretarse en referencia al pan cotidiano, tal y como preferimos hacer hoy. Cristo, pan de vida, se nos comunica en el sacramento eucarístico y nos une a sí dándonos vida eterna. La petición por el perdón de los pecados nos pone en contacto con nuestra fragilidad más profunda, la del abuso de

nuestra propia libertad, y nos encomienda a la misericordia divina. Tan necesario como el pan cotidiano nos es el perdón de nuestros pecados, porque el perdón de Dios nos sana y restaura interiormente.

Continuamos la oración y decimos: ***Danos hoy nuestro pan de cada día. Esto puede entenderse en sentido espiritual o al pie de la letra, pues de ambas maneras aprovecha a nuestra salvación.*** En efecto, ***el pan de vida es Cristo, y este pan no es sólo de todos en general, sino también nuestro en particular.*** Porque, del mismo modo que decimos: *Padre nuestro*, en cuanto que es Padre de los que lo conocen y creen en él, de la misma manera decimos: *Nuestro pan*, ya que Cristo es el pan de los que entramos en contacto con su cuerpo.

Pedimos que se nos dé cada día este pan, a fin de que los que vivimos en Cristo y recibimos cada día su eucaristía como alimento saludable. no nos veamos privados, por alguna falta grave, de la comunión del pan celestial y quedemos separados del cuerpo de Cristo, ya que él mismo nos enseña: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo; todo el que coma de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo voy a dar es mi carne ofrecida por la vida del mundo.*

Por lo tanto, si él afirma que los que comen de este pan vivirán eternamente, es evidente que los que entran en contacto con su cuerpo y participan rectamente de la eucaristía poseen la vida; por el contrario, es de temer, y hay que rogar que no suceda así, que aquellos que se privan de la unión con el cuerpo de Cristo queden también privados de la salvación, pues el mismo Señor nos exhorta con estas palabras: *Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes.* **Por eso pedimos que nos sea dado cada día nuestro pan, es decir, Cristo, para que todos los que vivimos y permanecemos en Cristo no nos apartemos de su cuerpo que nos santifica.**

Después de esto, pedimos también por nuestros pecados, diciendo: *Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* **Después del alimento, pedimos el perdón de los pecados.**

Esta petición nos es muy conveniente y provechosa, porque ella nos recuerda que somos pecadores, ya que, al exhortarnos el Señor a pedir el perdón de los pecados, despierta con ello nuestra conciencia. **Al mandarnos que pidamos cada día el perdón de nuestros pecados, nos enseña que cada día pecamos, y así nadie puede vanagloriarse de su inocencia ni rendirse ante el orgullo.**

Es lo mismo que nos advierte Juan en su carta, cuando dice: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y bondadoso es el Señor para perdonarnos y purificamos de toda maldad.* Dos cosas nos enseña en esta carta: que hemos de pedir el perdón de nuestros pecados, y que esta oración nos alcanza el perdón. Por esto dice que el Señor es fiel, porque él nos ha prometido el perdón de los pecados y no puede faltar a su palabra, ya que, al enseñarnos a pedir que sean perdonadas nuestras ofensas y pecados, nos ha prometido su misericordia paternal y, en consecuencia, su perdón.

No alcanzaremos la misericordia divina sin perdonarnos mutuamente

Del Tratado de San Cipriano, obispo y mártir, Sobre la oración del Señor
Lectura bíblica: Mt 18, 23 – 35; 6, 14 - 15

San Cipriano (ver p. 111)

Comentario

Es imposible recibir el perdón de Dios y saborear los frutos de la redención, sin perdonar antes nosotros a quienes nos hayan ofendido. El perdón es amor y de igual forma que no podríamos amar de verdad a Dios sin amar concretamente al prójimo, tampoco podríamos alcanzar su perdón sin antes perdonar nosotros de corazón a los demás. La iniciativa del perdón proviene de Dios: Él ha sido el primero en ofrecérselo en Cristo con el deseo de contagiarnos de su misericordia. Pero si cerramos nuestro corazón a la reconciliación con el hermano o la hermana, también rechazamos el don que Dios nos está dando para transmitir.

El Señor añade una condición necesaria y sin escapatoria, que es, a la vez, un mandato y una promesa, esto es, que pidamos el perdón de nuestras ofensas en la medida en que nosotros perdonamos a los que nos ofenden, para que sepamos que **es imposible alcanzar el perdón que pedimos de nuestros pecados si nosotros no actuamos de modo semejante con los que nos han hecho alguna ofensa.** Por ello, dice también en otro lugar: *Con la medida con que midan se les medirá a ustedes.* Y aquel siervo del Evangelio, a quien su amo había perdonado toda la deuda y que no quiso luego perdonarla a su compañero, fue arrojado a la cárcel. Por no haber querido ser misericordioso con su compañero, perdió la misericordia que había conseguido de su amo.

Y vuelve Cristo a inculcarnos esto mismo, todavía con más fuerza y energía, cuando nos manda severamente: *Cuando estén rezando, si tienen alguna cosa contra alguien, perdónenle primero, para que su Padre celestial les*

perdone también sus pecados. Pero si ustedes no perdonan, tampoco su Padre celestial perdonará sus pecados. Ninguna excusa tendrás en el día del juicio, ya que serás juzgado según tu propia sentencia y serás tratado conforme a lo que tú hayas hecho.

Dios quiere que seamos pacíficos y que tengamos un mismo corazón y que habitemos *armónicamente en su casa*, y que perseveremos en nuestra condición de renacidos a una vida nueva, de tal modo que los que somos hijos de Dios permanezcamos en la paz de Dios y los que tenemos un solo espíritu tengamos también un solo pensar y sentir. Por esto, Dios tampoco acepta el sacrificio del que no está en paz con alguien, y le manda que se retire del altar y vaya primero a reconciliarse con su hermano; una vez que se haya puesto en paz con él, podrá también reconciliarse con Dios en sus plegarias. **El sacrificio más importante a los ojos de Dios es nuestra paz y armonía fraterna y un pueblo cuya unión sea un reflejo de la unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.**

Además, en aquellos primeros sacrificios que ofrecieron Abel y Caín, lo que miraba Dios no era la ofrenda en sí, sino la intención de quien la ofrecía, y por eso, le agradó la ofrenda del que se la ofrecía con intención recta. Abel, el pacífico y justo, con su sacrificio irreprochable, enseñó a los demás que, cuando se acerquen al altar para hacer su ofrenda, deben hacerlo con temor de Dios, con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y unión mutua. En efecto, el justo Abel, cuyo sacrificio había reunido estas cualidades, se convirtió más tarde él mismo en sacrificio y así, con su sangre gloriosa, por haber obtenido la justicia y la paz del Señor, fue el primero en mostrar lo que había de ser el martirio, que culminaría en la pasión del Señor. Aquellos que lo imitan son los que serán coronados por el Señor, a los que hará justicia el día del juicio.

Por lo demás, los que viven en discordia y división, los que no están en paz con sus hermanos no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestiguan el Apóstol y otros lugares de la sagrada Escritura, pues está escrito: *Quien aborrece a su hermano*

es un homicida, y el homicida no puede alcanzar el reino de los cielos y vivir con Dios. No puede vivir con Cristo el que prefiere imitar a Judas y no a Cristo.

Cantemos al Señor el cántico del amor

De los Sermones de San Agustín, obispo

Lectura bíblica: Sal 96; Ef 1, 5 - 6

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

La oración de alabanza manifiesta en la Biblia alegría y gratitud desbordante ante la acción creadora y liberadora de Dios. Israel vuelca a Dios su gozo y gratitud (Sal 8; 19 1 – 7; 145 – 150) al contemplar sus maravillas. El cántico de María en el Nuevo Testamento (Lc 1, 47 – 56) y los coros del Apocalipsis (Ap 4, 8. 11; 5, 9 – 14) renuevan las alabanzas de Israel, integrando ahora el acontecimiento salvador de Jesucristo. Tal es “el cántico nuevo” mencionado aquí por San Agustín, cuya expresión litúrgica y comunitaria festeja la Resurrección de Cristo como inicio de la nueva creación. Pero, ¿de qué nos serviría ese canto de júbilo, si nuestra propia vida desdijera cuanto proclamamos? La mejor alabanza a Dios es por eso una vida cristiana coherentemente vivida (Mt 5, 16; Ef 1, 5 - 6).

Cantad al Señor un cántico nuevo, resuene su alabanza en la asamblea de los fieles. Se nos exhorta a cantar al Señor un cántico nuevo. El hombre nuevo sabe lo que significa este cántico nuevo. **Un cántico es expresión de alegría y, considerándolo con más atención, es una expresión de amor. Por esto, el que es capaz de amar la vida nueva es capaz de cantar el cántico nuevo.** Debemos, pues, conocer en qué consiste esta vida nueva, para que podamos cantar el cántico nuevo. Todo, en efecto, está relacionado con el único reino, el hombre nuevo, el cántico nuevo, el Testamento nuevo. Por ello el hombre nuevo debe cantar el cántico nuevo porque pertenece al Testamento nuevo.

Nadie hay que no ame, pero lo que interesa es cuál sea el objeto de su amor. No se nos dice que no amemos, sino que elijamos a quien amar. Pero, ¿cómo podremos elegir, si antes no somos nosotros elegidos? Porque, para amar, primero tenemos que ser amados. Oigan lo que dice el apóstol Juan: *Él nos amó primero. Si buscamos de dónde le viene al ser humano el poder amar a Dios, la única razón que encontramos es porque Dios lo amó primero.* Se dio a sí mismo como objeto de nuestro amor y nos dio el poder amarlo. El apóstol Pablo nos enseña de manera aún más clara cómo Dios nos ha dado el poder amarlo: *El amor de Dios dice ha sido derramado en nuestros corazones. ¿Por quién ha sido derramado? ¿Por nosotros, tal vez? No, ciertamente. ¿Por quién, pues? Por el Espíritu Santo que se nos ha dado.*

Teniendo, pues, tan gran motivo de confianza, amemos a Dios con el amor que de él procede. Oigan con qué claridad expresa San Juan esta idea: *Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él.* Sería poco decir: *El amor es de Dios.* Y ¿quién de nosotros se atrevería a decir lo que el evangelista afirma: *Dios es amor?* Él lo afirma porque sabe lo que posee.

Dios se nos ofrece en posesión. Él mismo clama hacia nosotros: «Ámenme y me poseerán, porque no pueden amarme si no me poseen.»

¡Oh, hermanos! ¡Oh, hijos de Dios! Brote de universalidad, semilla celestial y sagrada, que han nacido en Cristo a una vida nueva, a una vida que viene de lo alto, escúchenme, mejor aún, **canten al Señor; junto conmigo, un cántico nuevo.** «Ya lo canto», me respondes. **Sí, lo cantas, es verdad, ya lo oigo. Pero, que tu vida no dé un testimonio contrario al que proclama tu voz.**

Canten con la voz y con el corazón, con la boca y con su conducta: *Canten al Señor un cántico nuevo.* ¿Se preguntarán qué alabanzas hay que cantar de aquel a quien aman? Porque, sin duda, quieren que su canto tenga por tema a aquel a quien amen. ¿Se preguntan cuáles son las

alabanzas que hay que cantar? Han oído: *Canten al Señor un cántico nuevo.* ¿Se preguntan qué alabanzas? *Resuene su alabanza en la asamblea de los fieles.* Su alabanza son los mismos que cantan.

¿Quieren alabar a Dios? Vivan de acuerdo con lo que pronuncian sus labios. Ustedes mismos serán la mejor alabanza que puedan tributarle, si es buena su conducta.

9. *Tras las huellas de Jesús*



Ámense unos a otros como yo les he amado

De los Tratados de San Agustín, obispo, sobre el evangelio de San Juan
Lectura bíblica: Jn 13, 33 - 35

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Difícilmente podría uno añadir algo a esta espléndida catequesis de San Agustín. Lo más apropiado sería comentarla con nuestra propia vida. Aspiramos como cristianos a un amor semejante al de Cristo, de ahí su grandeza, radicalidad y novedad. Injertados por el bautismo en la vida del Hijo de Dios, estamos llamados a ser su Cuerpo, viviendo el amor mutuo.

El Señor Jesús declara que da a sus discípulos un mandato nuevo por el que les encarga que se amen mutuamente unos a otros: *Les doy-dice- el mandato nuevo: que se amen mutuamente.*

¿Es que no existía ya este mandato en la ley antigua, en la que hallamos escrito: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo?* **¿Por qué, pues, llama nuevo el Señor a lo que nos consta que es tan antiguo?** ¿Quizá la novedad de este mandato consista en el hecho de que nos despoja del hombre viejo y nos reviste del nuevo? Porque renueva en verdad al que lo oye, mejor dicho, al que lo cumple, teniendo en cuenta que **no se trata de un amor cualquiera, sino de aquel amor acerca del cual el Señor, para distinguirlo del amor carnal, añade: Como yo les he amado.**

Éste es el amor que nos renueva, que nos hace hombres nuevos, herederos del Testamento nuevo, capaces de cantar el cántico nuevo. Este amor, hermanos muy amados, es el mismo que renovó antiguamente a los justos, a los patriarcas y profetas, como también después a los apóstoles, y el mismo que renueva ahora a todas las gentes, y el que

hace que el género humano, desperdigado por toda la tierra, se reúna en un nuevo pueblo, en el cuerpo de la nueva esposa del Hijo único de Dios, de la cual se dice en el Cantar de los cantares: *¿Quién es ésa que sube toda ella resplandeciente de blancura?* Resplandeciente, en verdad, porque está renovada, y renovada por el mandato nuevo.

Por eso, en ella, todos los miembros tienen entre sí una mutua solicitud: si sufre uno de los miembros, todos los demás sufren con él, y, si es honrado uno de los miembros, se alegran con él todos los demás. Es porque escuchan y guardan estas palabras: *Les doy el mandato nuevo: que se amen mutuamente*, no con un amor que degrada, ni con el amor con que se aman los seres humanos por ser humanos, sino con el amor con que se aman porque están divinizados y son hijos del Altísimo, de manera que son hermanos de su Hijo único y se aman entre sí con el mismo amor con que Cristo los ha amado, para conducirlos hasta aquella meta final en la que encuentran su plenitud y la saciedad de todos los bienes que desean. Entonces, en efecto, todo deseo se verá colmado, cuando Dios lo será todo en todas las cosas.

Este amor es don del mismo que afirma: *Como yo les he amado, para que ustedes se amen mutuamente. **Por esto nos amó, para que nos amemos unos a otros; con su amor nos ha otorgado el que estemos unidos por el amor mutuo y, unidos los miembros con tan dulce vínculo, seamos el cuerpo de tan espléndida cabeza.***

En mí producirán mucho fruto

Del Comentario de San Cirilo de Alejandría, obispo,
Sobre el evangelio de San Juan

Lectura bíblica: Jn 15, 1 - 10; 1 Co 3, 10 - 11. 16 – 17; 1 Pe 2, 4- 5

San Cirilo de Alejandría (c.375 - 444)

Sobrino del Patriarca de Alejandría Teófilo, fue su sucesor. Junto con su tío participó en el sínodo que destituyó a San Juan Crisóstomo en el 403. Reprimió a las comunidades judías y fue el jefe de una Iglesia poderosa que combatió a sus adversarios con intolerancia. Como teólogo y predicador, ejerció sin embargo gran influencia. En el Concilio de Éfeso (431) impulsó la proclamación de María como Madre de Dios.

Comentario

Nuestra principal tarea de cristianos es mantenernos unidos a Cristo para poder dar luego todo género de frutos. “Yo soy la Vid y ustedes las ramas. Si alguien permanece en mí, y yo en él, produce mucho fruto, pero sin mí nada pueden hacer” (Jn 15, 6). Meditar las palabras de Jesús y contemplar su ejemplo en los Evangelios es por eso tan fundamental. De ahí nos nace inspiración para vivir cristianamente, y ésta se fortalece por la oración y la práctica sacramental. El amor necesita ser continuamente alimentado.

El Señor, queriendo enseñarnos la necesidad que tenemos de estar unidos a él por el amor, y el gran provecho que nos proviene de esta unión se da a sí mismo el nombre de vid, y llama sarmientos a los que están injertados y como introducidos en él, y han sido hechos ya partícipes de su mismo ser por la comunicación del Espíritu Santo (ya que es el santo Espíritu de Cristo quien nos une a él).

Los que se aferran a la vid lo hacen por la voluntad y el propósito, mientras que la vid se aferra a nosotros por el afecto y por su ser. Movidos por

nuestro buen propósito, nos hacemos íntimos de Cristo por la fe y, así, nos convertimos en familiares suyos, al obtener de él la dignidad de la adopción de hijos. En efecto, como dice San Pablo, *quien se une al Señor es un espíritu con él.*

Del mismo modo que el Apóstol, en otro lugar de la Escritura, da al Señor el nombre de base y fundamento (ya que sobre él somos edificados y somos llamados piedras vivas y espirituales, formando un sacerdocio sagrado, para ser morada de Dios en el Espíritu, y no existe otro modo con que podamos ser así edificados, si no tenemos a Cristo por fundamento), aquí también, en el mismo sentido, el Señor se da a sí mismo el nombre de vid, como madre y educadora de sus sarmientos.

Hemos sido regenerados por él y en él, en el Espíritu, para que demos frutos de vida, no de aquella vida antigua y ya gastada, sino de aquella otra que consiste en la novedad de vida y en el amor para con él. Nuestra permanencia en este nuevo ser depende de que estemos en cierto modo injertados en él, de que permanezcamos tenazmente apegados al santo mandamiento nuevo que se nos ha dado, y **nos toca a nosotros conservar con solicitud este título de nobleza, no permitiendo en absoluto que el Espíritu que habita en nosotros sea entristecido en lo más mínimo, ya que por él habita Dios en nosotros.**

El evangelista Juan nos enseña sabiamente de qué modo estamos en Cristo y él en nosotros, cuando dice: *En esto conocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.*

En efecto, del mismo modo que la raíz comunica a las ramas su misma manera de ser, así también el Verbo, que es el Hijo único de Dios, infunde en los santos un cierto parentesco familiar con Dios Padre y consigo mismo, otorgando el Espíritu y una santidad completa, principalmente a aquellos que están unidos a él por la fe, a quienes impulsa a su amor, infundiendo en ellos el conocimiento de toda virtud y bondad.

El amor fraterno comparte los bienes espirituales

De las Homilias de San Juan Crisóstomo, obispo, Sobre el evangelio de San Juan

Lectura bíblica: Jn 1, 35 – 42

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

El gozo de descubrir a Cristo nos impulsa a compartir con otros su amistad y tal encuentro -de puro entusiasmo- desborda necesariamente hacia la misión y la evangelización. Ya entonces sucedió con Andrés, el primero de los apóstoles, quien por indicación de Juan el Bautista descubrió a Jesús y, luego, inmediatamente, fue a contárselo a Pedro, su hermano, diciéndole: “Hemos encontrado al Mesías”. Durante siglos, la transmisión de la fe persona a persona ha seguido siendo la forma más indispensable y fundamental de evangelización, incluso en nuestro mundo de medios de comunicación de masas. “El Señor –decía Pablo VI- la ha practicado frecuentemente –como lo prueban, por ejemplo, las conversaciones con Nicodemo, Zaqueo, la Samaritana, Simón el fariseo- y lo mismo han hecho los apóstoles. En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?” (La Evangelización del mundo contemporáneo, 46).

Andrés, después de haber estado con Jesús y haber aprendido de él muchas cosas, no guardó para sí este tesoro, sino que se apresuró a acudir a su hermano, para hacerle partícipe de su dicha. Fijémonos en lo que dice a su hermano: “*Hemos encontrado al Mesías*” (traducido, quiere decir “Cristo”). **¿Te das cuenta cómo empieza, ya desde este momento, a enseñar lo que en breve tiempo había aprendido? Con ello demuestra la eficacia del Maestro, que tan convencidos los había dejado, y su propio interés y cuidado, manifestado ya desde el primer momento.** Este mensaje, en efecto, es propio del alma que anhela

ardientemente la llegada del Señor, que espera su venida del cielo, que se llena de gozo con su aparición y que se apresura a anunciar a los demás algo tan grande. **Ésta es la prueba del verdadero y sincero amor fraternal, el mutuo intercambio de bienes espirituales.**

También es digna de notar la docilidad y rapidez para actuar de Pedro. Al momento, sin retraso, acude a Jesús. *Y lo presentó -dice- a Jesús.* Pero no debemos extrañarnos de esta facilidad de Pedro, que acude sin previo examen. Lo más lógico es que su hermano le explicara todas estas cosas con detalle; pero es que los evangelistas lo explican siempre todo de manera resumida, por razón de brevedad. Por lo demás, tampoco dice que hubiese creído al instante, sino: *Y lo presentó a Jesús,* para ponerlo en sus manos y para que fuese él quien le enseñase; pues estaba ahí en calidad de un discípulo más y a eso venía.

En efecto, si Juan Bautista -cuando dijo: *Es el Cordero, y: Bautiza con el Espíritu-*, dejó a Cristo la siguiente explicación de estas palabras, con mayor razón lo hizo **Andrés**, ya que él **no se consideraba capaz de explicarlo todo, y por esto. condujo a su hermano a la fuente de la luz,** a la que éste acudió con prisa y alegría, sin perder un instante.

***Ahora es cuando empiezo
a ser discípulo***

De la carta de San Ignacio de Antioquia, obispo y mártir, a los Romanos
Lectura bíblica: Mt 10, 17 – 19. 24 – 25. 28 – 32. 38 - 39; 1 Pe 3, 13 - 17

San Ignacio de Antioquía (¿ - 110)

Según San Juan Crisóstomo, Ignacio de Antioquía había hablado con los mismos apóstoles y poseía un profundo sentido de Iglesia viva encarnada en los obispos, sacerdotes, diáconos y en todo el pueblo cristiano. Ejerció como obispo de la famosa ciudad de Antioquia entre los años 70 y 108 y fue venerado por su feligresía. Sufrió el martirio en Roma a

principios del siglo segundo, bajo el emperador Trajano. Camino a Roma escribió 7 cartas a las Iglesias, que son un precioso testimonio de nuestra fe cristiana. La Iglesia, para San Ignacio, es un misterio de unidad y amor. Por tanto corresponde al obispo ser signo visible de la unidad y la comunión en el amor, ejerciendo las funciones de gobierno y enseñanza. “Que no se haga sin el obispo nada de lo que atañe a la Iglesia”, recomendaba este antiguo mártir. La tarea del obispo es contribuir a la edificación de una Iglesia viva y a la santificación de sus miembros. En la eucaristía encuentra la Iglesia su máxima expresión.

Comentario

El anciano obispo de Antioquía es transportado por un pelotón de soldados desde Siria hacia la capital imperial, donde será echado a los leones en el circo romano. Como un nuevo Eleazar (2 Mac 6, 18 – 31), San Ignacio enfrenta con valentía la pena de muerte antes de renunciar a su fe. Sus palabras estremecen por ser las de un hombre al borde del martirio, con un apasionado deseo de derramar su sangre por Cristo. A la comunidad cristiana de Roma le suplica no interceder por él ante las autoridades, pues su único deseo es imitar la muerte de Jesús. San Ignacio es un ejemplo cumbre del discipulado cristiano.

Lo que yo ahora deseo es que lo que enseñan y mandan a otros lo mantengan con firmeza y lo practiquen en esta ocasión. **Lo único que para mí han de pedir es que** tenga fortaleza interior y exterior, para que no sólo hable, sino que esté también interiormente decidido, a fin de que **sea cristiano no sólo de nombre, sino también de hecho. Si me porto como cristiano, tendré también derecho a este nombre y, entonces, seré de verdad fiel a Cristo,** cuando haya desaparecido ya del mundo. Nada es bueno sólo por lo que aparece al exterior. El mismo Jesucristo, nuestro Dios, ahora que está con su Padre, es cuando mejor se manifiesta. **Lo que necesita el cristianismo, cuando es odiado por el mundo, no son palabras persuasivas, sino grandeza de alma.**

Yo voy escribiendo a todas las Iglesias, y a todas les recomiendo con empeño lo mismo: que moriré de buena gana por Dios, con tal que ustedes no me lo impidan. Se los pido por favor: no me demuestren una benevolencia inoportuna. Dejen que sea pasto de las fieras, ya que ello me hará posible alcanzar a Dios. **Soy trigo de Dios y he de ser molido por los dientes de las fieras, para llegar a ser pan limpio de Cristo.**

Digan más bien cosas agradables a las fieras, para que sean mi sepulcro y no dejen nada de mi cuerpo; así, después de muerto, no seré gravoso a nadie. Entonces seré de verdad discípulo de Cristo, cuando el mundo no vea ya ni siquiera mi cuerpo. Rueguen por mí a Cristo, para que, por medio de esos instrumentos, llegue a ser una víctima para Dios. No les doy yo mandatos como Pedro y Pablo. Ellos eran apóstoles, yo no soy más que un condenado a muerte; ellos eran libres, yo no soy al presente más que un esclavo. Pero, si logro sufrir el martirio, entonces seré un libertado por Jesucristo y resucitaré libre con él. Ahora, en medio de mis cadenas, es cuando aprendo a no desear nada.

Desde Siria hasta Roma vengo luchando ya con las fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado como voy a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados que, cuantos más beneficios se les hace, peores se vuelven. Pero sus malos tratos me ayudan a ser mejor, aunque *no por eso me creo justificado*. Quiera Dios que tenga yo el gozo de ser devorado por las fieras que me están destinadas; lo que deseo es que no se muestren renuentes; yo las azuzaré para que me devoren pronto, no suceda como en otras ocasiones que, atemorizadas, no se han atrevido a tocar a sus víctimas. Si se resisten, yo mismo las obligaré.

Perdónenme lo que les digo; es que yo sé bien lo que me conviene. **Ahora es cuando empiezo a ser discípulo.** Ninguna cosa, visible o invisible, me prive por envidia de la posesión de Jesucristo. Vengan sobre mí el fuego, la cruz, manadas de fieras, desgarramientos, amputaciones, descoyuntamiento de huesos, cercenamiento de miembros, trituración de todo mi cuerpo, todos los crueles tormentos del demonio, con tal de que esto me sirva para alcanzar a Jesucristo.

Permitan que imite la pasión de mi Dios

De la carta de San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir, a los Romanos
Lectura bíblica: Mc 8, 34 – 35; 2 Co 4, 7 – 15; 2 Tim 4, 6 - 8

Comentario

La palabra “mártir” significa “testigo” en griego y seguir a Cristo necesariamente conduce al testimonio (Hch 1, 8; Heb 12, 1). Ya nuestro bautismo invita a donar nuestra propia vida, desgastándola diariamente en respuesta a nuestras obligaciones laborales, familiares, comunitarias, como expresión misma del seguimiento de Jesús. Nunca sabemos si acaso tengamos que llegar hasta el extremo de derramar nuestra sangre por el Evangelio (Heb 12, 2 - 4). Los mártires han dado sin embargo ese testimonio supremo. Ignacio de Antioquía de ninguna manera permitió que los cristianos de Roma, por benevolencia, le arrebataran la gloria de “imitar la pasión de su Dios”. En este antiguo obispo de la época inmediatamente posterior a los apóstoles contemplamos un magnífico ejemplo de seguimiento de Cristo hasta las últimas consecuencias.

De nada me servirían los placeres terrenales ni los reinos de este mundo. Prefiero morir en Cristo Jesús que reinan en los confines de la tierra. **Todo mi deseo y mi voluntad están puestos en aquel que por nosotros murió y resucitó. Se acerca ya el momento de mi nacimiento a la vida nueva.** Por favor, hermanos, no me priven de esta vida, no quieran que muera; si lo que yo anhelo es pertenecer a Dios, no me entreguen al mundo ni me seduzcan con las cosas materiales; dejen que pueda contemplar la luz pura; entonces seré humano en pleno sentido. **Permitan que imite la pasión de mi Dios.** El que tenga a Dios dentro de sí entenderá lo que quiero decir y se compadecerá de mí, sabiendo cuál es el deseo que me apremia.

El príncipe de este mundo me quiere arrebatarse y pretende arruinar mi deseo que tiende hacia Dios. Que nadie de ustedes, los aquí presentes, lo ayude;

pónganse más bien de mi parte, esto es, de parte de Dios. **No quieran a un mismo tiempo tener a Jesucristo en la boca y los deseos mundanos en el corazón.** Que no habite la envidia entre ustedes. Ni me hagan caso si, cuando esté aquí, les suplicara en sentido contrario; hagan más bien caso de lo que ahora les escribo. Porque les escribo en vida, pero deseando morir. **Mi amor está crucificado y ya no queda en mí el fuego de los deseos terrenos; únicamente siento en mi interior la voz de una agua viva que me habla y me dice: «Ven al Padre.»** No encuentro ya deleite en el alimento material ni en los placeres de este mundo. **Lo que deseo es el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, de la descendencia de David, y la bebida de su sangre, que es el amor duradero.**

No quiero ya vivir más la vida terrena. Y este deseo será realidad si ustedes lo quieren. Les pido que lo quieran, y así ustedes hallarán también benevolencia. En dos palabras resumo mi súplica: **háganme caso. Jesucristo les hará ver que digo la verdad, él, que es la boca que no engaña, por la que el Padre ha hablado verdaderamente. Rueguen por mí, para que llegue a la meta. Les he escrito no con criterios humanos, sino conforme a la mente de Dios.** Si sufro el martirio, es señal de que me quieren bien; de lo contrario, es que me han aborrecido.

Acuérdense en sus oraciones de la Iglesia de Siria, que, privada ahora de mí, no tiene otro pastor que el mismo Dios. Sólo Jesucristo y el amor de ustedes harán para con ella el oficio de obispo. Yo me avergüenzo de pertenecer al número de los obispos; no soy digno de ello, ya que soy el último de todos y un abortivo. Sin embargo, llegaré a ser algo, si llego a la posesión de Dios, por su misericordia. .

Les saluda mi espíritu y la caridad de las Iglesias que me han acogido en el nombre de Jesucristo, y no como a un transeúnte. En efecto, incluso las Iglesias que no entraban en mi itinerario corporal acudían a mí en cada una de las ciudades por las que pasaba.

10. Honrar a Cristo en los pobres



Dios padece frío y hambre en los pobres

De los Sermones de San Cesáreo de Arlés, obispo

Lectura bíblica: Mt 25, 31 - 36

San Cesáreo de Arlés (c.470 - 542)

Le tocó vivir en tiempos agitados en que se sucedieron invasiones, calamidades y guerras a causa de la caída del imperio romano de Occidente. Se ordenó de sacerdote en Arlés y sucedió a su obispo, gobernando desde allí durante 40 años la provincia eclesiástica de las Galias. Se destacó como organizador, reformador del clero y excelente predicador. Se conservan unos 300 sermones suyos.

Comentario

Si el mayor escándalo en vida de Jesús fue haberse presentado como Mesías del servicio humilde, en vez de revestido de poder (Mc 10, 45; Jn 13, 12 - 16), hoy ese escándalo continúa, en cuanto que Cristo nos aguarda en donde menos le esperamos: en la persona de los pobres y sufrientes (Mt 25, 40.45). Extrañamente, y a pesar de nuestro deseo de ser discípulos de un Dios crucificado, preferimos aún seguir buscando a Dios en el poder, en vez de en la debilidad de la cruz, donde nos aguarda con seguridad. Acudimos en masa ante cualquier supuesta manifestación milagrosa para satisfacer nuestra curiosidad o las propias necesidades, pero luego pasamos de lado ante las necesidades de nuestro prójimo. Damos nuestro reconocimiento y nuestro respeto a quienes están revestidos de poder, pero ignoramos al pobre. El Dios de Jesús es sin embargo un Dios del amor crucificado, que nos invita a adorarle y reconocerle en la persona de los pobres e indefensos.

D*ichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dulce es el nombre de misericordia, hermanos muy amados; y si el nombre es tan dulce, ¿cuánto más no lo será la cosa misma? Todos los humanos la*

desean, mas, por desgracia, no todos obran de manera que se hagan dignos de ella; todos desean alcanzar misericordia, pero son pocos los que quieren practicarla.

Oh humano, ¿con qué cara te atreves a pedir, si tú te resistes a dar? Quien desee alcanzar misericordia en el cielo debe practicarla en este mundo. Y, por esto, hermanos muy amados, ya que todos deseamos la misericordia, actuemos de manera que ella llegue a ser nuestro abogado en este mundo, para que nos libre después en el futuro. Hay en el cielo una misericordia, a la cual se llega a través de la misericordia terrena. Dice, en efecto, la Escritura: *Señor, tu misericordia llega al cielo.*

Existe, pues, una misericordia terrena y humana, otra celestial y divina. ¿Cuál es la misericordia humana? La que consiste en atender a las miserias de los pobres. ¿Cuál es la misericordia divina? Sin duda, la que consiste en el perdón de los pecados. Todo lo que da la misericordia humana en este tiempo de peregrinación se lo devuelve después la misericordia divina en la patria definitiva. **Dios, en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres**, como dijo él mismo: *Cada vez que lo hicieron con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicieron.* El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra.

¿Cómo somos nosotros, que cuando Dios nos da, queremos recibir y, cuando nos pide, no le queremos dar? Porque, cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad, como dijo él mismo: *Tuve hambre, y no me dieron de comer: No apartes, pues, tu mirada de la miseria de los pobres, si quieres esperar confiado el perdón de los pecados.* Ahora, hermanos, Cristo pasa hambre, es él quien se digna padecer hambre y sed en la persona de todos los pobres; y lo que reciba aquí en la tierra lo devolverá luego en el cielo.

Les pregunto, hermanos, ¿qué es lo que quieren o buscan cuando vienen a la iglesia? Ciertamente la misericordia. Practiquen, pues, la misericordia terrena, y recibirán la misericordia celestial. El pobre te pide a ti, y tú le

pides a Dios; aquél un bocado, tú la vida eterna. Da al necesitado, y merecerás recibir de Cristo, ya que él ha dicho: *Den y se les dará*. No comprendo cómo te atreves a esperar recibir, si tú te niegas a dar.

Cristo quiere ser honrado en los pobres

De las Homilías de San Juan Crisóstomo, obispo,
sobre el evangelio de San Mateo

Lectura bíblica: Mt 25, 37 - 46

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

San Juan Crisóstomo inculca aquí una de las enseñanzas fundamentales del Nuevo Testamento: que el verdadero templo no es el de piedras, sino el de carne y hueso y está formado por la persona de los cristianos (1 Co 3, 16-17; 1 Pe 2, 4-5). Más aún, que no existe templo más sagrado sobre la tierra que la propia persona de los pobres, en quienes habita Cristo (Mt 25, 40.45). La diaria profanación de tales templos de carne y hueso pasa sin embargo desapercibida, mientras alzamos el grito al cielo si se irrespeta alguna imagen en una iglesia de pueblo. Respetar los símbolos de nuestra fe es necesario, pero más aún lo es respetar a quienes, creados a imagen y semejanza de Dios, sufren una violación permanente de sus derechos humanos más fundamentales. Hacer justicia al pobre es honrar a Dios (Prov 14, 31).

¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: *Esto es mi cuerpo*, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: *Tuve hambre y no me dieron de comer*, y más adelante: *Siempre que dejaron de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejaron de hacer*. El templo no necesita

vestidos y lienzos, sino pureza de alma; los pobres, en cambio, necesitan que con sumo cuidado nos preocupemos de ellos.

Reflexionemos, pues, y honremos a Cristo con aquel mismo honor con que él desea ser honrado; pues, cuando se quiere honrar a alguien, debemos pensar en el honor que a él le agrada, no en el que a nosotros nos place. También Pedro pretendió honrar al Señor cuando no quería dejarse lavar los pies, pero lo que él quería impedir no era el honor que el Señor deseaba, sino todo lo contrario. Así tú debes tributar al Señor el honor que él mismo te indicó, distribuyendo tus riquezas a los pobres. Pues Dios no tiene ciertamente necesidad de vasos de oro, pero sí, en cambio, desea almas semejantes al oro.

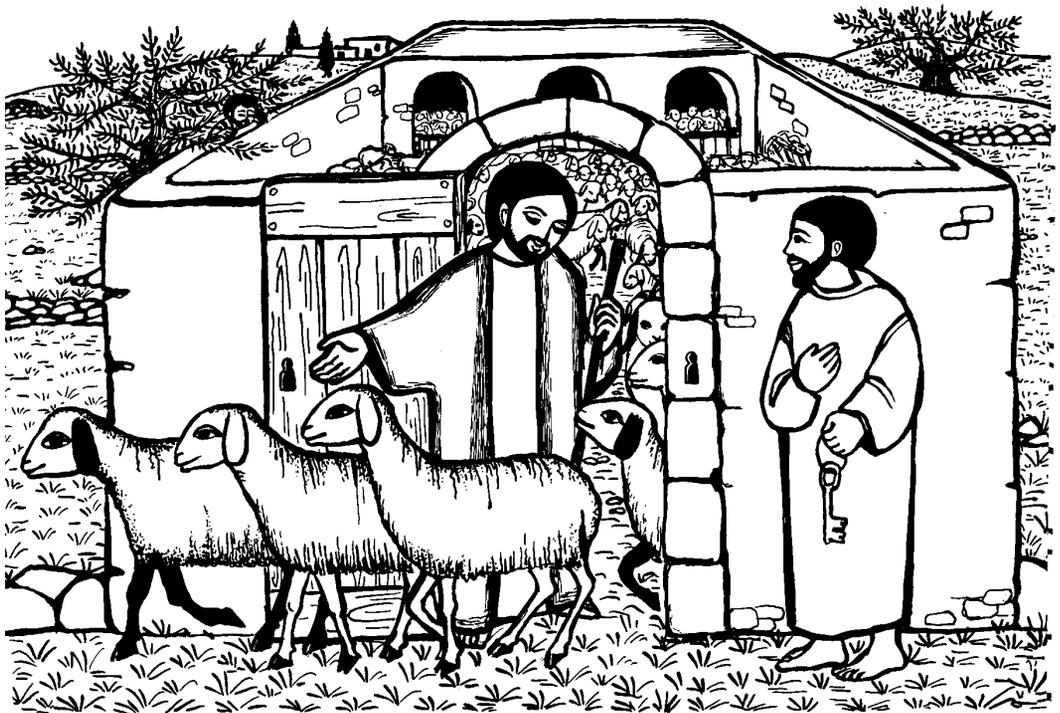
No digo esto con objeto de prohibir la entrega de dones preciosos para los templos, pero sí que quiero afirmar que, junto con estos dones y aun por encima de ellos, debe pensarse en la caridad para con los pobres. Porque si Dios acepta los dones para su templo, le agradan, con todo, mucho más las ofrendas que se dan a los pobres. En efecto, de la ofrenda hecha al templo saca provecho quien la hizo; en cambio, de la limosna saca provecho tanto quien la hace como quien la recibe. El don dado para el templo puede ser motivo de vanagloria, la limosna, en cambio, sólo es signo de amor y de caridad.

¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo. ¿Quieres hacer ofrenda de vasos de oro y no eres capaz de dar un vaso de agua? **Y, ¿de qué serviría recubrir el altar con lienzos bordados de oro, cuando niegas al mismo Señor el vestido necesario para cubrir su desnudez?** ¿Qué ganas con ello? Dime si no: Si ves a un hambriento falto del alimento indispensable y, sin preocuparte de su hambre, lo llevas a contemplar una mesa adornada con vajilla de oro, ¿te dará las gracias de ello? ¿No se indignará más bien contigo? O si, viéndolo vestido de andrajos y muerto de frío, sin acordarte de su desnudez, levantas en su honor

monumentos de oro, afirmando que con esto pretendes honrarlo, ¿no pensará él que quieres reírte de su extrema necesidad con la más hiriente de tus burlas?

Piensa, pues, que es esto lo que haces con Cristo, cuando lo contemplas errante, peregrino y sin techo y, sin recibirlo, te dedicas a adornar el piso, las paredes y las columnas del templo. Con cadenas de plata sujetas lámparas, y te niegas a visitarlo cuando él está encadenado en la cárcel. Con esto que estoy diciendo, no pretendo prohibir el uso de tales adornos, pero sí que quiero afirmar que es del todo necesario hacer lo uno sin descuidar lo otro; es más: **les exhorto a que sientan mayor preocupación por el hermano necesitado que por el adorno del templo.** Nadie, en efecto, resultará condenado por dejar de hacer esto segundo, en cambio, los castigos del infierno, el fuego inextinguible y la compañía de los demonios están destinados para quienes descuiden lo primero. **Por tanto, al adorar el templo, procuren no despreciar al hermano necesitado, porque este templo es mucho más precioso que aquel otro.**

11. Pastores del rebaño de Cristo



***El buen pastor ama a sus ovejas
y está dispuesto
a dar la vida por ellas***

Del Comentario de Santo Tomás de Aquino, presbítero,
sobre el evangelio de San Juan.

Lectura bíblica: Jn 10, 7 - 15

Santo Tomás de Aquino (ver p. 73)

Comentario

Cristo sigue siendo el pastor supremo de la Iglesia, que ofreció su vida por ella y la alimenta con su cuerpo y su sangre. De su oficio de pastor participan también los obispos, llamados a seguir el ejemplo del buen pastor. "Nadie —dice Santo Tomás— puede ser buen pastor, si no llega a ser una sola cosa con Cristo por el amor y se convierte en miembro del verdadero pastor".

“Yo soy el buen pastor”. Es evidente que el oficio de pastor compete a Cristo, pues, de la misma manera que el rebaño es guiado y alimentado por el pastor, así Cristo alimenta a los fieles espiritualmente y también con su cuerpo y su sangre. *Ustedes eran como ovejas descarriadas -dice el Apóstol-, pero ahora han vuelto al pastor y guardián de sus almas.*

Pero, ya que Cristo por una parte afirma que el pastor entra por la puerta y, en otro lugar, dice que él es la puerta, y aquí añade que él es el pastor, debe concluirse, de todo ello, que Cristo entra por sí mismo. Y es cierto que Cristo entra por sí mismo, pues él se manifiesta a sí mismo, y por sí mismo conoce al Padre. Nosotros, en cambio, entramos por él, pues es por él que alcanzamos la felicidad.

Pero, fíjate bien: nadie que no sea él es puerta, porque nadie sino él es luz verdadera, a no ser por participación: *No era él -es decir, Juan- la luz, sino testigo enviado a declarar en favor de la luz.* De Cristo, en cambio, se dice: *Era la luz verdadera, que ilumina a todos los hombres. Por ello, de*

nadie puede decirse que sea puerta; esta cualidad Cristo se la reservó para sí; el oficio, en cambio, de pastor lo dio también a otros y quiso que lo tuvieran sus miembros: por ello, Pedro fue pastor, y pastores fueron también los otros apóstoles, y son pastores todos los buenos obispos. *Les daré -dice la Escritura- pastores conforme a mi corazón. Pero, aunque los prelados de la Iglesia, que también son hijos, sean todos llamados pastores, sin embargo, el Señor dice en singular: Yo soy el buen pastor; con ello quiere estimularlos al amor, insinuándoles que nadie puede ser buen pastor, si no llega a ser una sola cosa con Cristo por el amor y se convierte en miembro del verdadero pastor.*

El deber del buen pastor es el amor; por eso dice: *El buen pastor da su vida por las ovejas*. Conviene, pues, distinguir entre el buen pastor y el mal pastor: el buen pastor es aquel que busca el bien de sus ovejas, en cambio, el mal pastor es el que anda detrás de su propio bien.

A los pastores que apacientan rebaños de ovejas no se les exige exponer su propia vida a la muerte por el bien de su rebaño, pero, en cambio, el pastor espiritual sí que debe renunciar a su vida corporal ante el peligro de sus ovejas, porque la salvación espiritual del rebaño es de más precio que la vida corporal del pastor. Es esto precisamente lo que afirma el Señor: *El buen pastor da su vida -la vida del cuerpo- por las ovejas*, es decir, por las que son suyas por razón de su autoridad y de su amor. **Ambas cosas se requieren: que las ovejas le pertenezcan y que las ame, pues lo primero sin lo segundo no sería suficiente.**

De este proceder Cristo nos dio ejemplo: *Si Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos.*

Pablo como ejemplo de buen pastor

Del Sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores

Lectura bíblica: Fil 4, 10 - 20

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

San Agustín se sirve del ejemplo de Pablo en relación con la comunidad de Filipos para aclarar cómo debe ser la relación entre el pastor y sus comunidades. Pablo está encarcelado y pasando necesidad y los filipenses comparten con él gustosos los frutos de su trabajo. Pablo se alegra, no tanto por los dones recibidos, como por la generosidad con que le han obsequiado, porque ella demuestra que su fe es sincera. Así también el pueblo católico debe estar pronto a sustentar con generosidad a sus sacerdotes cuando le anuncian el Evangelio sin intereses personales. Pero no se trata de ningún “pago”, ya que no hay cómo pagar a quien anuncia el evangelio por amor.

Hallándose Pablo en cierta ocasión en suma necesidad, encarcelado a causa de la predicación de la verdad, recibió, de parte de los hermanos, bienes con que socorrer su pobreza y sus propias necesidades. Y contestó a los que así lo habían ayudado y les dio las gracias, diciendo: *Al socorrer mis necesidades, han obrado bien. En cuanto a mí he aprendido ya a tener hartura y a pasar hambre, a abundar y a tener escasez. Todo lo puedo en aquel que me conforta. En todo caso, muchas gracias por haberme socorrido con sus bienes en mi apurada situación.*

Pero para mostrar qué era lo que él buscaba en el bien que habían realizado y con el fin de evitar que se introdujeran entre ellos algunos que se apacentaran a sí mismos, no a las ovejas, les da a entender que **no se alegra tanto de la ayuda que ha recibido cuanto se felicita por el bien que ellos han realizado**. ¿Qué es, pues, lo que él buscaba en la acción de ellos? «*No busco regalos -dice-, sino rentas que se vayan multiplicando*

a cuenta de ustedes. No persigo saciarme yo, sino que deseo que ustedes no queden sin dar fruto.»

Aquellos, pues, que no llegan a realizar lo que hizo Pablo, trabajando con sus manos para procurar su propio alimento, reciban la leche de sus ovejas y sustenten con ella sus necesidades, pero no olviden tampoco las necesidades de sus rebaños. Que al anunciar el Evangelio no busquen en ello su propio interés, como si trabajaran movidos por el deseo de remediar sus propias necesidades, antes procuren hacerlo pensando en que deben iluminar a los hombres con la luz de la verdad, tal como está escrito: *Estén ceñidos sus lomos, y encendidas sus lámparas; y también aquello otro: No se enciende una lámpara para meterla bajo el celemín, sino para ponerla sobre el candelero, así alumbrá a todos los que están en la casa. Alumbré su luz a los hombres para que, viendo sus buenas obras, den gloria a su Padre celestial.*

Si, pues, enciendes una lámpara en tu casa, ¿no irás añadiendo aceite para que no se apague? Y si la lámpara en la que has echado ya aceite no ilumina, ¿acaso no la tendrás como indigna de estar colocada sobre el candelero y no la romperás inmediatamente? Por tanto, **en aquello mismo de donde sacamos nuestro alimento para vivir nosotros, en aquello mismo debemos encontrar el amor con que saciar a los demás.** No como si el Evangelio fuera un bien rentable con cuyo precio se pagara el alimento de los que lo anuncian. Si el Evangelio se vendiera por este precio, se vendería, sin duda, una cosa de gran valor por un precio bajo e insignificante. **El sustento para la propia vida se recibe del pueblo, el don del Evangelio lo da el Señor. El pueblo no es, por tanto, capaz de pagar debidamente a quienes, por amor, anuncian el Evangelio; y los predicadores no deben esperar, como paga, otra cosa sino la salvación de quienes los escuchan.**

¿Por qué, pues, son increpados los pastores y de qué se les reprende? Sin duda de haber ido tras la leche de las ovejas y de haberse cubierto con su lana, olvidando el bien de las ovejas. Buscaban, por tanto, sus intereses personales, no los de Cristo Jesús.

**¡Ay de ustedes, pastores
que se apacientan a sí mismos!**

Del Sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores
Lectura bíblica: Ez 34, 1- 10; 2 Co 6, 3 - 7

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Estas duras palabras de San Agustín acerca de los malos pastores son un espejo crítico para obispos y sacerdotes. ¿Cuántas veces no escuchamos lamentos acerca de comunidades enteras destruidas por sus ministros que se comportan indignamente? Sin embargo, en Israel la palabra “pastor” no se aplicaba exclusivamente a los líderes religiosos, sino también a los líderes políticos. Son también “pastores” en sentido bíblico quienes administran la cosa pública: alcaldes, diputados, magistrados, jefes policiales, jueces, etc.. ¿Buscan el bien del rebaño o se aprovechan de él?

Al referirse el Señor a lo que buscan los malos pastores ya señala también lo que descuidan; con ello queda bien claro cuáles son los males que sufren las ovejas. **Son muy pocas las ovejas bien alimentadas y sanas, es decir, aquellas a quienes no falta el sólido manjar de la verdad y se apacientan abundantemente con los dones de Dios. Pero los malos pastores ni a éstas perdonan; les parece poco descuidar a las enfermas y errantes, a las débiles y descarriadas, y llegan incluso a dar muerte a las que están fuertes y sanas. Y si estas últimas conservan la vida, viven, en todo caso, únicamente porque Dios cuida de ellas pero por lo que se refiere a los pastores, éstos hacen lo posible por matarlas. Tal vez preguntes: «¿Cómo las matan?» Pues las matan con su mala vida y con sus malos ejemplos. ¿Acaso piensas que se dijo en vano a aquel gran siervo de Dios, uno de los miembros más destacados del sumo pastor: *Sé para todos modelo por tus buenas obras; y también: Sé un ejemplo para los fieles?***

En efecto, **con frecuencia, incluso las buenas ovejas, al ver la mala vida de los pastores, apartan sus ojos de los preceptos del Señor y se fijan más bien en la conducta del hombre, diciendo en su interior:** «Si mi prelado vive de tal manera, yo, que soy simple oveja, **¿no podré hacer lo que hace él?»** De esta manera el mal pastor lleva a la muerte incluso a las ovejas fuertes. Y, ¿qué piensas que hará con las demás el que, en lugar de fortalecer a las débiles, dio muerte, con su mal ejemplo, incluso a las que había encontrado robustas y sanas?

Les digo, pues, y les repito que si las ovejas viven y mantienen todavía la salud por la fuerza del Señor, recordando aquellas palabras que oyeron de su mismo Señor: *Cumplan y guarden lo que les digan, pero no los imiten en sus obras*, sin embargo, **el que vive mal en presencia del pueblo, en cuanto de él depende, mata a aquel que contempla el mal ejemplo de su vida.** Que este tal pastor no se consuele, pues, pensando que la oveja no ha muerto; vive, sin duda, pero él es un homicida. Es igual que cuando un hombre impuro mira a una mujer para deseirla: aunque ella persevere casta, él ha pecado, como lo dice claramente el Señor: *Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón.* No penetró ciertamente en su habitación para pecar con ella, pero pecó en el interior de su corazón.

Así también, todo el que vive indignamente ante aquellos que están bajo su cuidado, en cuanto de él depende, da muerte incluso a las ovejas sanas; pues el que lo imita muere, y el que no lo imita vive. Sin embargo, en cuanto de él depende, lleva a ambos a la muerte; por ello dice: *Matan a las mejor alimentadas, pero no apacientan las ovejas.*

Buscaré la oveja perdida, traeré a la descarriada

Del Sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores
Lectura bíblica: Ez 34, 16; Lc 15, 1 - 7

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

El buen pastor no se conforma con cuidar a las ovejas que están en el corral, sino que sale tras las extraviadas. Y si éstas se empeñan en caminar hacia el abismo, más se empeña aún en correr tras ellas. Esta imagen tan expresiva tomada del profeta Ezequiel nos revela el corazón mismo de Dios, quien manda a su Hijo tras de la humanidad extraviada e inspira a todo pastor que de verdad se preocupa por su rebaño.

No recogen las descarriadas ni buscan a las perdidas. En cierta manera puede decirse que **vivimos en este mundo rodeados de ladrones y de lobos rapaces**; por ello les exhortamos a que, **ante tales peligros, no dejen de orar**. Además las ovejas son rebeldes; si, cuando se descarrían, vamos tras ellas, ellas, para engaño y perdición suya, huyen de nosotros, diciendo: «¿Qué quieren de nosotras? ¿Por qué nos buscan?» Como si no fuera un mismo y único motivo el que nos hace desear tenerlas cercanas y el que nos obliga a buscarlas cuando las vemos lejos; las deseamos, en efecto, cerca, porque cuando se alejan se descarrían y se pierden. «**Si vivo en el error -dicen-, si camino hacia la perdición, ¿por qué me buscas? ¿por qué me deseas?**» Precisamente porque **vives en el error quiero llevarte de nuevo al buen camino**; porque te estás perdiendo deseo encontrarte de nuevo.

«**Pero yo -dice la oveja- deseo vivir en el error, quiero perecer.**» Así pues, **¿quieres vivir en el error y caminar a la perdición? Pues si tú deseas esto, yo, con mayor empeño, deseo lo contrario**. Y además no dejaré de írtelo repitiendo, aunque con ello llegue a importunarte, pues

escucho al Apóstol que me dice: *Proclama la palabra, insiste con oportunidad o sin ella. ¿A quiénes se anuncia la buena nueva con oportunidad? ¿A quiénes se les anuncia sin ella? Con oportunidad se anuncia a quienes desean escucharla, sin oportunidad a quienes no lo desean. Por tanto, aunque sea importuno, me atreveré a decirte: .«Tú deseas andar por el camino del error, tú deseas perecer, pero yo deseo todo lo contrario.»* Aquel que puede hacerme temer en el último día no me permite abandonarte; si te abandonara en tu error, él me increparía, diciéndome: *No recoges las descarriadas ni buscas a las perdidas. ¿Acaso piensas que te temeré más a ti que a él? Pues, todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo.*

Iré, por tanto, tras la descarriada, buscaré a la perdida. Lo haré tanto si lo deseas como si no lo deseas. **Y aunque, mientras voy tras ella, las zarzas de las selvas desgarraren mi carne, estoy dispuesto a pasar por los más difíciles y estrechos caminos y a penetrar en todos los cercados. Mientras el Señor, el único a quien temo, me dé fuerzas haré cuanto esté en mi mano. Forzaré a la descarriada al retorno, buscaré a la perdida.** Si quieres que no sufra, no te descarríes, no te apartes del buen camino. Y aun es poco el dolor que siento al ver que vas descarriada y en camino de perdición; temo, además, que si a ti te abandonara daría incluso muerte a las oveja sanas. Mira, si no, lo que se dice en el texto a continuación: *Maltratas brutalmente a las fuertes.* Si descuido, pues, a la que se descarría y se pierde, la que está fuerte deseará también andar por los caminos del error y de la perdición.



***Me voy a enfrentar con los pastores,
les reclamaré mis ovejas***

Del Sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores

Lectura bíblica: Ez 3, 16 – 21; Mt 23, 1 - 7

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

En una sociedad a la deriva como la nuestra, que ha perdido el sentido de los valores más fundamentales, ¿cuántas cosas no se corregirían si como Iglesia ejerciéramos nuestro papel profético de centinela? Aun cuando no pudiéramos evitar tantos atropellos como presenciamos a nivel nacional y local (desde el saqueo de los fondos públicos hasta actos de crueldad y asesinatos), ya sería un gran servicio a la sociedad si los responsables de tales atropellos no pretendieran apañarse tras de la Iglesia y si la distinción entre el bien y el mal quedara clara. La responsabilidad de centinela compete en primer lugar a obispos y sacerdotes, pero igualmente a responsables comunitarios laicos y a todo cristiano bautizado. ¿Cuántas veces callamos, cuando nos tocaría hablar?

Por eso, pastores, escuchen la palabra del Señor. Y ¿qué es lo que escuchan, pastores? *Esto dice el Señor: Me voy a enfrentar con los pastores: les reclamaré mis ovejas. Escuchen y atiendan, ovejas de Dios: El Señor reclama sus ovejas a los malos pastores y les pide cuenta de haberlas llevado a la muerte. Dice, en efecto, en otro lugar, por medio del mismo profeta: Hijo de hombre, te he puesto como atalaya en la casa de Israel: Cuando escuches una palabra de mi boca, les darás la alarma de mi parte. Si yo digo al malvado que es reo de muerte, y tú no le das la alarma: es decir, no hablas poniendo en guardia al malvado, para que cambie su mala conducta, y conserve la vida, entonces el malvado morirá por tu culpa, y a ti te pediré cuenta de su sangre. Pero si tú pones en guardia al malvado, y no se convierte de su maldad y de su mala conducta, entonces él morirá por su culpa, pero tú habrás salvado la vida.*

¿Qué significa esto, hermanos? ¿Se dan cuenta de lo peligroso que es callar? El malvado muere, y muere justamente; muere por su culpa y por su mala conducta; pero el descuido del mal pastor lo llevó a la muerte. El malvado hubiera podido encontrar en su pastor al pastor de vida que dice: *¡Lo juro por mi vida! -Oráculo del Señor-*; pero, como su pastor era descuidado, el malvado no pudo oír la voz de aquel que precisamente fue constituido prelado y vigilante para amonestar al pueblo; así el malvado murió con toda justicia, pero el prelado también recibirá el castigo merecido. En cambio, si éste hubiera dicho al malvado: «Eres reo de muerte, pues te amenaza la espada del Señor» , y él hubiera hecho caso omiso de esta espada inminente, y la espada hubiera caído sobre él, el malvado habría muerto ciertamente por su culpa, pero el prelado habría salvado su vida. **Por eso es obligación nuestra amonestar, y es deber de ustedes escuchar la voz del verdadero Pastor en las santas Escrituras, aun en el caso de que nosotros guardáramos silencio.**

Veamos, pues, ya que así me lo había propuesto, si el Señor reclama las ovejas a los malos pastores para entregarlas a otros pastores que sean buenos. Contemplo al Señor cómo arrebató las ovejas de la mano de los malos pastores. Es esto lo que dice el texto: *Me voy a enfrentar con los pastores: les reclamaré mis ovejas, los quitaré de pastores de mis ovejas para que dejen de apacentarse a sí mismos los pastores.* «Cuando digo: *los quitaré de pastores de mis ovejas*, ya se entiende que es porque se apacientan a sí mismos, no a mi rebaño.»

¿De qué modo los quita de pastores para que dejen de apacentar a sus ovejas? Los quita de pastores cuando afirma: *Cumplan y guarden lo que les digan, pero no los imiten en sus obras*, que es como si dijera: «Proclaman mis palabras, pero obran según sus deseos. **Cuando ustedes no obran según el ejemplo de los malos pastores, ellos ya no les apacientan;** cuando, en cambio, realizan lo que ellos les dicen, yo les apaciento.»

En pastos jugosos apacentaré a mis ovejas

Del sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores

Lectura bíblica: Ez 34, 11- 15

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Interpretando simbólicamente el texto de Ezequiel, los cerros de Israel donde Dios reúne a sus ovejas para pastorearlas él mismo, se transforman para San Agustín en imagen de las Sagradas Escrituras, en las que nos aguarda siempre el Buen Pastor. Ante las limitaciones y fallas de los pastores humanos, sepamos remontarnos a Aquél que nos dice: “Yo mismo cuidaré de mis ovejas”. Junto a Él podremos definitivamente exclamar: «Bien estamos aquí; aquí hemos encontrado y nos han manifestado la verdad; no nos han engañado.»

Las sacaré de entre los pueblos, las congregaré de entre las naciones, las traeré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel. Para ti, Israel, el Señor constituyó montes, es decir, despertó profetas que escribieran **las divinas Escrituras. Apaciéntense en ellas y tendrán un pasto que nunca engaña. Todo cuanto en ellas encuentren gústenlo y saboréenlo bien; lo que en ellas no se encuentre repúdienlo.** No se descarríen entre la niebla, escuchen más bien la voz del pastor. **Retírense a los montes de las santas Escrituras, allí encontrarán las delicias de su corazón, nada hallarán allí que les pueda envenenar o dañar, pues ricos son los pastizales que allí se encuentran.** Vengan, pues, ustedes, solamente ustedes, las ovejas que están sanas; vengan, y apaciéntense en los montes de Israel.

En los ríos y en los poblados del país. Desde los montes que les hemos mostrado fluyen, abundantes, los ríos de la predicación evangélica, de los cuales se dice: *A toda la tierra alcanza su pregón;* a través de estos ríos de

la predicación evangélica el mundo entero se ha convertido en alegre y rico pastizal, donde pueden apacentarse los rebaños del Señor.

Las apacentaré en ricos pastizales, tendrán sus potreros en los montes más altos de Israel, esto es, hallarán un lugar del que podrán decir: «Bien estamos aquí; aquí hemos encontrado y nos han manifestado la verdad; no nos han engañado.» Se recostarán bajo la claridad de Dios, y en la luz de Dios encontrarán su descanso. Dormirán, es decir, descansarán, se recostarán en fértiles campos y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel. Ya hemos dicho más arriba que los montes de Israel son unos montes buenos, hacia los cuales levantamos nuestros ojos, pues de ellos nos viene el auxilio. Aunque, en realidad, *el auxilio nos viene del Señor que hizo el cielo y la tierra*. Por ello, para que no pongamos nuestra confianza en un monte, por muy bueno que nos parezca, se nos dice a continuación: *Yo mismo apacentaré a mis ovejas*. Levanta, pues, tus ojos a los montes, de donde te vendrá el auxilio, pero **espera únicamente en el que te dice: Yo mismo te apacentaré, pues, tu auxilio te viene del Señor que hizo el cielo y la tierra**. Y concluye, diciendo: *Las apacentaré con justicia*. Fíjate cómo él es el único que puede apacentar con justicia. Pues, ¿quién puede juzgar al hombre? **La tierra entera está llena de juicios temerarios. En efecto, aquel de quien desesperábamos, en el momento menos pensado, súbitamente se convierte y llega a ser el mejor de todos. Aquel, en cambio, en quien tanto habíamos confiado, en el momento menos pensado, cae súbitamente y se convierte en el peor de todos.** Ni nuestro temor es constante ni nuestro amor nunca falla.

Lo que sea en el día de hoy el hombre apenas si lo sabe el propio hombre, aunque, quizá, en alguna manera, lo que es hoy sí que puede saberlo; pero lo que uno será mañana ni uno mismo lo sabe. El Señor, en cambio, que conoce lo que hay en el hombre, puede apacentar con justicia, dando a cada uno lo que necesita: A éste, esto; a ése, eso; a aquél, aquello: a cada cual según sus propias necesidades, pues él sabe bien qué es lo que debe hacer. Cuando el Señor apacienta con justicia, redime a los que juzga; por tanto, el Señor apacienta con justicia.

Mis ovejas me siguen y yo les doy vida eterna

Del Sermón de San Agustín, obispo, Sobre los pastores
Lectura bíblica: Jn 10, 1- 5. 27- 30; Jn 21, 15 - 17

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

Concluyendo sus reflexiones sobre los pastores de la Iglesia, San Agustín muestra que en todo buen pastor se hace presente la persona de Cristo. En verdad, es Él el único pastor y quien actúa a través de los muchos pastores humanos. Si al mismo Pedro le encargó apacentar sus ovejas, antes tres veces le preguntó si lo amaba y a continuación le invitó a seguirle. Así, cada pastor del rebaño, en cuanto unido a Cristo por el amor y el seguimiento, hará resonar la voz de su Maestro en vez de la suya propia. Y así se renueva la comunión y unidad de la Iglesia, bajo la conducción del único y verdadero Pastor.

Cristo, pues, te apacienta con justicia, distinguiendo entre quienes son ovejas tuyas y quienes no lo son. *Mis ovejas -dice- me siguen, porque conocen mi voz.*

Aquí, en estas palabras, me parece descubrir que **todos los buenos pastores son como los miembros del único pastor. No es que falten buenos pastores, pero todos son como los miembros del único pastor. Si hubiera muchos pastores habría división, y, porque aquí se recomienda la unidad, se habla de un único pastor.** Si se silencian los diversos pastores y se habla de un único pastor, no es porque el Señor no encontrara a quien encomendar el cuidado de sus ovejas, pues cuando encontró a Pedro las puso bajo su cuidado. Pero incluso en el mismo Pedro el Señor recomendó la unidad. Eran muchos los apóstoles, pero sólo a Pedro se le dice: *Apacienta mis ovejas.* **Dios no quiera que falten nunca buenos pastores, Dios no quiera que llegemos a vernos faltos de ellos; ojalá no deje el Señor de hacer que surjan y consagrarlos.**

Ciertamente que si existen buenas ovejas habrá también buenos pastores, pues de entre las buenas ovejas salen los buenos pastores. Pero hay que decir que todos **los buenos pastores** son, en realidad, como miembros del único pastor y forman una sola cosa con él. **Cuando ellos apacientan es Cristo quien apacienta. Los amigos del esposo no pretenden hacer oír su propia voz, sino que se complacen en que se oiga la voz del esposo.** Por esto, cuando ellos apacientan es el Señor quien apacienta; aquel Señor que puede decir por esta razón: «*Yo mismo apaciento*», porque la voz y el amor de los pastores son la voz y el amor del mismo Señor. Ésta es la razón por la que quiso que también Pedro, a quien encomendó sus propias ovejas como a un semejante, fuera una sola cosa con él: así pudo entregarle el cuidado de su propio rebaño, **siendo Cristo la cabeza y Pedro como el símbolo de la Iglesia que es su cuerpo;** de esta manera fueron dos en una sola carne, a semejanza de lo que son el esposo y la esposa.

Así, pues, para poder encomendar a Pedro sus ovejas, sin que con ello pareciera que las ovejas quedaban encomendadas a otro pastor distinto de sí mismo, el Señor le pregunta: «*Pedro, ¿me amas?*» **Él respondió:** «*Te amo.*» **Y le dice por segunda vez:** «*¿Me amas?*» **Y respondió:** «*Te amo.*» **Y le pregunta aún por tercera vez:** «*¿Me amas?*» **Y respondió:** «*Te amo.*» Quería fortalecer el amor para reforzar así la unidad. De este modo **el que es único apacienta a través de muchos, y los que son muchos apacientan formando parte del que es único.**

Por tanto, en realidad, puede decirse que al mismo tiempo se habla de muchos pastores y se afirma que hay un solo pastor. Que se gloríen, pues, los pastores de ser pastores, pero *el que se gloría, que se gloríe en el Señor.* **Apacentar a Cristo, apacentar para Cristo, apacentar en Cristo significa, pues, no querer apacentarse a sí mismo, sino a Cristo solamente.** No fue por falta de pastores -como anunció el profeta que ocurriría en futuros tiempos de desgracia- que el Señor dijo: *Yo mismo apacentaré a mis ovejas,* como si dijera: «No tengo a quien encomendarlas.» Porque, cuando todavía Pedro y los demás apóstoles

vivían en este mundo, aquel que era el único pastor, en el que todos los otros pastores eran uno, dijo: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que las recoja, para que se forme un solo rebaño y un solo pastor.*

Que todos los pastores, pues, formen parte del único pastor y que a través de todos ellos resuene solamente la voz del único pastor; al oír esta voz las ovejas seguirán no a éste o aquél, sino a su único pastor. Que todos los pastores hagan, pues, resonar en él una única voz, que no dejen oír voces diversas. *Les exhorto, hermanos, a que tengan todos unión y concordia; no haya divisiones entre ustedes.* Que las ovejas oigan siempre esta voz, limpia de toda división, purificada de todo error de doctrina, y puedan, así, seguir a su propio pastor que les dice: *Mis ovejas me siguen, porque conocen mi voz.*

***Pastor, no te apacientes a ti mismo,
sino a mis ovejas***

De los Tratados de San Agustín, obispo, Sobre el evangelio de San Juan
Lectura bíblica: Jn 21 15 – 19; Fil 2, 19 - 22

San Agustín (ver p. 35)

Comentario

En su comentario sobre el Evangelio de San Juan vuelve de nuevo San Agustín sobre el tema de los pastores, a propósito del diálogo entre el Resucitado y Pedro a orillas del lago de Genesaret. Al apóstol encomienda Jesús apacientar su rebaño, pero antes tres veces le pregunta si le ama. De ahí concluye San Agustín que la tarea del pastor es conducir a su comunidad hacia el amor de Cristo, incluso al precio de su propia vida. “Los que apacientan las ovejas de Cristo como si fueran suyas – dice- y no de Cristo, dan muestras de que se aman a sí mismos y no a Cristo”.

Primero el Señor pregunta lo que él ya sabe de antemano, y no una sola vez, sino dos y hasta tres veces, esto es, si Pedro lo ama; y otras tantas veces escucha la misma respuesta de Pedro, que sí le ama; y otras tantas veces encomienda a Pedro la misión de apacentar sus ovejas.

A la triple negación corresponde la triple declaración de amor, para que su lengua no quede al servicio del temor más que del amor, y para que se viese que la muerte que ya se acercaba le soltaba más la lengua que la vida presente. Si la negación del pastor fue causada por el temor, ahora el pastoreo del rebaño del Señor ha de ser la prueba de su amor.

Los que apacientan las ovejas de Cristo como si fueran suyas y no de Cristo dan muestras de que se aman a sí mismos y no a Cristo.

Contra estos tales nos ponen continuamente en guardia estas palabras de Cristo, como también las del Apóstol, quien se queja de los que buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo.

Pues aquellas palabras de Cristo: *¿Me amas? Apacienta mis ovejas,* vienen a decir: «Si me amas, piensa que no te apacientas a ti mismo, sino a mis ovejas; apaciéntalas como mías, no como tuyas; busca en ellas mi gloria, no la tuya; mi dominio, no el tuyo; mi ganancia, no la tuya; no participes del sentir de aquellos que pertenecen a los tiempos peligrosos, los que se aman a sí mismos y a todo lo demás que sigue de este mal principio.»

Por tanto, los que apacientan las ovejas de Cristo no han de ser amadores de sí mismos, y así las apacentarán no como propias, sino como pertenecientes a Cristo. **El peor mal que hay que evitar en los que apacientan las ovejas de Cristo es el buscar sus propios intereses y no los de Jesucristo, destinando a su propia utilidad a aquellos por quienes ha sido derramada la sangre de Cristo.**

El amor del que apacienta las ovejas del Señor debe ser tan grande que sea capaz de vencer incluso el temor natural de la muerte, que hace que nos resistamos a morir aun cuando deseamos vivir con Cristo.

Por muy grande que sea nuestra repugnancia a la muerte, debe superarla la fuerza del amor hacia aquel que, siendo nuestra vida, quiso también sufrir la muerte por nosotros.

Pues, si la muerte no nos causara ningún pesar, no sería tan grande la gloria de los mártires. Pero, si el buen Pastor, que dio su vida por las ovejas, ha levantado tantos mártires entre sus mismas ovejas, ¿con cuánta más razón aquellos a quienes ha encomendado el apacentar sus ovejas, esto es, el enseñarlas y dirigir las, no deberán luchar hasta la muerte por la verdad, y hasta el derramamiento de su sangre contra el pecado?

Y por esto, habiendo precedido el ejemplo de la pasión de Cristo, está claro que los que más deben imitarlo son los pastores, pues muchas son las ovejas que lo han imitado, y los mismos pastores son también ovejas del único rebaño gobernado por el único Pastor. Él, sufriendo por todas sus ovejas, las hizo todas suyas, ya que él mismo se hizo también oveja para así padecer por todos.

Cómo hay que predicar

Del Tratado de San Vicente Ferrer, presbítero, Sobre la vida espiritual
Lectura bíblica: 1 Tes 2, 1 - 8

San Vicente Ferrer (1350-1419)

Nacido en Valencia, España, ingresó a los 17 años en la Orden de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán. Se destacó en su juventud como misionero y predicador popular en la región de Andalucía. En un momento de profunda división en la Iglesia, tomó partido a favor del Papa separatista francés Clemente VII frente al Papa de Roma. Fue más tarde acusado de predicar falsas doctrinas y sometido a un humillante proce-

so, pero otro de los Papas franceses le salvó la vida poniéndose de su parte. Ya libre de sospecha se lanzó a una gira misionera de 20 años a través del sur de Francia, norte de Italia y Suiza. El terrible conflicto entre los dos Papas consumía entonces todas las energías de la Iglesia, y el pueblo, abandonado a su suerte, no sabía ya ni persignarse. Sus predicaciones atraían grandes multitudes y exhortaban a la penitencia, tanto al pueblo sencillo como a príncipes y obispos. Muchos enemigos se reconciliaban en su presencia. Cuando, para colmo de males, después del concilio Pisa (1409), ya no hubo dos, sino incluso tres Papas, San Vicente pensó que se aproximaba el fin del mundo y no supo más de parte de quién ponerse. A partir de 1412 se declaró por tanto a sí mismo “delegado del Papa Jesús”. En 1414 el Concilio de Constanza exhortó a los tres Papas a renunciar para proceder a nombrar un nuevo Papa que restaurara la unidad de la Iglesia y en 1416 San Vicente se distanció pública y solemnemente del Papa separatista francés, rectificando así la actitud anterior de toda su vida.

Comentario

Conservan mucha actualidad estas recomendaciones de San Vicente Ferrer sobre la predicación. Él mismo fue un predicador popular de gran eficacia y mucho fruto. Sus indicaciones son: que se debe hablar desde la vida, proponiendo ejemplos sencillos y concretos, y hacerlo siempre movido por una gran misericordia, incluso cuando se denuncien graves pecados. La predicación sin amor cae en el vacío y por eso la primera tarea del predicador es implorar a Dios que lo llene de su amor.

En la predicación y exhortación emplea un lenguaje sencillo y familiar, bajando a los detalles concretos; y, en cuanto puedas, insiste en proponer ejemplos, para que cualquier pecador, con aquel pecado concreto, se sienta aludido como si hablaras para él solo. Sin embargo, hazlo de tal manera **que se vea bien claro que tus palabras proceden no de un ánimo soberbio e iracundo, sino más bien de unas entrañas de caridad y amor paterno**, al igual que un padre se duele de los pecados de sus hijos, como si padecieran una enfermedad grave o como si estuvieran metidos

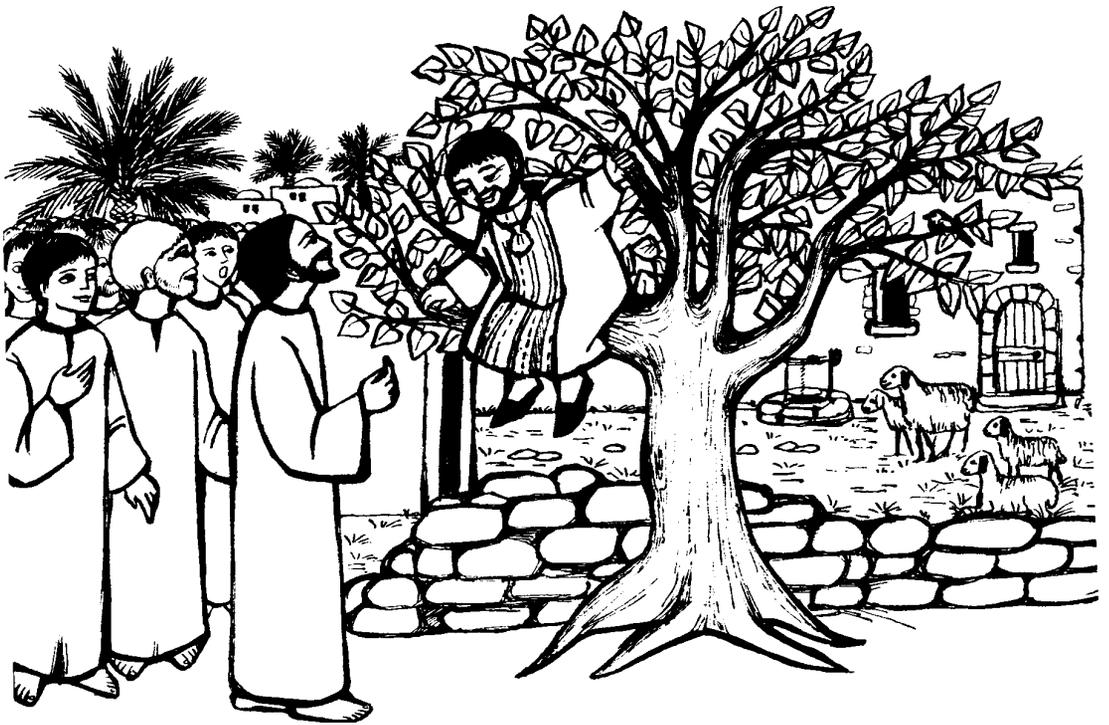
en un hoyo profundo, y se esfuerza en sacarlos y librarlos, y los cuida como lo haría una madre. Habla como quien se alegra del provecho del pecador y de la gloria que le espera en el paraíso.

Ésta es la manera que acostumbra a ser provechosa a los oyentes. Porque un modo de hablar demasiado general sobre las virtudes y los vicios mueve poco a los que te escuchan.

También en el confesionario, tanto si confortas con suavidad a los acobardados como si atemorizas con energía a los endurecidos en el pecado, muestra siempre entrañas de misericordia, para que en todo momento el pecador sienta que tus palabras proceden únicamente de tu amor. Por esto, a las palabras punzantes deben preceder otras llenas de caridad y de dulzura.

Tú, por tanto, que desees ser útil a las almas del prójimo, primero acude a Dios de todo corazón y pídele simplemente esto: que se digne infundir en ti aquel amor que es el resumen de todas las virtudes, ya que éste te hará alcanzar lo que desees.

**12. ¡Ay de ustedes
los que están
satisfechos!**



**Te gusta el oro
y no pones ante tus ojos
el sufrimiento de los pobres**

De la Homilía de San Basilio, obispo, sobre la parábola del rico insensato
Lectura bíblica: Lc 12, 16 – 21; Is 58, 6 - 11

San Basilio (330 - 379)

Provenía de una extraordinaria familia de cristianos admirables: la abuela era Santa Macrina; su madre, Santa Emilia; su hermana, Santa Macrina la joven; sus hermanos, San Gregorio (de Nisa) y San Pedro... Desde jovencito inspiraba profundo respeto por su seriedad y madurez. Toda su vida vivió a fondo su fe cristiana y tomó una serie de decisiones heroicas. Estudió en Cesarea, Constantinopla y Atenas y adquirió una sólida formación. En Atenas estrechó una gran amistad con San Gregorio Nacianceno. Regresó a Cesarea en el 356 y tras recibir el bautismo, se retiró varios años a vivir como monje. El obispo Eusebio le nombró su asesor teológico y le consagró como sacerdote; luego se convertiría en su sucesor (370) como arzobispo de Cesarea. Le tocaron tiempos de recias disputas doctrinales, en las que sobresalió por su valentía, claridad de pensamiento y firmeza. Trabajó incansablemente por el bien y la unidad de la Iglesia, agotando pronto sus fuerzas y sin poder llegar a ver los frutos de sus abnegados esfuerzos, que cosecharon las siguientes generaciones. Ante todo fue un gran pastor, consagrado a la predicación y catequesis directa al pueblo. Contribuyó a formular la doctrina de la Santísima Trinidad.

Comentario

Escrito en tiempos en que aún existía la esclavitud, este sermón de San Basilio sobre la parábola del rico insensato es una formidable exhortación a los ricos, para dejar de acumular bienes y privilegios y abrir sus corazones a las necesidades de los pobres. Con apremio pregunta: ¿cuándo lograrán ustedes poner ante sus ojos las necesidades de los pobres? Y presenta el caso desgarrador de un padre de familia obligado a elegir a cuál de sus hijos tendrá que vender en esclavitud para alimen-

tar al resto. Con muy poca imaginación, podríamos descubrir nosotros en nuestra propia sociedad alternativas igualmente desgarradoras: jóvenes madres que venden sus cuerpos o aceptan ser explotadas en una Zona Franca al costo de su salud para poder ofrecer un puñado de arroz y frijoles a sus hijos; padres de familia o jóvenes emigrantes que en el extranjero aguantan privaciones sin cuento. O el caso más común de todos —contemplado con absoluta indiferencia: madres obligadas a vender sus servicios como domésticas para cuidar hijos ajenos mientras descuidan a los suyos propios.

Hay dos clases de tentaciones. El dolor prueba a las personas como el crisol al oro, y hace ver su buena ley por medio de la paciencia. Pero la prosperidad se convierte también para muchos en ocasión de prueba. Porque **tan difícil como no hundirse en las dificultades, es no volverse insolente en la prosperidad.**

De esas tentaciones que pueden venir de la prosperidad de la vida tenemos como ejemplo, entre otros muchos, a ese rico del que nos acaban de leer en el evangelio... Dios hizo que el sol calentara las semillas y multiplicara los frutos por medio de la fertilidad.

Pero ¿qué había en este hombre? Dureza, aborrecimiento de los demás, mano cerrada a la hora de dar. Así le pagaba a Dios su bienhechor. No pensaba para nada en la común condición humana, no pensaba que lo sobrante debe repartirse con los necesitados. No hacía caso de aquellas palabras: «*Parte tu pan con el hambriento*». Ya pueden clamar todos los profetas y todos los maestros: el rico avaro no escucha a nadie.

Los graneros reventaban y resultaban estrechos por la cantidad de bienes. Pero el corazón codicioso no se llenaba con nada. Y así, acumulaba cada vez más, y aumentaba su opulencia con los beneficios de cada año, hasta llegar a este problema que no tenía solución: no podía desprenderse de lo antiguo por su avaricia, y no podía dar cabida a lo nuevo por sus enormes ganancias. Consideraciones angustiosas y problemas sin solución: «¿qué voy a hacer?»

¿Quién no compadecerá a un hombre así de obsesionado, a quien sus tierras, en lugar de frutos y provechos, le producen cavilaciones?

Entérate, hombre, de quién te ha dado lo que tienes, acuérdate de quién eres, qué es lo que administras, de quién lo has recibido, por qué has sido elegido tú en lugar de otros. Has sido hecho simple servidor de Dios, **administrador de los que son siervos de Dios igual que tú.** No te imagines que todo ha sido preparado exclusivamente para tu estómago. Piensa que lo que tienes entre manos es cosa ajena... y que de todo se te pedirá cuenta... «¿Qué voy a hacer entonces?» Lo lógico sería que respondieras: «Saciaré a las personas hambrientas, abriré mis graneros y convidaré a todos los necesitados». Y que pronunciaras esta magnífica frase: «Todos los que necesitan pan, vengan a mí»... Pero no eras tú de esa clase de hombres.

A ti te gusta mucho el bello color del oro, pero no te enteras de cuántos gemidos de miserables te van siguiendo. **¿Cuándo lograrás poner ante tus ojos los sufrimientos de los pobres?** Mira al pobre buscando por todos los rincones de su casa. Ve que ni tiene dinero ni lo tendrá nunca. Todos sus bártulos juntos apenas valen unos cuantos pesos. ¿Qué hacer? Echa una mirada sobre sus hijos: él no ve otra salida para evitar la muerte que llevarlos al mercado y venderlos. Mira esa lucha entre la tiranía del hambre y el amor del padre. El hambre amenaza con la muerte más espantosa, y la naturaleza le arrastra a morir juntamente con sus hijos. Ya otras veces había dado algunos pasos adelante, pero luego se había vuelto atrás. Por fin, ahora, la violencia de la necesidad que se impone a la fuerza va a salir triunfante.

¡Qué pensamientos está considerando el pobre padre! ¿A quién venderé primero? ¿A quién mirará con más gusto el proveedor de trigo? ¿Le vendo al mayor? Pero me conmueven sus derechos de primogénito. ¿Le vendo entonces al más pequeño? Pero me da lástima su tierna edad, que aún no sabe de desgracias. El uno es un retrato vivo de sus padres. El otro está

bien dotado para las letras... Pero si los conservo a todos no haré más que consumirlos a todos a fuerza de sufrimientos. Y si entrego nada más que a uno, ¿con qué ojos miraré a los que me quedan? , ¿cómo me acercaré a la mesa, llena a costa de éste?

Y el pobre desgraciado, con los ojos llenos de lágrimas, acude a vender al más querido de sus hijos, mientras tú no te conmueves de su tragedia ni te pasa por la cabeza que es de tu misma condición humana. A él le hostiga el hambre, y tú das largas y te burlas, alargando su desgracia. El paga la comida con sus propias entrañas, y tu mano no sólo no se paraliza al negociar semejantes atrocidades, sino que todavía regateas y discutes para ver si, recibiendo más, das menos... Todo te deja duro e insensible a sus ruegos. Sólo ves dinero, sólo imaginas dinero. Con él sueñas dormido, y en él piensas despierto. Igual que los locos ya no ven las cosas que tienen delante de ellos, sino las que les representa su enfermedad, así tu alma, prisionera de la avaricia, sólo ve monedas y dinero. Prefieres ver oro que ver el sol. Quisieras que todo se convierta en oro y, por lo que de ti depende, así lo intentas.

***Si cada uno tomara lo necesario
no habría ricos, pero tampoco pobres***

De la Homilía de San Basilio, obispo, sobre la parábola del rico insensato
Lectura bíblica: Mt 25, 41 – 46; Dt 15, 7 - 11

San Basilio (ver p. 167)

Comentario

Continúa San Basilio su exhortación a los ricos a propósito de la parábola del rico insensato (Lc 12, 16 – 21). ¿Qué predicaría hoy este Padre de la Iglesia en un mundo como el nuestro, donde el afán de lucro y la propiedad privada se idolatran como si fueran valores absolutos? Su enseñanza conserva plena actualidad: nadie tiene derecho a acumular riquezas que superen las propias necesidades para vivir dignamente, mientras otros carezcan de lo necesario. La doctrina social católica lo repite

con insistencia: lo superfluo, ha dicho Juan XXIII, se mide en relación a la necesidad del otro (Radiomensaje del 11-IX-1962) y en su encíclica sobre el desarrollo de los pueblos, escribió Pablo VI: “No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad cuando a los demás les falta lo necesario” (PP 23). En su discurso inaugural de Puebla lo repitió Juan Pablo II de cara a la América Latina: “Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres”. El ideal bíblico es el de un orden social donde al que tenga mucho no le sobre, ni tampoco le falte al que tenga poco, de modo que cada familia posea lo necesario para vivir dignamente (Ex 16, 17 - 18; 2 Co 8, 13 - 15).

Y fíjense qué ridículo. ¿Qué decisiones va a tomar el que ya tiene un pie en la tumba? «Derribaré mis graneros y edificaré otros». Y yo le diría: harás muy bien. Porque esos graneros de injusticia son dignos de ser derribados. Echa por tierra con tus propias manos lo que tú mismo edificaste injustamente. Destruye esos trojes, ya que nunca sirvieron para remediar a nadie. Derriba esa casa cuna de la avaricia, desmantela los techos, derrumba las paredes, muestra al sol ese trigo carcomido, saca de la cárcel esa riqueza prisionera... «Derribaré mis graneros y construiré otros más grandes». Pero si también llenas éstos, ¿qué harás entonces? ¿Los volverás a derribar y los volverás a reedificar? **Y ¿qué cosa más ridícula que trabajar sin tregua para construir con afán y destruir con el mismo afán? Si quieres graneros, ahí tienes las casas de los pobres.**

Tú insistes: ¿a quién hago agravio reteniendo lo que es mío? Pero vamos a ver: ¿qué es eso que llamas tuyo? ¿Lo tomaste de alguna parte para venirme con ello a la vida? Es como si uno, por ocupar primero un asiento en el teatro, echara luego fuera a los que entran, apropiándose de lo que está allí para uso de todos. Pues así son los ricos: por haberse apoderado primero de lo que es de todos, se lo apropian a título de primer ocupante. Si cada uno tomara lo que cubre su necesidad, y se limitara a dejar lo demás para quienes lo necesiten, nadie sería rico, pero nadie sería tampoco pobre. ¿No saliste desnudo del vientre de tu madre? ¿No has de volver igualmente desnudo al seno de la tierra? Entonces, ¿de

dónde procede lo que ahora tienes? Si respondes que del azar, eres impío no reconociendo al Creador y no agradeciendo lo que has recibido. Pero si confiesas que todo te viene de Dios, dínos por qué razón lo has recibido.

¿Acaso es Dios injusto por el hecho de que los medios de vida estén repartidos desigualmente? ¿Por el hecho de que tú seas rico y el otro pobre? ¿No será más bien para que tú seas coronado por saber dar, y el otro por saber ser paciente? Pues entonces, ¿cómo es posible que tú creas no cometer agravio contra nadie, cuando lo encierras todo en los fondos insaciables de tu avaricia, y defraudas a tantos y tantos? Avaro es el que no se contenta con lo necesario, y ladrón el que quita lo suyo a otros. Y tú, ¿no eres avaro ni ladrón, si estás apropiándote de lo que se te dio *sólo para que lo administrases*? **Si llamamos ladrón a aquel que desnuda a un vestido, ¿vamos a llamar de otra manera al que no viste a un desnudo, pudiéndolo hacer? El pan que tú retienes es del hambriento. Los vestidos que guardas en tus arcas son del desnudo. El calzado que se pudre en tu casa es del que va descalzo.** Y en resumen: estás ofendiendo a todos cuantos puedes socorrer.

Y algunos piensan: esas palabras son muy bonitas, pero los billetes todavía lo son más. Es como hablar sobre la castidad a los lujuriosos, que, si los atacas por sus amantes, el mero recuerdo ya les mueve el deseo. ¿Cómo te pondría yo ante los ojos los sufrimientos del pobre, a ver si caes en la cuenta de qué gemidos producen tus tesoros?

«Apártense de mí, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me dieron de comer...». Fíjense que no se acusa ahí al ladrón, sino que se condena al que no quiere dar de «lo suyo». Yo les he dicho lo que creía convenirles. Ahora les toca a ustedes cumplirlo. Si lo cumplen, tienen bien claros los bienes que se les prometen. Pero si desobedecen, también está escrita la amenaza que pido a Dios no vayan tener que probar por experiencia. Tomen el buen consejo, para que su riqueza se convierta en su redención, y caminen hacia los bienes que les están preparados por la gracia de Dios.

**En la misma medida
en que abundes en riqueza,
estarás falto de amor**

De la Homilía de San Basilio, obispo, sobre el joven rico

Lectura bíblica: Lc 18, 18 - 23

San Basilio (ver p. 167)

Comentario

Comentando el pasaje del joven rico, San Basilio reflexiona sobre las riquezas. Y establece un criterio iluminador: es imposible acumular bienes y riquezas si se ama al prójimo, pues poner las necesidades de los pobres por encima de cualquier lujo inútil es propio del amor. Al describir los lujos escandalosos de los ricos de su época, se queda corto frente a los de nuestra era tecnológica, en que los niveles de consumo superfluo se han agigantado. Juan Pablo II mantiene su mismo criterio frente al consumismo de nuestra época: “Los cristianos han de procurar estar a la vanguardia en despertar convicciones y modos de vida que rompan decisivamente la locura del consumo, agotador y falto de alegría... Tenemos que encontrar un modo sencillo de vivir... En la sencillez y gozo de una vida inspirada en el Evangelio y en el espíritu evangélico del compartir fraterno, encontrarán el mejor remedio de las críticas amargas y paralizarán la duda y la tentación de hacer del dinero el medio principal e incluso la medida del progreso humano” (Homilía en el Yankee Stadium de Nueva York).

El joven rico del evangelio aparece, por un lado, como digno de alabanza y, por otro, como digno de censura y sin remedio. Pues que haya reconocido al Maestro verdadero y sólo a El le haya dado ese nombre, poniéndose en contra de la arrogancia de los fariseos y del engreimiento de los doctores, eso era digno de alabanza. Como también lo es su solicitud por saber cómo conseguir la vida eterna.

Pero luego aparece con claridad que su intención no era buscar de veras lo bueno, sino lo que pudiera agradar a la gente. Pues una vez que oyó del verdadero Maestro enseñanzas saludables, no las grabó en su corazón, ni se decidió a ponerlas en práctica, sino que, ciego por su avaricia, se retiró triste de la presencia del Señor. Esto demuestra lo desigual de su carácter, y la profunda división consigo mismo.

Si es verdad, como dices, que no has matado, ni has robado, ni has cometido adulterio, todo el esfuerzo que has puesto en eso queda inutilizado al no añadir lo que falta, aquello que justamente te haría entrar en el reino de Dios... Lo que el Señor te manda demuestra cuánto te falta para llegar al amor verdadero. Porque, si es verdad lo que dices, de que has guardado desde tu juventud el mandato del amor, y has dado a cada uno tanto como a ti mismo, **¿de dónde te viene esa abundancia de riquezas? Porque el cuidado de los pobres hace desaparecer las riquezas, si uno se reserva para sí mismo lo necesario y todos a la vez distribuyen sus riquezas y las gastan en cuidar a los pobres. De modo que quien ama al prójimo como a sí mismo, no posee nada más que su prójimo.**

Pero tú posees muchas riquezas: ¿de dónde te vienen pues? De que has preferido gozar tú solo de ellas antes que socorrer con ellas a muchos. Esto está clarísimo. **Por tanto, en la medida en que abundas en riquezas, en esa misma medida estás falto de amor.** Si amaras a tu prójimo, hace tiempo que habrías pensado en desprenderte de lo que tienes. Pero la verdad es que tu dinero está más pegado a ti que los mismos miembros de tu cuerpo. Y te duele más desprenderte de él, que si te cortaran los miembros más importantes.

Estos son los hechos: si hubieras vestido al desnudo, si hubieras partido tu pan con el hambriento, si tu puerta hubiera estado abierta a todo transeúnte, si te hubieras hecho padre de los huérfanos, si te hubieras compadecido del necesitado, ¿por qué dinero tendrías pena ahora? ¿Cómo ibas a irritarte por desprenderte de lo que tienes, si antes te hubieras cuidado de distribuir la mayor parte a los necesitados?

Y ¿en qué vas a emplear tu riqueza? ¿Te quieres vestir de una ropa más preciosa? Pues la verdad es que una túnica de dos codos ya te basta, y un solo manto cubre tu necesidad de vestimenta. ¿Emplearás tu dinero en comer? Pues un solo pan ya es bastante para llenar el vientre... Pero la verdad es que la mayor parte no pone tanto afán en tener dinero por razones de comida y vestido, sino que **el diablo se ha dado buenas mañas en sugerir a los ricos infinitos pretextos para gastar: de modo que se busca lo inútil como necesario, y nada les basta para sus necesidades imaginarias.**

Realmente, yo no puedo menos de admirar tanta invención de cosas inútiles. Los carruajes y coches lujosos son innumerables, unos para transportar cargas, otros para las personas, todos recubiertos de bronce y plata. Muchedumbre de caballos que tienen su árbol genealógico como si fueran personas, para juzgar de su nobleza. Unos llevan por la ciudad a esta gente dada a la buena vida, otros son para la caza, otros los acompañan en sus viajes. Los frenos, las cinchas, los colleras, todo es de plata o está adornado de oro. Criados elegantemente vestidos que adornan a los caballos como a novios; muchedumbre de mulos que se distinguen por sus colores; conductores para gobernar a los caballos que se suceden unos a otros, unos para delante y otros para detrás. Número infinito de servidores que ha de servir para ostentar lujo: administradores, dispenseros, labradores, expertos en toda clase de artes, tanto las inventadas para el sustento necesario como las que miran al goce y al placer: cocineros, panaderos, coperos, cazadores, alfareros, pintores, artífices de todo placer imaginable. Rebaños de camellos, unos para la carga, otros de pasto. Rebaños también de caballos, manadas de bueyes, ovejas y cerdos. Pastores para ellas. Tierra que procure pastos, además de aumentar el capital con sus rentas. Baños en la ciudad, baños en el campo. Casas que echan brillo con mármoles de toda especie... De estas casas, unas las calientan en invierno y otras las refrescan en verano. El suelo está adornado con mosaicos, los techos están pintados de oro. La parte de las paredes que no ha sido empotrada con pedrería se engalana con las flores de la pintura.

Y luego, como todavía sobra riqueza, a pesar de haberla dividido en tantas partes, se la esconde bajo tierra y se la guarda en lugares ocultos. El porvenir es incierto y no sabemos si nos puede suceder una calamidad inesperada. ¡Lo verdaderamente incierto es si llegarás a usar del oro que tienes enterrado! Pero no es incierto el castigo de un modo de ser inhumano. ¡Locura extraordinaria la que te hace esconder bajo tierra la que no has podido consumir pese a todas tus invenciones! O sea: que cuando estaba en las minas, había que excavar la tierra; y ahora que ya salió a la luz, hay que enterrarlo otra vez bajo tierra. Pero al enterrar tu oro entierras tu corazón, porque el Señor dice: «donde está tu tesoro allí está tu corazón». Por eso los entristecen los mandamientos: pues ellos dan por sentado que la vida no merece vivirse si no la pasan en estos gastos inútiles.

**¿Guardas el dinero
y desprecias al que muere por no tenerlo?**

De la Homilía de San Basilio, obispo, sobre el joven rico

Lectura bíblica: Mt 7, 21 – 23; Lc 18, 18 - 23

San Basilio (ver p. 167)

Comentario

De nada sirven las prácticas religiosas de los ricos sin solidaridad eficaz con los pobres, porque para amar al Dios de Jesús, es necesario antes hacer justicia al oprimido (Lc 19, 8 - 9). Igual que en tiempos de San Basilio, hoy muchos buscan una religiosidad para fines exclusivamente privados (“mi cosecha, mis hijos, mis enfermedades o las de mis hijos”). Este Padre de la Iglesia nos recuerda también que por encima del valor de las cosas está siempre la dignidad de la persona humana, aunque la codicia se niegue a reconocerlo.

Yo sé de muchos que ayunan, hacen oración, gimen y suspiran, practican toda piedad que no suponga gasto, pero no sueltan un

centavo para los necesitados. Y ¿de qué les va a servir toda esa piedad? ¡No se les admitirá en el reino de los cielos!... En cambio, los que razonan sensatamente habrán de pensar que las riquezas nos han sido dadas para administrarlas, no para gastarlas en placeres; y, en caso de desprenderse de ellas, habrán de alegrarse como quien devuelve la ajeno, en vez de irritarse como aquel a quien se priva de un bien propio. ¿Por qué, pues, te entristeces y te abate la pena cuando oyes decir: «vende cuanto tienes»?

¿Qué responderás al juez, tú que revistes las paredes y dejas desnudo al hombre? ¿Tú que adornas a los caballos y ni siquiera te dignas mirar a tu hermano cubierto de harapos? ¿Tú que dejas que se te pudran los alimentos y no alimentas a los hambrientos? ¿Tú que guardas el dinero y desprecias al que muere por no tenerlo? Y si tienes en casa una mujer que también ame la riqueza, entonces la enfermedad es doble. Pues, en este caso, la mujer enciende y acrecienta el amor al placer y clava los agujones de vanos deseos, ya que fantasea ciertas joyas, como margaritas, esmeraldas y jacintos; sueña con el oro y aumenta el mal con todo género de tonterías. Porque su afán por estas cosas no es como de paso, sino que piensa en ellas noche y día. Y luego, hay un enjambre de aduladores que alaban sus deseos, y le congregan a los tintoreros, a los joyeros, perfumeros, decoradores... Y así no hay riqueza que sea suficiente, ni aunque fluyera de los ríos, cuando se la pone al servicio de los caprichos femeninos.

Y es que las mujeres amantes del oro gustan de tener las manos atadas, con tal que la atadura sea de oro. Un perfume de tierras lejanas lo piden ellas como si fuera aceite del mercado; y las flores marinas, conchas y nácares, como si fuera lana de las ovejas; y el oro incrustado de piedras preciosas igual lo emplean para adornar la frente, que el cuello, los cinturones, las manos o los pies.

Por eso, dado que la riqueza se reparte en tantos usos y abusos por el varón y la mujer que compiten en vanas fantasías, no es de maravillar que no encuentre ocasión alguna para salir hacia afuera. Cuando oyes que se

te dice: «vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás así un tesoro en el cielo», te vas triste. Pero si te dicen: «dales dinero a las mujeres caprichosas, dales a los joyeros, a los carpinteros, a los que ponen mosaicos o a los pintores», entonces te alegras como si hubieses adquirido algo más precioso que el dinero.

Cuando entro en casa de un rico viejo e insensato, y la veo toda engalanada, me doy cuenta de que adorna lo que carece de alma y deja sin adorno alguno a su alma. Pues dime: ¿qué utilidad tienen esas lechos y mesas de oro y plata, esas camas y sillas de marfil, que impiden que la riqueza pase a los pobres, por más que se amontonen a miles junto a la puerta y den las voces más lastimeras? Y tú te niegas a dar alegando que es imposible socorrer a tantos. Tu lengua lo jura, pero tu mano te delata. Pues aunque ella calle, pregona tu mentira al estar iluminada por tu anillo. ¡A cuántos pobres no podría sacar de sus deudas un solo anillo tuyo! ¡Cuántas casas que están cayéndose podría levantar! Una sola de tus arcas de vestidos podría vestir a un pueblo entero que tiembla de frío. Y, sin embargo, nada se te da de despachar al pobre con las manos vacías, sin temor alguno a la Justicia eterna. No has sido misericordioso y tampoco alcanzarás misericordia. No has abierto tus puertas, luego se te cerrarán las del reino de los cielos. No has dado un pedazo de pan, luego tampoco a ti se te dará la vida eterna.

¡Y aún dices que tú también eres pobre! Pero yo te doy la razón. Porque pobre es el que necesita muchas cosas. **Y a ustedes los hace necesitados lo insaciable de su codicia. En cuanto tienes diez millones ya estás deseando añadir otros diez. Apenas tienes veinte, ya estás deseando otros tantos; y así sucesivamente. Y lo que añades no sacia tu deseo sino que enciende otra vez tu codicia.** Es como los borrachos, que si se les pone más vino delante se les da más ocasión de beber. Igual los ricos: **cuanto más poseen más desean poseer.** Y así, alimentan constantemente su vicio con las nuevas ganancias, con lo que todo su afán se vuelve del revés: porque no les alegra lo que tienen, por mucho que sea, sino que les entristece lo que les falta (o se imaginan ellos que les falta).

Pero dime, ¿de qué te aprovecha llevar la mano iluminada por piedras preciosas? ¿A quién perdonó la muerte por consideración a sus riquezas? ¿De quién se espantó la enfermedad por su mucho dinero? ¿Hasta cuándo será el dinero el patíbulo de las almas, el anzuelo de la muerte y la carnada del pecado? **¿Hasta cuando habrá riqueza que sea causa de guerras, por la que se fabrican las armas y se afilan las espadas? Por culpa del dinero los parientes desconocen que son de la misma sangre, los hermanos se miran unos a otros como criminales...** ¿Qué les pasa, humanos? ¿Quién ha convertido a sus mismos bienes en trampa contra ustedes? **La riqueza es un auxilio para la vida, ¿por qué la hemos hecho instrumento de males?** Es redención del alma. ¿Por qué la hacemos ocasión de perdición?

-Pero es que quiero gozar primero de mis bienes durante mi vida. A mi muerte ya haré herederos a los pobres y, con escrituras y testamentos, les declararé amos y señores de todo.

Eso es: cuando ya no estés entre los hombres te vas a volver amante de la humanidad. Cuando te vea hecho un cadáver, te llamaré enamorado de tus hermanos. ¡Muchas gracias por tu generosidad: acostado en el sepulcro y disuelto en polvo, te has vuelto grande de corazón y magnífico en tus gastos!

Ahí están tendidos mil Lázaros

De la Homilía de San Gregorio de Nisa, obispo, sobre el amor a los pobres
Lectura bíblica: Lc 16, 19 – 31

San Gregorio de Nisa (ver p. 74)

Comentario

Estas palabras las dirigía San Gregorio a los privilegiados de su tiempo. En circunstancias distintas, conservan plena actualidad en Nicaragua, donde un millón de jóvenes y niños se quedan sin escuelas y casi la tercera parte de la población padece desnutrición crónica, mientras una pequeña minoría de privilegiados acapara la mayoría del ingreso.

Nosotros, y a pesar de que cada letra de la Escritura nos enseña a imitar a nuestro Señor y Creador (en cuanto pueda un mortal imitar lo bienaventurado e inmortal) nosotros lo dirigimos todo a nuestro propio goce, y destinamos unas cosas para nosotros y otras para nuestros herederos. Pero no tenemos ninguna cuenta con los desafortunados y ninguna preocupación bondadosa para con los pobres.

¡Qué crueldad! El hombre ve al hombre necesitado de pan, y privado del necesario calor que da el alimento, y ni le socorre de buena gana ni le importa que se salve. Más bien lo desdeña como una planta frondosa que se seca por pura falta de agua. Y eso que a él se le desbordan las riquezas de las que podría hacer salir tantos canales para alivio de muchos. Porque así como la corriente de una sola fuente puede fecundar llanuras extensas de campo, así también la opulencia de una sola casa puede sacar de la miseria a muchedumbres de pobres. Sólo es preciso que no se interponga en ello un espíritu avaro y miserable, como una piedra que tapona la corriente.

¡Pongan, pues, medida a sus necesidades vitales! No piensen que todo es suyo. Que haya también una parte para los pobres y amigos de Dios. **Pues la verdad es que todo es de Dios, Padre universal. Y nosotros somos hermanos de una misma familia. Y los hermanos han de entrar por partes iguales en la herencia, si queremos ser justos.** Y aunque uno o dos se apropiaran la mayor parte, por lo menos debe quedar algo para los otros. Pero si alguno quiere apoderarse de todo absolutamente, y excluye a sus hermanos aun de la tercera y cuarta parte, ese tal será un dictador tiránico, un bárbaro implacable, una fiera insaciable que quiere regalarse ella sola en el banquete. O mejor dicho: ese tal será más fiero que las fieras.

Y mientras hay todos esos lujos dentro de casa, ahí a la puerta están tendidos mil Lázaros. Unos, cubiertos de úlceras dolorosas, otros con los ojos arrancados, otros que gimen por la herida de sus pies. Pero gritan y no se les oye, pues lo impide el sonido de la orquesta y los coros de cantos espontáneos y el ruido de las carcajadas. Pero si llegan a molestar un poco más en las puertas, salta de cualquier rincón un portero infame del amo cruel, y los echa a palos, o llama a los perros y los azota en las mismas heridas.

Y así, **los amigos de Cristo** tienen que marcharse, llevándose de propina insultos y golpes, y sin haber conseguido un pedazo de pan o un bocado de comida, **ellos que son el resumen de los mandamientos.** Y adentro, en esa casa del Dios Dinero, unos vomitan la comida como botes sobre olas agitadas, y otros se duermen sobre la mesa junto a las copas mismas. Y en esa casa indecente se comete un doble pecado: uno por hartarse hasta más no poder y la borrachera. Y otro por el hambre de los pobres a quienes se ha arrojado de allí.

**Si el Señor te ha concedido riquezas,
es para que compartas
con los necesitados**

De la segunda Homilía de San Juan Crisóstomo, obispo, sobre Lázaro

Lectura bíblica: Lc 16, 19 – 31; Si 4, 1 - 6

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

El punto central planteado aquí es que no existe ningún derecho a la propiedad privada que justifique acaparar bienes innecesarios, mientras otros carezcan de lo indispensable para vivir. Y lo ilustra con la parábola del rico epulón y Lázaro. El Concilio Vaticano II ha reconocido en nuestro tiempo que la propiedad privada garantiza “una zona absolutamente necesaria para la autonomía personal y familiar”, pues “todos los hombres tienen derecho a poseer una parte de bienes suficientes para sí mismos y para sus familias”, pero al mismo tiempo ha señalado que este derecho tiene un carácter social “cuyo fundamento reside en el destino común de los bienes”, o sea, en el hecho de que Dios creó primero el mundo para que toda la humanidad sin excepción pudiera satisfacer sus necesidades fundamentales. “Jamás –exhorta el Concilio, en continuidad con los antiguos Padres de la Iglesia- se debe perder de vista este destino universal de los bienes. Por tanto, la persona, al usarlas, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido que no le aprovechen a ella solamente, sino también a los demás” (GS, 75 y 69).

Sin embargo, el rico Epulón no cometió propiamente una injusticia con Lázaro, puesto que no le quitó sus bienes. Su pecado fue no darle parte de lo «propio»... Y es que el no dar parte de lo que se tiene es ya un género de robo. No se maravillen, y no consideren extraño esto que les estoy diciendo. Les propondré un texto de la Escritura en donde se califica claramente como avaricia, defraudación y hurto no sólo el

arrebatarse lo ajeno, sino también el no dar parte de lo propio a otros. ¿Qué testimonio es? Pues aquel en que, reprendiendo Dios a los judíos por boca del profeta, les dice: «*La tierra ha dado sus frutos y no han traído los diezmos, sino que la rapiña del pobre está en sus casas*» (Mal 3,10). Por no haber hecho las ofrendas acostumbradas, han arrebatado los bienes de los pobres: esto es lo que dice el texto. Y lo dice para demostrar a los ricos que tienen lo que pertenece al pobre, aun cuando hayan recibido la herencia paterna, o les venga el dinero de donde quiera que sea. Como también dice en otro lugar: «No defraudes la vida del pobre» (Si 4,1). Defraudar significa tomar y retener lo ajeno. Luego por este pasaje se nos enseña también que, si dejamos de hacer limosna, seremos castigados al igual que los defraudadores.

En resumen: los bienes y la riqueza pertenecen al Señor; sea cual sea la fuente de donde los hemos recogido... Y si el Señor te ha concedido tener más que otros, no ha sido para que lo gastes en amantes y borracheras, en banquetes y vestidos lujosos o en cualquier otro despilfarro. Ha sido para que lo distribuyas entre quienes lo necesitan.

Y si un recaudador cobra los dineros del Estado y no los distribuye a quienes se le manda, sino que los emplea para sus propios vicios, tendrá que dar cuenta de ello y le espera una pena de muerte. Pues bien: el rico no es más que un cobrador del dinero que ha de ser distribuido a los pobres, y se le manda que lo reparta entre aquellos de sus compañeros de servicio que están necesitados. Si emplea para sí mismo más de lo que pide la necesidad, tendrá que dar la cuenta más rigurosa, pues lo suyo no es suyo, sino de los que son siervos del Señor como él.

Si no pueden recordar todo lo que les he dicho, **les suplico que se queden para siempre con esto, que vale por todo: que no dar a los pobres de los bienes propios, es robarles y atentar contra su vida.** Recuerden que no retenemos lo nuestro sino lo de ellos.

¿Dónde podrás, rico, oír esto si no lo oyes de mí?

De las exhortaciones de San Juan Crisóstomo, obispo, a los ricos
Lectura bíblica: Mt 19, 23; Lc 6, 24 – 26; 12, 33-34; 1 Tim 6, 10

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

¿Quién hace reflexionar hoy desde la fe cristiana a la clase privilegiada de nuestro país? La misma clase política y financiera que desfila en los escándalos de corrupción acude todos los domingos a misa, pero ¿qué escuchan? He aquí un ejemplo de predicación profética de un obispo cuyos oyentes pertenecían a la misma corte imperial de Constantinopla.

Debes procurar ser persona humana, para que la naturaleza no resulte mentirosa al llamarte así. ¿Entienden lo que estoy queriendo decir? Me dirán que ya son seres humanos. Pero **con frecuencia se es humano sólo de nombre, no de sentimientos**. Si yo veo que vives irracionalmente, ¿cómo llamarles personas y no bueyes? Si veo que son rapaces, ¿cómo voy a llamarles humanos y no lobos?

La verdadera riqueza no está en enriquecerse sino en no querer enriquecerse. ¿Entienden lo que acabo de decirles? El que quiere enriquecerse necesita bienes y dinero; mas el que no quiere enriquecerse está siempre satisfecho.

Como los ricos por lo general son temidos, el profeta nos los pone al desnudo con aquella frase: «No temas cuando un hombre se hace rico y crece su fastuosidad». ¿Por qué temer a un árbol muy frondoso en hojas pero desprovisto de todo fruto? ¿Por qué temer a un hombre que camina a la amargura? ¿Por qué temer a un hombre que constantemente está él mismo temblando? ¿Por qué temer a quien vive en continuo sobresalto?

Un esclavo no teme a su amo ausente. Pero **el rico lleva dentro por todas partes a su propio tirano. A dondequiera que vaya, va con él su pasión por la riqueza.** Tiene por enemigos a todos sin distinción: prójimos, esclavos, amigos, envidiosos y bienhechores. Y es que en todas partes despierta envidias. En cambio, el pobre no tiene por qué temer a nadie, puesto que sus riquezas son su capacidad de aguante y su actitud ante la vida. Pero el rico es aborrecido por todo el mundo, porque es víctima de la avaricia. Quizá le adularán en su cara, pero íntimamente le desprecian. Y la prueba es que, cuando sopla el viento y caen las hojas, entonces se pone de manifiesto lo fingido de las amistades, se perciben bien las máscaras de los aduladores, y aparece claro y manifiesto el coro de los hipócritas y todo el escenario de aquella farsa. Y, al hablar así, no pretendo calumniar a la riqueza sino reprender a los que usan mal de algo bueno. Ya se los he dicho mil veces: las riquezas, acompañadas de buenas obras, son buenas ellas también. ¿Cómo son buenas? Si con ellas se remedia la pobreza y se socorre a quienes lo necesitan.

Me dirán: «¿Ya estás otra vez metiéndote con los ricos?» Pero yo les digo: «¡Ya están otra vez ustedes contra los pobres!». ¿Una vez más atacas a los rapaces? ¡Una vez más se ponen ustedes contra las víctimas de la rapiña! Si ustedes no se hartan de devorar y tragarse a los pobres, yo no me harto de echárselos en cara.

Apártate de mis ovejas, apártate de mi rebaño. No me lo destruyas. Y si me lo destruyes, ¿me acusarás de que te persigo? Si yo fuese pastor de ovejas, ¿me acusarías de no perseguir al lobo que invadiera mi rebaño? Pero soy pastor de un rebaño espiritual. Por eso no persigo a pedradas sino con la palabra. O, mejor dicho: no te persigo sino que te llamo. Entra tú también en el rebaño. ¿Por qué destruyes mi rebaño, tú que deberías acrecentarlo? **Yo no te persigo a ti sino al lobo. Y si no eres lobo no te persigo. Pero, si te has hecho lobo, acúsate a ti mismo. Por tanto: yo no estoy contra los ricos sino a favor de los ricos. Hablando como hablo, hablo en favor tuyo aunque tú no te des cuenta.**

¿Que hablas en mi favor? -Sí, porque te libro del pecado, te saco de la rapiña, te hago amigo de todos y amable a todos. ¿Es esto perseguir o aconsejar? ¿Es esto aborrecerte o más bien amarte?

-Pues sí, tú me aborreces. -Pues no, yo te amo. Tengo incluso un mandato del Señor: «Amen a sus enemigos». No me distancio de ti sino que te curo... No te persigo a ti sino a tu pasión. No hago la guerra a ti sino a tu maldad. ¿No me tendrás por tu bienhechor? ¿No creerás que me cuido de ti y que soy el defensor de todos? **¿Qué otro te va a hablar de estas cosas?** Los que mandan sólo se preocupan de pleitos y litigios. Tu mujer sólo se ocupa de adornos y joyas. ¿Quizás tu hijo? Tus hijos sólo piensan en tu herencia, tu testamento y tu hacienda...¿Tus parásitos tal vez? Pero éstos sólo saben de banquetes, de cenas y de almuerzos. ¿Te hablarán tal vez los jueces? Ellos sólo entienden de testamentos, herencias, declaraciones de libertad y cosas por el estilo. **¿Dónde puedes oír todo esto si no lo oyes de mí?** Todo el mundo te teme, pero yo, mientras seas como eres, te desprecio: desprecio tu pasión. Si yo corto, tú gritas. Pero no me han de impresionar tus gritos, porque deseo tu curación como un médico.

Y no me digan que es imposible cuidar de los otros. Si son cristianos, lo imposible es que no cuiden. Pasa aquí lo mismo que en otros campos de la naturaleza, donde hay cosas que no pueden ser contradichas. Pues igual aquí: **el compartir radica en la naturaleza misma del cristiano. No insultes a Dios: si dijeras que el sol no puede alumbrar, lo insultarías. Y si dices que el cristiano no puede ser de provecho a los otros, insultas a Dios y lo haces pasar por mentiroso.** Más fácil es que el sol no caliente ni brille, que no que el cristiano deje de dar luz.

Si ordenamos debidamente nuestras cosas, la ayuda al prójimo se dará absolutamente, se seguirá como una necesidad física. Quede claro que no trato ahora de levantarles hasta la cumbre más alta del desprendimiento. Por ahora sólo pido que recorten lo superfluo y se contenten con lo suficiente. Y lo suficiente se define por la necesidad de aquellas cosas sin las cuales no es posible vivir. Nadie pretende quitarte el sustento necesario; pero estoy

hablando de sustento, no de comidas refinadas; estoy hablando de vestirse, no del lujo en el vestir. O por mejor decir: si miramos las cosas hasta el fondo, el mayor placer está en la sencillez.

***En el principio y raíz de toda riqueza
hay injusticia***

De las Homilías de San Juan Crisóstomo, obispo, sobre la primera carta a Timoteo y sobre la primera a los Corintios

Lectura bíblica: Lc 16, 9; 1 Tim 6, 10; Lv 25, 8 – 27. 35 - 43

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

Ni el esfuerzo personal, ni el talento, ni la herencia, argumenta San Juan Crisóstomo, justifican el derecho absoluto a la propiedad privada. Porque toda acumulación de propiedades de algún modo tiene como origen la injusticia (el mismo Señor lo ratifica en Lc 16, 9, cuando sin distinciones se refiere al “injusto dinero”) y la riqueza se justifica solamente si se emplea en resolver las desigualdades sociales. Cualquier don de Dios (ya sea el talento, o una situación social privilegiada que permita alcanzar mayores niveles de educación) tiene como objetivo el beneficio común. Esta enseñanza de la Iglesia, ¿quién la predica hoy en una sociedad que concede valor absoluto a la propiedad privada? “Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene al uso de todos los pueblos, de modo que los bienes creados, en una forma equitativa, deben alcanzar a todos bajo la guía de la justicia y el acompañamiento del amor. Pues...jamás se debe perder de vista este destino común de los bienes”, afirma el Concilio Vaticano II (GS, 69). Y Juan Pablo II precisa: “La tradición cristiana no ha sostenido nunca este derecho (a la propiedad privada) como absoluto e intocable. Al contrario, siempre lo ha entendido en el contexto más amplio del derecho común de todos a usar los bienes de la entera creación: el derecho a la propiedad privada como subordinado al derecho al uso común, al destino universal de los bienes” (Laborem exercens, 14).

Díganme ustedes, por favor: **¿de dónde proceden sus riquezas?**, ¿de quién las han recibido? «De mis abuelos por medio de mi padre». Y bien: ¿son capaces de irse remontando así por la familia y demostrar que lo que poseen lo tienen justamente? No son capaces. **El principio y raíz siempre es forzosamente la injusticia. ¿Por qué? Porque al principio Dios no hizo rico a uno y pobre a otro, ni tomó a uno y le dio grandes yacimientos de oro, privando al otro de este hallazgo. No señor. Dios puso delante de todos la misma tierra.** Y ¿cómo, siendo común, posees tú manzanas y más manzanas, y el otro ni una cuarta de tierra? «¡Me las transmitió mi padre!», me contestas. Y él, ¿de quién las había recibido? «De sus antepasados». Pero es necesario remontarnos aún más arriba y llegar al principio... Y vamos a suponer que la riqueza sea justa y limpia de toda rapiña, y que tú no eres responsable de lo que robara tu padre. Lo que posees es fruto de rapiña, pero no lo robaste tú. Y vamos a suponer que tampoco lo robó tu padre, sino que su dinero brotó de no sabemos qué parte de la tierra. ¿Diríamos sólo por eso que la riqueza es buena? De ningún modo. Y ustedes me replican: «¡Pero tampoco mala!». No será mala si tú no eres avaro y das de ella a los necesitados. Y tú insistes: «No señor. Mientras no haga un mal, aun cuando no haga bien, no es mala».

Muy bien: y **¿acaso no es mal tener uno solo lo que son bienes del Señor, y gozar uno solo lo que es común?** ¿O es que no dice la Escritura: «del Señor es la tierra y todo cuanto la llena»? Pues si lo que tenemos pertenece al Señor común, también pertenece a los que son siervos suyos como nosotros. **Lo que es de Dios es todo común.** ¿No te das cuenta de que ese mismo es el orden establecido en las grandes casas? A todos se les da por igual su ración de alimento, pues sale de los graneros del amo. La casa señorial está abierta en la misma medida a todos los sirvientes. Comunes son también todas las cosas del Imperio: las ciudades, las plazas o los paseos son comunes a todos. Todos participamos de eso por igual.

No hablo así porque la riqueza sea un pecado. El pecado está en usar mal de ella no repartiéndola entre los pobres. Dios no ha hecho nada malo. Todo es bueno y muy bueno. También las riquezas, a condición de que no dominen a quienes las poseen, y remedien la pobreza. Una luz

que no desterrara las tinieblas sino que las aumentara no sería luz. De modo semejante, no es verdadera riqueza la que no destierra la pobreza sino que la aumenta.

***Las riquezas no son para adornar iglesias,
sino para que los pobres
vivan dignamente***

De la Homilía de San Juan Crisóstomo, obispo, sobre la primera carta a Timoteo

Lectura bíblica: Sir 34, 18 - 22

San Juan Crisóstomo (ver p. 66)

Comentario

El mal combatido por San Juan Crisóstomo se mantiene después de 1500 años! ¡Con tanta frecuencia se intenta limpiar conciencias ofreciendo donativos a los templos! La ingenuidad de los ministros del culto no capta entonces que se trata de un dinero pecaminoso, fruto de la corrupción o la injusticia. Y que aceptarlo es incurrir en complicidad y legitimar su origen. Pues lo primero no es adornar o edificar templos, sino que los pobres adquieran condiciones de vida más dignas. Cristo habita en ellos y allí debemos adorarlo y honrarlo (Mt 25, 40. 45), antes que embelleciendo paredes u objetos de los templos (1 Co 3, 17).

No pensemos que basta para nuestra salvación traer a la iglesia un cáliz de oro y pedrería, después de haber despojado a viudas y huérfanos. Si quieres honrar el sacrificio de la Cruz, presenta tu alma por la que fue ofrecido. Esta es la que has de hacer de oro. Mientras que si tu alma sigue siendo peor que el plomo o que una teja, ¿qué vale entonces el cáliz de oro? **No nos contentemos pues con traer dinero a la iglesia, si no miremos si procede de un justo trabajo.** Porque más precioso que el oro es aquello que no tiene nada que ver con la avaricia. La iglesia no es un museo de oro y plata sino una reunión de personas espirituales.

En la última cena no era de plata la mesa, ni la copa en que el Señor dio a sus discípulos su propia sangre. Y sin embargo, ¡qué precioso era todo aquello y qué digno de veneración, como rebosante que estaba de Espíritu Santo! Así que, **si quieren honrar de veras el cuerpo de Cristo, no consientan que esté desnudo. No le honren aquí con vestidos de seda, mientras fuera le dejan perecer de frío y desnudez. Porque el mismo que dijo «éste es mi cuerpo», es el que dijo «me vieron hambriento y no me dieron de comer». Y su palabra fundamenta nuestra fe.**

El sacramento no necesita preciosos manteles sino almas puras. En cambio los pobres sí que requieren mucho cuidado. **Aprendamos**, pues, a pensar con sensatez de juicio y **a honrar a Cristo como él quiere ser honrado**. Porque la honra más agradable para aquel que la recibe es la que él mismo quiere, no la que nosotros nos imaginamos. Pedro pensaba honrar al Señor no permitiendo que le lavara los pies, y eso no era honra sino todo lo contrario. **Así, pues, dale al Señor el honor que él mismo quiere, empleando tu riqueza en los pobres.** Porque Dios no tiene necesidad de vasos de oro sino de almas de oro.

El Señor acepta ciertamente las ofrendas, pero mucho más la limosna. Pues en un caso sólo se aprovecha el que da; en el otro el que da y el que recibe. En las ofrendas es posible que sólo se trate de un afán de presumir. En la limosna el amor lo es todo. **¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena de vasos de oro, si él se consume de hambre? Sacien primero su hambre y luego, si sobra, adornen también su mesa.** ¿O vas a hacer un vaso de oro y después no darle un vaso de agua? Y ¿de qué sirve que cubran su altar de paños bordados de oro, si a él no le procuran ni el abrigo indispensable?

Vamos a ver: si viendo a un pobre en la miseria sin el sustento necesario, te dedicaras a cubrir de oro su mesa, ¿te agradecería el favor o más bien se pondría bravo contigo? Y si, viéndole vestido de harapos y muerto de frío, te entretuvieras en levantar unas columnas de mármol, diciéndole que eran en honor suyo, ¿no diría que te estabas burlando de él y tomaría aquello por una

ofensa? Pues aplica todo eso a Cristo. El anda efectivamente sin techo y peregrino. Y tú, que no le acoges a él, te entretienes en adornar el piso, las paredes y las partes superiores de las columnas (de su templo).

Del libro de San Ambrosio de Milán
Sobre los deberes de los ministros:

Los bienes de la Iglesia son para los pobres, no para los edificios. Aquel que envió sin oro a los Apóstoles (Mt 10,9) fundó también la Iglesia sin oro. La Iglesia posee oro no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados. Pues ¿qué necesidad hay de reservar lo que, si se guarda, no es útil para nada? **¿No es mejor que, si no hay otros recursos, los sacerdotes fundan el oro para sustento de los pobres,** en vez de que se apoderen de él sacrílegamente los enemigos? Acaso no nos dirá el Señor: «¿Por qué han tolerado que tantos pobres murieran de hambre, cuando poseían oro con el que procurar su alimento? ¿Por qué tantos esclavos han sido vendidos y maltratados por sus enemigos sin que nadie los haya rescatado? **¡Mejor hubiera sido conservar los tesoros vivientes que no los tesoros de metal!**»

Estos argumentos son irrefutables y no tienen vuelta de hoja. Pues ¿qué podrías argumentar a tu favor? ¿Que temas que falte el adorno digno del templo de Dios? El Señor te contestará: «Los misterios de la fe no requieren oro, y la que no se puede comprar con oro tampoco se dignifica más con el oro».

***Dios creó la tierra
para que todos la disfruten***

Del tratado de Lactancio sobre las instituciones divinas
Lectura bíblica: Lc 14, 12 – 14; Gál 3, 26 - 29

Lactancio (250 - 317?)

Nació en Africa en una región perteneciente al imperio romano; fue escritor, orador y profesor universitario; se convirtió ya adulto al cristianismo,

nada menos que cuando arreciaba la persecución de Diocleciano, emperador que a él personalmente le había honrado. Su pensamiento influyó para que años más tarde el emperador Constantino aceptara el cristianismo. Siendo ya anciano, éste le encomendó la educación de su hijo Crispo.

Comentario

Lactancio describe el espíritu fraterno que aún animaba a las comunidades cristianas doscientos cincuenta años después de la muerte de Jesús y que tantas conversiones provocó entre los paganos. Las comunidades compartían fraternalmente y mantenían un espíritu de igualdad y solidaridad, conscientes de que Dios creó sus bienes para todos sin exclusión, por encima de cualquier propiedad privada. En continuidad con su pensamiento hoy los documentos de la Iglesia afirman: “El límite al derecho de la propiedad privada lo establece el derecho de toda persona al uso de los bienes necesarios para vivir” (Pontificio Consejo Justicia y Paz, “Para una mejor distribución de la tierra: el reto de la reforma agraria”, n. 31). El propio Concilio Vaticano II reafirma esta doctrina de los antiguos Padres de la Iglesia al decir: “Quien se encuentra en extrema necesidad tiene derecho a procurarse lo necesario tomándolo de las riquezas de otro”(GS 69).

Dios entregó la tierra en común a todos los seres humanos, con el **designio de que todos gozasen de los bienes que produce en abundancia**; no para que cada cual reclamara para sí todas las cosas, con una avaricia furiosa, ni para que alguno se viera privado de lo que la tierra produce para todos.

Sin embargo, no debe entenderse que no exista absolutamente ningún bien privado..., sino que, lejos de encerrar y guardar avariciosamente para uno solo los frutos de la tierra, los pobres estén admitidos a la participación en común de los frutos del trabajo... Y la avaricia no sea causa del hambre y de la sed del pueblo, por acaparar algunos lo que Dios concede para todos, sino que los que poseen den larga y copiosamente a los que no tienen, para que todos abunden igualmente...

Pero alguno dirá: ¿es que entre ustedes (los miembros de la comunidad cristiana) no son unos pobres y otros ricos, unos siervos y otros señores?, ¿acaso no existe entre ustedes ninguna diferencia? Y respondo: ninguna. **Pues si nos llamamos recíprocamente hermanos, es porque nos consideramos todos iguales.** Las cosas humanas las juzgamos no por lo que se refiere al cuerpo, sino por lo que se refiere al alma. Y así, aunque haya diferencias de condición en lo corporal, sin embargo no existen para nosotros siervos, sino que a los mismos siervos los llamamos y tenemos por hermanos en espíritu y servidores del mismo Dios que nosotros.

Y las riquezas tampoco son causa de superioridad entre nosotros, salvo cuando se emplean en obras de solidaridad. Pues los ricos no son los que tienen muchos bienes, sino los que los usan para obras de justicia. Y los que parecen pobres son sin embargo ricos porque nada necesitan y nada desean. Libres y siervos, ricos y pobres somos iguales en sencillez de espíritu...Pues la justicia consiste en hacerse igual a los de menor condición social, y cada cual estará más alto cuanto más justo sea...

Muchos esperan que les queden agradecidos y obligados aquellos a quienes salvan de un peligro inminente. Y, como los pobres no les pueden recompensar con nada, estiman que se gasta inútilmente todo lo que se emplee en socorrerles. Este es el fundamento último de aquella detestable frase de Plauto (*famoso escritor romano*): «No merece alabanza quien alimenta al mendigo, porque pierde aquello que da, y alarga una vida miserable en el pobre». Y el mismo (también *famoso escritor romano*) Cicerón ¿no aconseja en su libro *De los oficios* que no se debe dar limosna en absoluto?

Pero tú procura dar con preferencia a aquel de quien no esperas nada. No elijas ni examines las personas: has de estimar como hombre a todo el que te pide precisamente por esta misma razón: porque te considera humano. Rechaza esta sombra y apariencia de justicia, y adopta esa otra justicia verdadera y palpable: dar copiosamente a los ciegos, enfermos, cojos, desvalidos, a quienes fallecerán a no ser que se les socorra. **Serán inútiles a los hombres, pero son de utilidad para Dios, quien conserva su vida,**

les da el espíritu y les juzga dignos de la luz. Protégelos en cuanto de ti dependa, y sustenta con humanidad sus vidas para que no mueran. Pues el que puede socorrer a uno que está a punto de perecer y no lo hace, le mata.

Y si alguien presta dinero, no reciba usura, para que no pierda todo su mérito de socorrer en la necesidad, y se abstenga de tomar lo ajeno. Conténtese con recibir lo suyo, y esté dispuesto incluso a perder algo de ello para hacer el bien. Que es injusto recibir más de lo que se presta. El que obra así se enriquece a costa de la necesidad del otro.

***La tierra es de todos,
no sólo de los ricos***

Del libro de San Ambrosio sobre Nabot el israelita

Lectura bíblica: 1 Re 21; Ap 3, 14 - 22

San Ambrosio de Milán (339 – 397)

Su padre ocupaba un alto puesto en la administración pública romana (Prefecto de las Galias) y a su muerte regresó con su madre a Roma. Al acabar sus estudios inició una exitosa carrera política, ejerciendo el cargo de gobernador en el norte de Italia. Como tal tuvo que mediar en un conflicto que se desató en la diócesis de Milán tras la muerte del obispo Ausencio: la comunidad se encontraba dividida entre católicos y sectarios arrianos y no lograba por tanto ponerse de acuerdo en el nombramiento de su sucesor. Al intervenir Ambrosio para calmar los ánimos, fue inesperadamente aclamado como obispo de la ciudad. Lo más sorprendente de todo es que Ambrosio apenas era catecúmeno. Al principio se resistió, pero luego decidió bautizarse y aceptar el nombramiento (corría el año 374). Lo primero que hizo fue repartir sus bienes a los pobres y profundizar sus conocimientos teológicos. Las puertas de su casa estaban siempre abiertas. Sus sermones motivaron la conversión y bautismo de San Agustín (387). Tras la masacre del estadio de Tesalónica en el año 390 –donde el ejército aniquiló a 7000 personas como represalia

por el anterior linchamiento de un General- San Ambrosio excomulgó sin contemplaciones al emperador Teodosio y le obligó a un acto de penitencia. Como obispo escribió muchos himnos para las celebraciones litúrgicas. Reafirmó la independencia de la Iglesia frente al Estado y se opuso al culto de los antiguos dioses romanos. Combatió a los arrianos y fue intransigente con los judíos. Su predicación fue amplia y vigorosa y llena de sensibilidad social.

Comentario

La historia de Nabot se repite siempre de nuevo. Y hoy en Nicaragua es un tema muy actual. En los últimos años la tierra se concentra otra vez en pocas manos. En la antigüedad la tierra era el principal medio de producción económica y garantizaba el sustento familiar. San Ambrosio, agudo observador de su medio social y económico, ilumina críticamente el tema del latifundio desde el designio del Dios Creador, que destinó al disfrute de la humanidad entera los bienes de su Creación. Ese principio vale también para enjuiciar todas las nuevas formas de concentración del poder económico que hoy existen. Juan Pablo II ha precisado en relación a nuestro tiempo: “Existe otra forma de propiedad, concretamente en nuestro tiempo, que tiene una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento, de la técnica y del saber” (Centesimus annus, 32) . Tales nuevas formas de propiedad deben ser igualmente compartidas, para que sus beneficios lleguen a las grandes mayorías..

La historia de Nabot sucedió hace mucho tiempo, pero se renueva todos los días. ¿Qué rico no ambiciona continuamente lo ajeno? ¿Qué rico no pretende arrebatarse al pobre su pequeña posesión e invadir la herencia de sus antepasados? ¿Quién se contenta con lo suyo? ¿A quién no le excita su codicia la posesión vecina? No ha existido sólo un Acab, sino que todos los días nace de nuevo y nunca se extingue su semilla en este mundo.

¡Ay, ricos! ¿Hasta dónde pretenden llevar su insensata codicia? ¿Es que son acaso los únicos habitantes de la tierra? ¿Por qué expulsan

de sus posesiones a los que tienen su misma condición humana, y reclaman para ustedes solos la posesión de toda la tierra? La tierra ha sido creada en común para todos, ricos y pobres: ¿por qué pues se adjudican el derecho exclusivo al suelo? Nadie es rico por naturaleza, pues ésta los engendra a todos igualmente pobres: nacemos desnudos y sin oro ni plata... La naturaleza no distingue a los hombres ni en el nacimiento ni en la muerte. Les engendra igualmente a todos, y los recibe a todos del mismo modo en el seno del sepulcro. ¿Puedes establecer clases entre los muertos? Excava los sepulcros a ver si puedes distinguir al rico. Desentierra una tumba a ver si puedes reconocer al necesitado. Quizás puedan distinguirse sólo porque con el rico se pudren muchas cosas más.

Tú quizá piensas que, al menos mientras vives, sí que tienes abundancia de cosas. **¡Ay, hombre rico! No sabes cuán pobre eres y cuán necesitado te vuelves por creerte rico. Cuanto más tienes más deseas. Y aunque lo adquirieras todo seguirías siendo un indigente. Pues la avaricia se inflama con la ganancia, en lugar de apaciguarse.** El rico es más tolerable cuanto menos tiene.

Ustedes, ricos, no desean tanto poseer como quitar a los demás lo que tienen. Cuidan más de arrebatar a los pobres que de su ventaja. Se creen injuriados si el pobre posee algo que ustedes consideran digno de que lo posea un rico. Piensan que todo lo que es ajeno es un daño para ustedes. ¿Por qué les atraen tanto las riquezas de la naturaleza? **El mundo ha sido creado para todos, y unos pocos ricos intentan reservárselo. Y ya no es sólo la propiedad de la tierra: hasta el mismo cielo, el aire y el mar los reclaman para su uso unos pocos ricos.**

Ustedes, ricos, arrebatan todo a los pobres y no les dejan nada; sin embargo, la pena de ustedes es mayor que la de ellos... Son ustedes mismos los que, por su pasión, sufren tribulaciones como las de la misma pobreza. Los pobres, realmente, no tienen de qué vivir. Pero ustedes ni usan sus riquezas ni las dejan usar a los demás. Sacan el oro de las minas, pero lo esconden de nuevo. Y icuántas vidas encierran con ese oro!

Yo he visto cómo se detenía a un pobre para obligarle a pagar lo que no tenía; he visto cómo le encarcelaban porque había faltado el vino en la mesa del poderoso; he visto cómo ponía en subasta a sus hijos para retrasar el momento de la pena. Con la esperanza de encontrar a quien le ayude en esta necesidad, regresa el pobre a su casa y ve que no hay esperanza: que ya no les queda nada para comer. Lloro otra vez el hambre de sus hijos, y se duele de no haberlos vendido más bien a aquel que pudiera alimentarlos. Reflexiona otra vez, y toma la decisión de vender a algún hijo. Pero su corazón se desgarró entre dos sentimientos opuestos: el miedo a la miseria y el cariño paterno. El hambre le reclama dinero, la condición humana le pide cumplir con su deber de padre. Muchas veces echó a andar dispuesto a morir juntamente con sus hijos antes que tener que desprenderse de ellos. Y otras tantas se volvió atrás. Sin embargo, acabó venciendo la necesidad, no el amor; y la misma piedad cedió ante la necesidad.

Dios te concede la prosperidad para que no tengas excusa en la obligación de vencer y condenar tu avaricia. Pero lo que Él hizo nacer para muchos, por medio de ti, te lo reservas para ti solo o, mejor dicho, lo pierdes para ti solo: pues tú mismo ganarías más si lo repartieras entre los demás. Pues la gracia de la generosidad la recibe el generoso.

Me contestarás lo que acostumbran decir ustedes los ricos: que no debemos socorrer al que Dios maldice y quiere que sufra necesidad. Yo te digo que los pobres no son malditos, ya que está escrito: «Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos». Y no del pobre, sino del rico, dice la Escritura: «Maldito sea quien recibe usura del trigo» (Prov 11,26).

Por otro lado, no te toca a ti juzgar los méritos de cada uno. Pues **es propio de la misericordia no considerar los méritos sino ayudar en las necesidades; socorrer al pobre y no examinar su justicia.** Pues también está escrito: «*Bienaventurado el que entiende en el necesitado y el pobre*» (Sal 40,2). Y ¿quién es el que entiende? El que le compadece, el que comprende que participa de su misma condición humana, el que

sabe que el mismo Dios hizo al rico y al pobre, el que cree que destinar parte de sus frutos para los pobres es la manera de bendecirlos.

¡Qué bien pinta la Escritura los modos de obrar de los ricos! Se entristecen si no pueden robar lo ajeno, dejan de comer y ayunan, pero no para corregir su pecado sino para preparar sus fechorías. **Y tal vez les verás venir a la iglesia cumplidores, humildes, asiduos, para conseguir que tengan éxito sus delitos.** Pero Dios les dice: *«No es ése el ayuno que me agrada. ¿Sabes cuál es el ayuno que yo quiero? Romper las ataduras injustas, liberar a los oprimidos, quebrantar todo yugo inicuo, partir el pan con el hambriento, acoger en casa al que no tiene techo...»*

Lo que das al necesitado te aprovecha también a ti mismo. Lo que disminuye tu capital crece en provecho tuyo. El pan que das al pobre te alimenta a ti. Porque quien se compadece del necesitado se cultiva a sí mismo con los frutos de su humanidad. La misericordia se siembra en la tierra y germina en el cielo. Se planta en el pobre y se multiplica en Dios... **Porque no le das al pobre lo tuyo, sino que le devuelves lo suyo. Pues lo que es común y ha sido creado para uso de todos, estás usurpándolo tú solo. La tierra es de todos, no sólo de los ricos. Pero son muchos más los que no gozan de ella que los que la disfrutan. Por eso, al ayudar, no das en balde lo que no debes, sino que pagas una deuda...**

Ustedes, en cambio, desnudan a los hombres y revisten sus paredes. Gime a tu puerta el pobre desnudo, y ni te dignas mirarle, preocupado sólo de los mármoles con que vas a cubrir tus pisos. Te pide pan el pobre y no lo obtiene, mientras tus caballos muerden el oro bajo sus dientes. **¡Qué juicio más severo te estás preparando, oh rico! El pueblo tiene hambre y tú cierras tus graneros. ¡Ay de aquel que tiene facultades para librar tantas vidas de la muerte, y no lo hace! Las piedras de tu anillo habrían podido salvar las vidas de todo un pueblo.**

¡Es el propietario el que debe ser dueño de la propiedad, y no la propiedad señora del propietario! Pero todo el que usa de su patrimonio a su antojo,

que no sabe dar con generosidad y repartir a los pobres, es esclavo de sus bienes en lugar de ser señor de ellos. Porque guarda las riquezas ajenas como criado y no usa de ellas como señor.

**Sin la misericordia,
no aprovechan las demás virtudes**

De los Sermones de San León Magno

Lectura bíblica: Lc 19, 8; Tob 4, 7; 2 Co 9, 6

San León Magno (ver p. 39)

Comentario

Sirva este breve texto del Papa León Magno como resumen de todo lo anterior. Y recuérdese: para los antiguos la “limosna” incluía la redistribución social de los beneficios económicos generados por el propio trabajo (Dt 14, 28; Job 31, 16). No se trata por tanto de dar cuatro centavitos a un pobre. La virtud divina por excelencia –inculca San León– es la misericordia (Lc 6, 36) y sin ella de poco sirven las demás virtudes, pues sólo por la bondad y la misericordia se realza nuestra semejanza con Dios (1 Jn 3, 17).

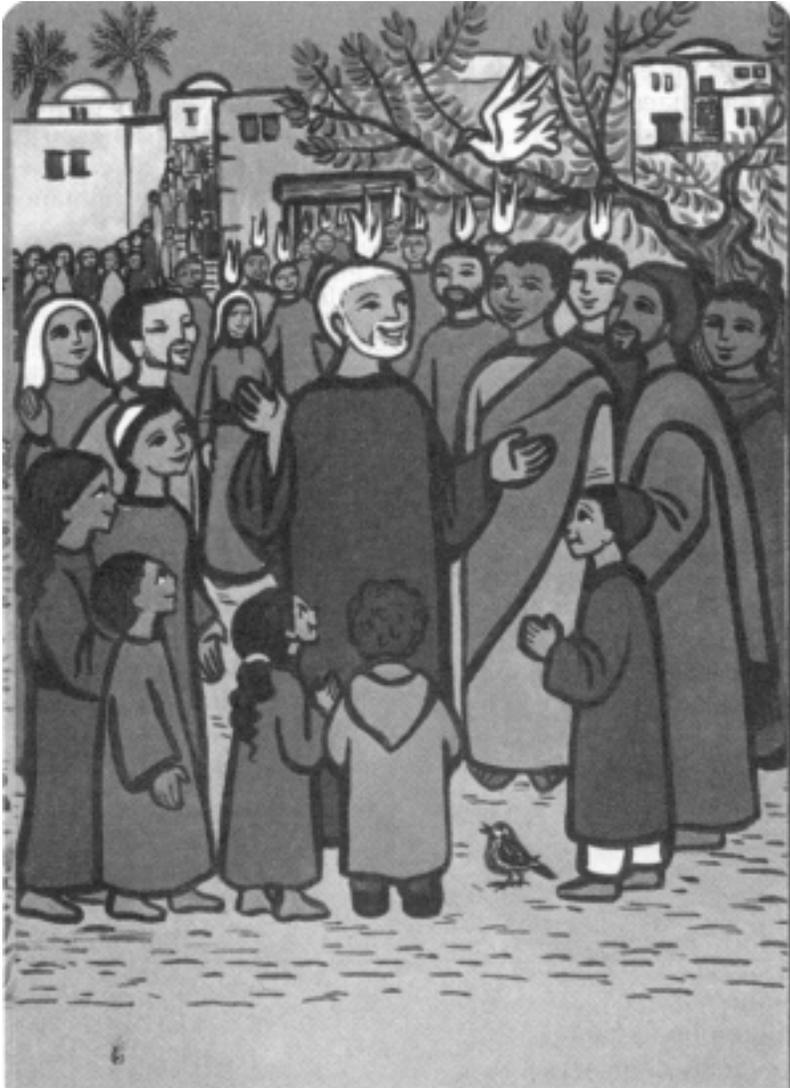
Quien alimenta a Cristo en el pobre, coloca su dinero en el cielo. Reconoce pues en esto la intención y la benignidad de la bondad divina: Dios quiere que tú tengas precisamente para que por tu medio otro no pase necesidad, y para que por el ministerio de tus buenas obras el pobre sea liberado de la carga de la indigencia, y tú de la multitud de tus pecados. ¡Admirable modo de providencia el de la bondad divina, que quiere que se beneficien a la vez dos de una sola obra!

Por consiguiente, que el hombre no tenga en poca estima a ningún otro ser humano. No despreciemos la condición humana que el Creador aceptó como suya propia. ¿Acaso será lícito negar a cualquiera de los que sufren lo que Cristo declaró que se empleaba en él mismo?

Hay algunos ricos que piensan que ellos, aunque no acostumbran soltar un centavo para ayudar a los pobres de la Iglesia, sin embargo, como guardan todos los demás mandamientos y actos meritorios de la fe y de la moral, sólo tienen una falta venial de una virtud. Pero resulta que esta virtud es tan grande que, sin ella, nada aprovechan todas las demás aunque las tengamos... Esta virtud (de la misericordia) es la que hace útiles a todas las virtudes.

Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre no tiene ningún honor tan propio de su condición como imitar la bondad de su Creador; quien así como por ser misericordioso es distribuidor de sus dones con amplitud, así también por ser justo ha de exigir cuenta de ellos, queriendo que nosotros le imitemos en sus obras. Pues, aunque nosotros no somos capaces de crear ninguna naturaleza, sí que podemos con la ayuda de Dios trabajar la materia recibida. **Los bienes terrenos, por tanto, no se nos han entregado para nuestro uso, de modo que hayan de servirnos para saciar el deseo de los sentidos materiales. Si así fuese no nos distinguiríamos en nada de los animales ni de las bestias, que no saben mirar por las necesidades ajenas, y únicamente saben tener cuidado de ellos y de sus crías.**

13. *Inspirados por el Espíritu Santo*



La Iglesia habla en todas las lenguas

De los Sermones de un teólogo africano del siglo VI

Lectura bíblica: Hch 2, 1 – 13

Comentario

Muchos consideran que hay que repetir hoy al pie de la letra la experiencia de los apóstoles en Pentecostés, hablando en lenguas y dando señales físicas extraordinarias de la presencia del Espíritu Santo. Este antiguo texto nos enseña que Pentecostés anticipa más bien la universalidad de la Iglesia, que, al insertarse en la vida de los pueblos, alaba a Dios en múltiples lenguas. En la Sagrada Escritura la acción del Espíritu Santo también aparece ligada a una suave brisa (1 Re 19, 11 - 13) y al don fundamental del amor (1 Cor 12, 31- 14,1). Para Pablo, el más alto don del Espíritu es el amor, ¿y qué puede haber de más cotidiano en la vida cristiana que el amor?

Los apóstoles se pusieron a hablar en todas las lenguas. Así quiso Dios, por aquel entonces, significar la presencia del Espíritu Santo, haciendo que todo el que lo recibía hablase en todas las lenguas. Hay que entender, queridos hermanos, que se trata del Espíritu Santo por el cual el amor de Dios se derrama en nuestros corazones.

Y, ya que el amor había de congregar a la Iglesia de Dios, extendida por todo el orbe de la tierra, del mismo modo que entonces cada persona que recibía el Espíritu Santo podía hablar en todas las lenguas, así ahora la unidad de la Iglesia, congregada por el Espíritu Santo, se manifiesta en la pluralidad de lenguas.

Por tanto, **si alguien nos dice: «Has recibido el Espíritu Santo, ¿por qué no hablas en todas las lenguas?»**, debemos responderle: **«Hablo ciertamente en todas las lenguas, ya que pertenezco al cuerpo de Cristo, esto es, a la Iglesia, que habla en todas las lenguas.** Lo que

Dios quiso entonces significar por la presencia del Espíritu era que la Iglesia, en el futuro, hablaría en todas las lenguas.» De este modo se cumplió lo que había prometido el Señor: *Nadie echa el vino nuevo en odres viejos, sino que se ha de echar en odres nuevos, . así se conservan las dos cosas.*

Con razón algunos, al oír que los apóstoles hablaban en todas las lenguas, decían: *Están borrachos.* Es que se habían convertido ya en odres nuevos, renovados por la gracia santificadora, para que, llenos del vino nuevo, esto es, del Espíritu Santo, hablaran llenos de ardor en todas las lenguas, **anticipando así, por aquel evidentísimo milagro, la catolicidad de la Iglesia, que había de abarcar a los hombres de toda lengua.**

Celebren, pues, este día, conscientes de que son miembros del único cuerpo de Cristo. No lo celebrarán en vano, si procuran ser lo que celebran, viviendo unidos a la Iglesia a la cual el Señor, llenándola del Espíritu Santo, reconoce como suya, a medida que se va esparciendo por todo el mundo, Iglesia que, a su vez, lo reconoce a él como su Señor. Como el esposo no abandona a su propia esposa ni admite que sea sustituida por otra.

A ustedes, gente de todas las naciones, que son miembros de Cristo, que constituyen el cuerpo de Cristo, la Iglesia de Cristo, la esposa de Cristo, les dice el Apóstol: *Sobrellévense mutuamente con amor, . esforzándose por mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz.*

Fíjense que al precepto de la mutua tolerancia añade la mención del amor, y cuando habla de la solicitud por la unidad hace referencia al vínculo de la paz. Tal ha de ser la casa de Dios, edificada con piedras vivas, para que el padre de familia se complazca en habitar en ella, y sus ojos no tengan que contemplar con disgusto su división y su ruina.

El Espíritu Santo es como agua viva

De la Catequesis de San Cirilo de Jerusalén, obispo

Lectura bíblica: Jn 4, 13 – 14; 1 Co 12, 4 - 11

San Cirilo de Jerusalén (ver p. 59)

Comentario

Si los mismos discípulos, que habían convivido tres años con el Señor, tuvieron necesidad del Espíritu Santo para ser fortalecidos en su fe y convertirse en criaturas nuevas, tanto más nosotros. La obra del Espíritu es engendrar la humanidad nueva, revestida de Cristo. San Cirilo compara su acción al poder fecundante y vivificante del agua.

El agua que yo le dé se convertirá en él en manantial de agua viva, que brota para comunicar vida eterna. Se nos habla aquí de un nuevo tipo de agua, un agua viva y que brota; pero que brota sólo sobre los que son dignos de ella. Mas, ¿por qué el Señor da el nombre de agua a la gracia del Espíritu? Porque el agua es condición necesaria para que todas las cosas sigan existiendo, porque el agua es el origen de las plantas y de los seres vivos, porque el agua de la lluvia baja del cielo, porque, deslizándose en un curso siempre igual, produce efectos diferentes. Diverso es, en efecto, su efecto en una palmera o en una vid, aunque en todos es ella quien lo hace todo; ella es siempre la misma en cualquiera de sus manifestaciones, pues la lluvia, aunque cae siempre del mismo modo, se acomoda a la forma de los seres que la reciben, dando a cada uno de ellos lo que necesitan.

De manera semejante, **el Espíritu Santo, siendo uno solo y siempre el mismo y sin división, reparte a cada uno sus gracias según su beneplácito.** Y, del mismo modo que el árbol seco, al recibir el agua, germina, así también el alma pecadora, al recibir del Espíritu Santo el don del arrepentimiento, produce frutos de justicia. Siendo él, pues, siempre igual y el mismo, produce diversos efectos, según la voluntad de Dios y en el nombre de Cristo.

En efecto, se sirve de la lengua de uno para comunicar la sabiduría; a otro le ilumina la mente con el don de profecía; a éste le da el poder de ahuyentar los demonios; a aquél le concede el don de interpretar las Escrituras. A uno lo confirma en la moderación; a otro lo instruye en lo que es importante para la misericordia; a éste le enseña a ayunar y a soportar el esfuerzo de la vida de renuncia; aquél a despreciar las cosas corporales; a otro más lo hace capaz para el martirio. Así, se manifiesta diverso en cada uno, permaneciendo él siempre igual en sí mismo, tal como está escrito: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad.*

Su actuación en el alma es suave y apacible, su experiencia es agradable y placentera, y su yugo es ligerísimo. Su venida va precedida de los rayos brillantes de su luz y de su ciencia. **Viene con la bondad de genuino protector; pues viene a salvar, a curar, a enseñar, a aconsejar, a fortalecer, a consolar, a iluminar, en primer lugar, la mente del que lo recibe y, después, por las obras de éste, la mente de los demás.**

Y, del mismo modo que el que se hallaba en tinieblas, al salir el sol, recibe su luz en los ojos del cuerpo y contempla con toda claridad lo que antes no veía, así también al que es hallado digno del don del Espíritu Santo se le ilumina el alma y, levantado por encima de su razón natural, ve lo que antes ignoraba.

El Señor encomienda la humanidad al Espíritu Santo

Del Tratado de San Ireneo, obispo, *Contra las herejías*

Lectura bíblica: Jn 15, 26 – 27; 16, 7

San Ireneo (ver p. 105)

Comentario

Tras la ascensión, Cristo ha confiado la humanidad al Espíritu Santo, para que despierte en medio de ellas comunidades dispuestas a seguirle y anunciarle, dando con valentía testimonio de su mensaje. Es por el Espíritu Santo que podemos hoy dar frutos según el Evangelio y prolongar la experiencia de Pentecostés.

El Señor dijo a los discípulos: *Vayan y sean los maestros de todas las naciones; bautícenlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* Con este mandato les daba el poder de regenerar a la humanidad en Dios.

Dios había prometido por boca de sus profetas que en los últimos días derramaría su Espíritu sobre sus siervos y siervas, y que éstos profetizarían; por esto descendió el Espíritu Santo sobre el Hijo de Dios, que se había hecho Hijo del hombre, para así, permaneciendo en él, habitar en el género humano, reposar sobre los hombres y residir en la obra plasmada por las manos de Dios, realizando así en el hombre la voluntad del Padre y renovándolo de la antigua condición a la nueva, creada en Cristo.

Y Lucas nos narra cómo este Espíritu, después de la ascensión del Señor, descendió sobre los discípulos el día de Pentecostés, con el poder de dar a todos los hombres entrada en la vida y para dar su plenitud a la nueva alianza; por esto, todos a una, los discípulos alababan a Dios en todas las lenguas al reducir el Espíritu a la unidad los pueblos distantes y ofrecer al Padre las primicias de todas las naciones.

Por esto **el Señor prometió que nos enviaría aquel Abogado que nos haría capaces de Dios. Pues, del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que somos muchos, no podíamos convertirnos en una sola cosa en Cristo Jesús, sin esta agua que baja del cielo.** Y, así como la tierra árida no da fruto, si no recibe el agua, así también nosotros, que éramos antes como un leño árido, nunca hubiéramos dado el fruto de vida, sin esta lluvia regalada de lo alto.

Nuestros cuerpos, en efecto, recibieron por el baño bautismal la unidad destinada a la incorrupción, pero nuestras almas la recibieron por el Espíritu.

El Espíritu de Dios descendió sobre el Señor, *Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de temor del Señor; y el Señor, a su vez, lo dio a la Iglesia,* enviando al Abogado sobre toda la tierra desde el cielo, que fue de donde dijo el Señor que *había sido arrojado Satanás como un rayo;* por esto **necesitamos de este rocío divino, para que demos fruto y no seamos lanzados al fuego;** y, ya que tenemos quién nos acusa, tengamos también un Abogado, pues que **el Señor encomienda al Espíritu Santo el cuidado del hombre, posesión suya, que había caído en manos de ladrones,** del cual se compadeció y vendó sus heridas, entregando después los dos denarios regios para que nosotros, recibiendo por el Espíritu la imagen y la inscripción del Padre y del Hijo, hagamos fructificar el denario que se nos ha confiado, retornándolo al Señor con intereses.

Índice de autores

<i>Agustín</i>	35; 51; 61; 120; 125; 147; 149; 151; 153; 155; 157; 159
<i>Ambrosio</i>	194
<i>Anselmo</i>	53
<i>Basilio</i>	167; 170; 173; 176
<i>Bernardo</i>	44; 69
<i>Carta de Bernabé</i>	77
<i>Carta a Diogneto</i>	42
<i>Cesáreo</i>	137
<i>Cipriano</i>	111; 113; 118
<i>Cirilo de Alejandría</i>	127
<i>Cirilo de Jerusalén</i>	59; 89; 91; 98; 205
<i>Columbano</i>	27; 49
<i>Efrén</i>	25
<i>Gaudencio</i>	101
<i>Gregorio de Nacianzo</i>	87
<i>Gregorio de Nisa</i>	74; 180
<i>Hipólito</i>	23
<i>Ignacio de Antioquía</i>	130
<i>Ireneo</i>	105; 207
<i>Isidoro</i>	29
<i>Jerónimo</i>	63
<i>Juan Crisóstomo</i>	66; 79; 129; 139; 182; 184; 187; 189
<i>Justino</i>	93; 103
<i>León Magno</i>	39; 199
<i>Lactancio</i>	191
<i>Máximo de Turín</i>	85
<i>Pedro Crisólogo</i>	37
<i>Tertuliano</i>	107
<i>Vicente Ferrer</i>	161

Tabla de lecturas para tiempos litúrgicos

- Adviento**
1. *En las fuentes de la palabra de Dios, 23 - 29*
 2. *Dios nos sale al encuentro, 35 - 44*
- Navidad**
- 2.3 *El misterio de la Encarnación, 39*
- Bautismo de Jesús**
- 6.1 *Cristo se sumerge en las aguas de nuestro bautismo, 85*
- Cuaresma**
4. *Saboreando la misericordia divina, 59 - 69*
 8. *Un clamor confiado, 111 - 120*
 10. *Honar a Cristo en los pobres, 137 - 139*
 - 11.4 *Buscaré la oveja perdida, traeré a la descarriada, 151*
- Pentecostés**
13. *Inspirados por el Espíritu Santo, 203 - 207*
- Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo**
7. *Unidos en la Eucaristía, 99 - 107*
- Tiempo Ordinario**
5. *Cristo es el camino, 73 - 79*
 9. *Tras las huellas de Jesús, 125 - 133*
 12. *¡Ay de ustedes los que están satisfechos!, 167 - 199*



PADRES Y ESCRITORES DE LA ZONA ORIENTAL DEL IMPERIO ROMANO

Aleandría

S. Cirilo (+444)

Antioquía de Siria

S. Ignacio (+107)

Atenas

Discurso a Diogneto (siglo II)

Belén

S. Jerónimo (+420)

Cesarea de Capadocia

S. Basilio el Grande (+379)

Constantinopla

S. Juan Crisóstomo (+407)

Edesa

S. Efrén de Siria (+373)

Esmirna

S. Policarpo (+155)

Jerusalén

S. Cirilo (+387)

Nacianzo

S. Gregorio Nacianceno (+390)

Nisa

S. Gregorio de Nisa (+394)

Nisibis

S. Efrén de Siria (373)

De entre los abundantes y ricos escritos de los Padres de la Iglesia hemos seleccionado aquí algunas páginas sencillas, profundas y llenas de actualidad. Nuestro propósito ha sido proveer a los laicos de Nicaragua interesados en profundizar su espiritualidad, con un libro de lecturas selectas de los Padres, que nutra y alimente su fe.

Nos guía el deseo pastoral de divulgar entre el mayor número posible de líderes comunitarios católicos este maravilloso tesoro que son los Padres de la Iglesia. Estas páginas nos permitirán asomarnos a un mundo nuevo, donde podremos meditar las palabras de algunos de los más grandes maestros que ha tenido la Iglesia Católica en su historia después de los apóstoles.

“Este es un libro para cristianos que buscan un sólido alimento espiritual y desean mejorar su relación con nuestro buen Dios y dar testimonio de su Reino de vida, amor y justicia; un libro para leer con frecuencia y en forma meditativa, dejándolo conducirnos a la oración... Los escritos y las vidas de los santos Padres de la Iglesia son como una fuente de agua clara y fresca en la montaña: ¡bebamos de ella con alegría, y, bebamos con frecuencia!”

Monseñor David Zywiec
Obispo Auxiliar del Vicariato de Bluefields